



El camino del sabio:

una introducción a
la filosofía estoica

☞ 4.^a edición

por
Erik Wiegardt

Copyright © 2009 Erik Wiegardt. Todos los derechos reservados.
wordsmith press · san diego · california

EL CAMINO DEL SABIO

Una introducción a la filosofía estoica

Erik Wiegardt

Cuarta edición

Copyright © 2009 Erik Wiegardt. Todos los derechos reservados.

wordsmith press · San Diego · California

NOTA DE ESTA TRADUCCIÓN

Traducción no oficial al español preparada para uso personal a partir de la cuarta edición inglesa. Se conservan la organización, el tono y la terminología del autor.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN A LA 4.ª EDICIÓN

LA TRADICIÓN ESTOICA

I. La Estoa griega.....	10
II. La Estoa romana.....	14
III. La Estoa cristiana.....	18
IV. La Cuarta Estoa.....	20

FÍSICA

Dios, el Todo.....	22
Continuo dinámico.....	28
Categorías.....	29
Razón.....	32

LÓGICA

Introducción.....	35
Inductiva y deductiva.....	38
El silogismo.....	39
Falacias lógicas comunes.....	41

ÉTICA

Introducción.....	47
Oikeiosis.....	49
Destino y libre albedrío.....	54
Bien, mal e indiferentes.....	57

METAFÍSICA

Introducción.....	64
La experiencia mística.....	67
La experiencia cercana a la muerte.....	73
El mundo espiritual.....	76
Bibliografía.....	82

Nota sobre el símbolo de la cubierta

El símbolo de la cubierta fue diseñado por Erik Wiegardt para el sitio web original, The Stoic Registry. Los símbolos del centro representan cuatro condiciones necesarias para la vida en la Tierra: sol, roca, agua y planta. Los números romanos indican 2296, la fecha contada desde el establecimiento de nuestra escuela por Zenón en la Stoa Poikile de Atenas.

INTRODUCCIÓN A LA 4.^a EDICIÓN

La historia de este libro comenzó mucho antes de que fuera escrito. Y comenzó con frustración, con una sensación de insatisfacción ante el mundo tal como era cuando yo tenía 19 años y era soldado raso del Ejército de los Estados Unidos. Acababa de descubrir las Disertaciones de Epicteto y, después de leerlas, recuerdo haberme dicho: «Soy estoico». Quería ser estoico no sólo en teoría y en la práctica, sino también sobre el papel, oficialmente. Quería levantar la mano derecha y registrar mi nombre como estoico. En 1964 no existía ningún lugar donde pudiera hacer eso.

Treinta y dos años después, el 8 de mayo de 1996, fundé un sitio web llamado The Stoic Registry. Hasta aquel día nunca había conocido a otra persona interesada en el estoicismo. Estaba seguro de que debía de haber alguien por ahí, en alguna parte, y estaba decidido a encontrarlo, o encontrarla. Pero, por si acaso no encontraba a nadie que ya fuera estoico, quizá podría interesar a otras personas. Decidí escribir un libro sobre estoicismo, uno que pudiera comprender el lector medio, y publicarlo y regalarlo.

Primero tenía que crear un sitio web y, para hacerlo, necesitaba un ordenador. Nunca había tenido uno ni sabía utilizarlo. En 1995, cuando comencé a trabajar en este proyecto, el ordenador doméstico todavía era un fenómeno relativamente nuevo. En aquel momento, un ordenador decente costaba a partir de unos 2.500 dólares, y pagué el mío trabajando horas extra, después de mis turnos de doce horas como agente correccional en Camp Barrett, un campamento para delincuentes adultos varones. No me gustaba especialmente hacer horas extra, así que llevé una cuenta exacta del dinero que necesitaba para comprar el ordenador y, unos seis meses después, en cuanto calculé que ya había reunido lo suficiente, retiré mi nombre de la lista de horas extra.

Lo bueno de aquel trabajo era que, aunque trabajaba doce horas al día durante siete días consecutivos, al terminar mi semana completa de servicio tenía siete días libres. Siete trabajando y siete descansando. Durante la semana libre estudiaba gruesos volúmenes académicos sobre estoicismo que encontraba en la biblioteca de la universidad local, tomando notas durante horas y horas porque yo no era estudiante y no podía llevarme los libros a casa. A partir de aquellas notas escribí *El camino del sabio: Una introducción a la filosofía estoica*.

Autoedité cien ejemplares de *El camino* y contraté a un webmaster para crear mi sitio web original, The Stoic Registry. Publicar los libros y pagar al webmaster me costó, en total, unos mil dólares. En cuanto el Registry estuvo en funcionamiento regalé todos los libros. Se ofrecían gratuitamente a cualquiera que visitara la página y pidiera uno. Incluso pagaba el franqueo. Después, en 2009, siguiendo la sugerencia de uno de los miembros, cambiamos mediante votación el nombre del sitio web. Con una mayoría de tres a uno, The Stoic Registry se convirtió en la ciberciudad New Stoa.



Entre 1996 y 2009 añadí, eliminé y modifiqué El camino tantas veces que tuve que escribir una nueva edición, luego otra, y ahora esta cuarta edición. Esta versión ha evolucionado tanto que recomiendo a quienes hayan leído la original que la olviden y lean ésta. Encontrarán muchísimo material nuevo. La sección histórica es en gran medida la misma, pero Física, Lógica, Ética y, especialmente, Metafísica contienen importantes añadidos y modificaciones.

La cuarta edición está escrita para el lector general. Si usted es un especialista, quizá le decepcione descubrir que faltan las notas al pie, esa obsesión de la escritura académica. A quienes crean que semejante enfoque podría resultar liberador, permítanme asegurarles que también tiene sus dificultades. Como escribe el profesor Colin Wells en el prefacio de la segunda edición de *The Roman Empire* (Harvard, 1992): «...el investigador profesional, cuando escribe en un campo que ha visto tanta actividad académica, siente a sus colegas mirando por encima de su hombro y está obsesionado con la necesidad de justificarse, de tranquilizarlos demostrando que sabe cuándo está simplificando demasiado o cuándo ha dejado de lado un tema que suele considerarse fascinantemente controvertido, lo cual normalmente significa irremediablemente oscuro».

El camino no fue escrito para colegas académicos, sino para el resto de nosotros, los que queremos saber de una vez por todas cómo adquirir la conciencia de un estoico durante nuestra propia vida. No vamos a discutir las diferencias entre agrio y ácido. Vamos a pasar por alto lo irremediablemente oscuro y concentrarnos en lo esencial de lo que significa ser estoico hoy, ahora mismo. Cuando termine este libro sabrá si posee o no lo necesario para ser un nuevo estoico. ¿Cómo puedo estar seguro de que lo sabrá? Porque, si termina este libro, tanto su mente racional como su mente intuitiva sabrán que usted también puede poseer aquello que el dinero no puede comprar: un carácter noble.



El pronombre de género. Aunque valoro la emancipación de las mujeres en el ámbito de la escritura que he presenciado durante mi vida, sigo encontrando tedioso y rítmicamente torpe tener que incluir siempre él y ella, lo y la, cada vez que un pasaje requiere una referencia de género. Intento ser justo, pero no siempre soy «políticamente correcto». Los intentos de algunos autores por compensar milenios de unilateralidad de género pueden resultar extremos. Recuerdo un libro que leí hace poco, escrito por una mujer que en cierto momento fue destinada como docente a una academia militar estadounidense. Aunque escribía sobre la vida y las dificultades de todos los soldados, mostraba una determinación bastante perversa por excluir a los hombres de su discurso escrito. Aunque en el momento de escribir estas líneas era ilegal que las mujeres militares estadounidenses fueran enviadas al combate, escribió un largo pasaje sobre la dificultad emocional de matar cuerpo a cuerpo utilizando exclusivamente pronombres femeninos, como si ningún hombre hubiera participado jamás en ese aspecto de la guerra.

Personalmente, aquel intento de compensar el agravio que percibía en materia de género me pareció poco razonable y sencillamente absurdo. Y, a pesar de la lección que me proporcionó sobre la justicia en mi propio uso de los pronombres, a veces

también yo incurro en prácticas excluyentes. Mea culpa. Por ello pido disculpas. Mi única defensa es que vivimos una etapa desagradablemente torpe en la evolución del lenguaje en estas cuestiones, y con frecuencia nuestra prosa sufre por ello. Para aliviar ese sufrimiento de la prosa, en ocasiones emplearé exclusivamente mi propio género cuando en realidad quiera incluir a ambos. Si encuentra más «él» que «ella» cuando me refiero a los estoicos, permítame asegurarle que no tengo ninguna duda de que muchas mujeres son estoicas. De primera categoría. Y, si usted es estoica y mujer, confío en que será, ante todo, una persona razonable y me perdonará.



Quisiera citar un pasaje de la obra de la profesora Margaret Graver, *Stoicism and Emotion* (Chicago, 2007): «En el centro del pensamiento estoico se encuentra la afirmación de que una criatura racional debe seguir la naturaleza, que “la naturaleza nos conduce hacia la virtud”. Esta afirmación fundamental implica que la mejor comprensión filosófica de cómo debe vivir una persona debe fundarse en la observación de la manera en que la naturaleza nos ha creado; es decir, en las características corporales y psicológicas de nuestra especie [énfasis de este autor]. La naturaleza no distribuye características al azar: si los miembros de una especie presentan regularmente algún rasgo estructural o conductual significativo, debe existir alguna forma en que ese rasgo favorezca los intereses de los miembros de esa especie o de su comunidad biológica. Las aves tienen plumas porque las plumas les son útiles; los zorros cazan porque cazar les permite sobrevivir. Lo mismo sucede con los seres humanos».

Permítanme añadir mis propios comentarios finales al pasaje de la profesora Graver. Somos lo que somos porque la Naturaleza nos ha dado ciertos atributos, y el principal de ellos es nuestra capacidad de razonar. Como especie, nuestra capacidad de razonar, incluso de razonar acerca de la razón misma, nos devuelve una y otra vez a la Naturaleza. Durante más de 2.300 años, los estoicos han buscado en la Naturaleza instrucciones sobre la mejor manera de vivir dentro de este fenómeno de la existencia. La Naturaleza es, primero, ante todo y siempre, nuestra guía. Eso es lo que significa ser estoico. Éste es el sentido de nuestro lema: vivir de acuerdo con la Naturaleza. Nada es más importante para un estoico que este don de la Naturaleza: ser razonable. Define nuestras creencias y la nobleza de nuestro carácter. Y, cuando no vivimos a la altura de estos ideales, somos nosotros quienes sufrimos.

Este libro trata de encontrar el remedio seguro de la Naturaleza cuando sufrimos y de cómo podemos transformar de la mejor manera la ignorancia y la infelicidad en una vida vivida con excelencia. La Naturaleza no exige devoción a un dogma reseco y obsoleto; sí espera esfuerzo, pero es un esfuerzo que será recompensado una y otra vez a lo largo de nuestra vida. Lo sé por experiencia personal y por la experiencia de muchos estoicos que conozco. Acompañenme ahora: voy a presentarles la mayor filosofía sapiencial de la historia del mundo.



Dedicado a mi esposa y editora, Amielle Moyer.

LA TRADICIÓN ESTOICA

Introducción

El estoicismo es una filosofía viva. Esto significa que la filosofía estoica es algo más que grandes ideas organizadas en una visión completa y coherente de la realidad. Es, ante todo, una filosofía para vivir, una aplicación práctica de la sabiduría antigua, una forma de vida y una guía para las elecciones que hacemos en esta vida. Y desde sus comienzos fue la única filosofía dirigida a todos, sin importar sexo, raza o clase social. Incluso mujeres y esclavos eran bienvenidos a seguir este camino y a ser tratados como hermanas y hermanos, una idea considerada ridícula por otros filósofos que, junto con Aristóteles, los clasificaban en algún lugar por encima de las bestias y por debajo de los hombres libres.

La Estoa está viva. La razón por la que sigue viva después de más de 2.300 años es que resulta universalmente adaptable y está al alcance de personas de cualquier color, clase y cultura. Y hay algo más: evoluciona. A medida que la humanidad aprende y crece, también lo hace la Estoa. Evoluciona gracias a la fuerza y la convicción de los propios estoicos. Los estoicos tenemos una tradición de pensamiento independiente, y así nos gusta. Nosotros, los de la escuela estoica, no seguimos a un tirano, como dijo Séneca.

Esto no quiere decir que la Estoa sea una mezcolanza ecléctica de ideas recogidas aquí y allá. No lo es. Su núcleo interno de ortodoxia se mueve muy lentamente, de manera casi glacial, expandiéndose y refinándose con el paso de los siglos. Su fundamento es seguro porque está construido sobre la fuerza de una sola idea:

Vivir de acuerdo con la Naturaleza.

Ése es nuestro lema: vivir de acuerdo con la Naturaleza, vivir según la Naturaleza, vivir en armonía con la Naturaleza, o kata phusin zen, como pudieron haber dicho los antiguos griegos. El fundador de nuestra escuela, Zenón, acuñó la frase «El fin de la vida es vivir de acuerdo con la Naturaleza», pero no trabajaba solo. Seguía un camino ya iniciado por dos de los mayores pensadores de la historia, Heráclito y Sócrates. Zenón es el Padre de la Estoa, pero Heráclito y Sócrates pueden ser llamados con justicia sus Abuelos. Son las raíces más profundas de nuestra filosofía, y allí comienza nuestra historia.

Heráclito (c. 535-c. 475 a. C.)

Hay varios siglos en la historia en los que los seres humanos respondieron al desafío de la grandeza. Uno de ellos fue el siglo VI a. C., una época en la que cruzamos el puente del animismo a la filosofía natural y nació la civilización occidental. Sucedió en Jonia, una cultura próspera formada por doce ciudades principales situadas a lo largo de la costa sudoccidental de Turquía y en las cercanas islas del Egeo, en el Mediterráneo.

La historia jónica comenzó cuando colonos procedentes de la Grecia continental huyeron de su patria alrededor del año 1000 a. C. para escapar de los dorios conquistadores del sudoeste de Macedonia. Los refugiados griegos se mezclaron con los carios nativos y produjeron una nueva cultura y un nuevo pueblo: los jonios. Los jonios se convirtieron en marinos mercantes y constructores, y levantaron grandes ciudades y templos célebres en todo el mundo antiguo. Hoy, esas ciudades y esos templos están en gran medida olvidados, sepultados bajo el limo y el polvo del tiempo. Pero lo que se perdió fue sólo un imperio, cosa pequeña comparada con la civilización que se ganó, una civilización que primero tomó forma en la mente del filósofo. Para la Estoa, esa mente pertenecía a Heráclito.

Era un noble de Éfeso. Algunos dicen que fue un rey hereditario que dejó a un lado su corona para estudiar filosofía. Sin duda fue un sabio, un genio místico y el primer cosmólogo de la Estoa. Heráclito ha fascinado a pensadores desde Sócrates hasta Goethe y desde Aristóteles hasta los físicos cuánticos contemporáneos. Es el mayor de los sabios jonios, uno de los padres fundadores de la civilización occidental, un creador de filosofía y un intérprete de la esencia fundamental del cosmos. También es conocido como el Oscuro, reputación que adquirió ya en su propia época por un estilo vago y enigmático que algunos creen que adoptó deliberadamente para eludir incluso a los estudiosos más eruditos.

A Dios lo llamó Logos: Razón, Inteligencia, un Todo constituido por la suma total de todos los opuestos, en movimiento constante, naciendo, viviendo, muriendo y volviendo a nacer. El universo heraclíteo es un lugar en el que todas las partes están relacionadas con el todo, y su símbolo es el fuego, un fuego sutil que penetra, consume, destruye, crea e ilumina el cosmos como un único organismo vivo.

Por desgracia, lo que escribió, en su forma original, se perdió en la Antigüedad a causa de los intentos sistemáticos de los primeros cristianos, como Teodosio I (siglo IV d. C.), el último emperador de una Roma unificada, que se propuso destruir todos los vestigios de las civilizaciones paganas durante los años de su reinado, 375-395 d. C. Lo que los cristianos no destruyeron, muchos otros intentaron destruirlo. En el siglo VII d. C., las últimas obras estoicas antiguas probablemente fueron destruidas en la destrucción deliberada de la gran biblioteca de Alejandría. El califa Omar, general musulmán que conquistó Egipto, dio la orden de que todos los libros salvo el Corán fueran quemados. El contenido de la biblioteca, todas las grandes obras de la Antigüedad, fue transportado para ser utilizado como combustible en los baños públicos de Alejandría, manteniendo encendidos sus fuegos, según se decía, durante más de seis meses.

Todo lo que queda son referencias fragmentarias procedentes de numerosas fuentes, algunas fiables y otras no, desde Platón hasta los eruditos monásticos medievales. Y en esos fragmentos descubrimos paralelos notables entre las observaciones de Heráclito y las de los físicos modernos 2.500 años después. Su cosmología y la nuestra describen un universo que constituye un todo unificado; un devenir eterno, perpetuo y cíclico; unidad y paradoja en pares de opuestos; y un organismo dinámico y vivo de movimiento, flujo y cambio. A todos estos atributos de la Naturaleza, Heráclito añadiría una conciencia racional y la providencia.

Poco después de la muerte de Heráclito nació otro hombre extraordinario, escultor de oficio, un hombre que decía de sí mismo que se parecía a una rana, pero a quien el Oráculo de Delfos había declarado el más sabio de todos los griegos. Ese hombre, por supuesto, era Sócrates.

Sócrates (469-399 a. C.) y las líneas de descendencia

Sócrates estaba francamente desconcertado por el juicio del Oráculo, y por eso salió al ágora de Atenas para descubrir cómo podía ser él el más sabio de los griegos. Lo que encontró fue que, mientras otros profesaban sabiduría sin ser conscientes de su ignorancia, él al menos era consciente de que no sabía nada. Con este conocimiento llegó la convicción de que debía buscar sabiduría acerca de la conducta correcta, de la manera correcta de vivir, para poder guiar a los ciudadanos de Atenas en su desarrollo moral e intelectual. Así fue como cada día Sócrates salía a buscar esa sabiduría allá donde iba, interrogando a quienquiera que encontrase, hasta que comenzó a reunir a su alrededor a jóvenes que admiraban su actitud brillante e irreverente, su método dialéctico de interrogación y un modo de vida sencillo pero honesto.

Sócrates llegó a ser visto como una molestia y un agitador por los ancianos de la ciudad, en parte por los numerosos problemas que Atenas había sufrido a causa de la tiranía de algunos de sus antiguos alumnos. Fue condenado a muerte por envenenamiento, bebiendo cicuta, y se convirtió en el primer mártir de la filosofía. Entre los discípulos que estuvieron con él hasta el final, dos fundaron después sus propias escuelas filosóficas, basadas en dos interpretaciones profundamente distintas de sus enseñanzas. Platón, el aristócrata, admiraba a Sócrates como pensador y fundó una academia en las afueras de la ciudad para que los hijos de la riqueza y el ocio meditaran sobre el significado de la sabiduría. Antístenes, hombre pobre y común, admiraba a Sócrates como hombre de principios que vivió y murió de acuerdo con aquello en lo que creía. De él nació la escuela de los cínicos.

Zenón, el Padre de la Estoa, fue durante un tiempo alumno de ambas escuelas.

I. LA ESTOA GRIEGA

Aquello que nos contiene está dotado de razón.

HERÁCLITO

Casi un siglo después de la muerte de Sócrates, un joven comerciante de la isla mediterránea de Chipre atendía los negocios de su padre con un cargamento de tinte púrpura cuando su barco quedó atrapado en una tormenta cerca de Atenas. Mientras el barco estaba en reparación y él disponía de tiempo libre, entró en una librería y descubrió unos escritos sobre la vida de Sócrates. Impresionado por lo que leyó, preguntó al librero si todavía vivían en Atenas hombres como aquel Sócrates. En ese preciso momento, como quiso el destino, pasó Crates el Cínico y el librero dijo: «Sigue a ese hombre». Y Zenón lo siguió.

Zenón (c. 333-262 a. C.), el fundador

Crates, conocido en Atenas como el Buen Genio, fue uno de los maestros y personajes más populares de su época. A diferencia de su maestro, el intenso y provocador Diógenes, se decía que Crates vivía cada día como si estuviera de vacaciones. Era el tercero en la línea de descendencia de Sócrates. Ésta era la genealogía: los escritos de Antístenes, el discípulo y seguidor más antiguo de Sócrates, inspiraron al fervoroso Diógenes, quien más tarde negó la influencia de su maestro y afirmó que todo lo que sabía de filosofía lo había aprendido de un ratón. Diógenes predicaba una vida ascética y practicaba lo que predicaba.

Él mismo vivía en una bañera desechada y recorría los mercados atenienses con una lámpara encendida a plena luz del día buscando a un hombre honrado. Pronto encontró a unos pocos, y él y sus seguidores estaban convencidos de que eran los verdaderos discípulos de Sócrates. Era una escuela ética viva cuyos practicantes llegaron a ser conocidos como cínicos, palabra griega relacionada con «perros», porque renunciaban a todas las posesiones materiales y vivían en las calles en su búsqueda exclusiva de la virtud. Crates, que tomó de Diógenes la dirección de esta escuela de inconformistas harapientos, fue el primer maestro de filosofía de Zenón. Y durante un tiempo, Zenón fue uno de ellos.

Zenón el Cínico se convirtió en el aparente heredero de Crates y nunca regresó al negocio familiar. Vivió en Atenas el resto de su vida, manteniéndose mediante el aval y el seguro de barcos que entraban y salían del Mediterráneo, una versión temprana de Lloyd's of London. Permaneció con Crates y los cínicos durante varios años, pero después se impacientó con su enfoque limitado y su falta de decoro, y siguió adelante. Estudió con los megáricos, los mayores lógicos del mundo en su época, y después estudió en la Academia de Platón. Platón, por supuesto, ya había muerto, y Polemón era entonces el director de la Academia.

Alrededor del año 300 a. C., Zenón terminó sus estudios y fue al mercado central de Atenas para discutir su filosofía con cualquiera que pasara por allí. Se situó en un

pórtico conocido como Stoa Poikile, el Pórtico Pintado, una larga columnata frente al mercado. Se llamaba así por los murales pintados a lo largo del muro posterior, que representaban escenas reales y mitológicas de la historia ateniense, incluida la batalla de Maratón. Fue allí donde comenzó a enseñar un sistema filosófico destinado a dominar el pensamiento intelectual durante más de quinientos años. La fuerza de su discurso atrajo a un grupo de jóvenes que acudía diariamente a la Estoa para discutir filosofía con él.

Ese grupo de estudiantes llegó a ser conocido en Atenas como los Hombres de la Estoa, o estoicos. Zenón enseñaba un sistema unificado de pensamiento dividido en tres partes: filosofía natural -lo que hoy llamamos física-, lógica y ética. Integró una comprensión de la relación del ser humano con el universo (física), basada en un método cuidadoso y preciso de razonamiento y retórica (lógica), para establecer después principios de conducta para la propia vida (ética).

Cleantes (331-232 a. C.) y Crisipo (c. 280-c. 206 a. C.)

Zenón tuvo un alumno que antes había alcanzado cierto renombre como atleta, un boxeador, pero que por lo demás carecía por completo de herencia o apoyo económico. Se decía que, cuando Cleantes estudiaba con Zenón, era tan pobre que no podía permitirse comprar papel y tenía que conservar sus apuntes en conchas de almeja y huesos de buey. Estudiaba con Zenón durante el día y por la noche trabajaba como peón acarreando agua.

A diferencia de los alumnos aristocráticos de la Academia, la Estoa, fiel a las raíces cénicas de su fundador, nunca rechazó a un estudiante. Cleantes llegó a ser el segundo director de la escuela estoica después de Zenón y también un poeta de cierto mérito. Su Himno a Zeus todavía se incluye habitualmente en antologías de literatura universal. Su contribución a la Estoa, además de su fidelidad a los principios del fundador, consistió en añadir la teología, el estudio de la relación del ser humano con Dios, a las tres ramas tradicionales de la filosofía.

El sucesor de Cleantes, Crisipo, reformuló y amplió las enseñanzas del fundador, dando forma a lo que se convertiría en la ortodoxia del estoicismo. Se decía que, sin Crisipo, no habría existido la Estoa, tan profunda y extensa fue su influencia tanto en su época como después. También se decía que, si los dioses practicaran lógica, tendrían que utilizar los métodos de Crisipo. Fue un hombre cuyos voluminosos escritos y cuya brillantez intelectual intimidaban a todos salvo al propio Cleantes, lo cual resulta aún más notable porque Cleantes nunca fue considerado un pensador original o excepcional. Crisipo admitía que, delante de Cleantes, con frecuencia se quedaba sin palabras.

Hubo muchos otros alumnos, algunos de los cuales alcanzaron fama como maestros y consejeros. Cuando el rey de Macedonia, Antígono Gónatas, pidió a Zenón que enseñara en su corte, éste envió en su lugar a Filónides y Perseo. Perseo llegó más tarde a ser gobernador de Corinto. Otro discípulo, Esfero, fue a la corte de Cleómenes de Esparta y posteriormente a la de Ptolomeo en Egipto. Así, la filosofía de Zenón y de la Estoa comenzó a escucharse cada vez más lejos de su hogar. Pero no

fue hasta Panecio, sexto director de la escuela estoica de Atenas, cuando la Estoa encontró su voz más poderosa en el extranjero.

Panecio (c. 185-c. 110 a. C.) y Posidonio (c. 135-c. 55 a. C.)

Cuando la antigua y distinguida familia de los Escipiones de Roma trabó amistad con el director de la escuela estoica de Atenas, el estoicismo comenzó una nueva vida en el corazón del Imperio. Escipión Africano, como quizá recuerde, fue el general que salvó a la ciudad de Roma de la conquista de Aníbal. Fue su familia la que introdujo a Panecio y a la Estoa entre los romanos. Panecio poseía exactamente la filosofía adecuada para los romanos mundanos y prácticos: una que subrayaba la ética, la conducta correcta para una vida activa, y que sólo hacía referencias pasajeras a la física y casi ninguna al estudio de la lógica. Fue un innovador. La rigidez de un único ideal, el del sabio imaginario, dio paso a una mayor apertura hacia los múltiples ideales de individuos reales.

Según Panecio, cada persona posee un ideal distinto del de todas las demás, basado en su propia capacidad y adecuado a ella. Tanto para Panecio como para Posidonio, vivir de acuerdo con la Naturaleza incluía la propia naturaleza individual. Al añadir los talentos y capacidades particulares, Panecio propuso que el individuo desempeña cuatro papeles en la sociedad: la naturaleza humana, la naturaleza social (herencia y entorno), la naturaleza individual (intelecto y talentos) y la naturaleza elegida: cómo define y desarrolla su carácter a partir de aquello que le fue dado. Era una filosofía fuerte y persuasiva que conocemos sobre todo gracias a Cicerón, quien la adaptó en varios de sus grandes escritos.

El discípulo más distinguido del anciano Panecio fue el joven y rico aristócrata Posidonio de Rodas. Posidonio ha sido llamado el más científico de los estoicos porque pasó buena parte de su vida viajando, observando, registrando y calculando fenómenos naturales por todo el Mediterráneo. Sus observaciones lo llevaron a subrayar la doctrina estoica de la interdependencia de todas las partes del todo. También concluyó, a partir de sus estudios, que muchos animales poseían bastante más inteligencia de lo que se había sospechado y que los seres humanos se parecían a esos animales más de lo que jamás habíamos imaginado. Aun así, decidió que nuestra inteligencia estaba más estrechamente emparentada con la inteligencia de la Naturaleza y que nuestra facultad racional constituía nuestro vínculo especial con el Logos.

A veces se acusa a Posidonio de ser platónico y aristotélico y de llamarse estoico sólo de nombre, debido a la introducción de un dualismo psicológico para explicar el origen del mal en el mundo. El pensamiento estoico anterior había concluido que nuestra atracción por el placer, el poder y cosas semejantes era resultado de influencias externas y de la ignorancia procedente del entorno. Posidonio admitía ese factor, pero también consideraba que había algo dentro de nosotros que nos atraía hacia tales cosas. Propuso que los seres humanos poseían una naturaleza irracional y otra racional, y de ahí procede la sugerencia de que era más platónico que estoico. Sin embargo, a diferencia del dualismo de Platón y Aristóteles, estas dos naturalezas no

constituían una separación entre cuerpo y alma o entre materia y espíritu, sino una dualidad interna.

Pero nos estamos adelantando. Éste no es el lugar para discutir si el dualismo de Posidonio era o no un continuo dinámico. Es una cuestión que podremos examinar después de pasar algún tiempo con la física. Por ahora resulta interesante observar cómo pensaba que debíamos afrontar nuestras naturalezas irracionales. Es una técnica estoica de combatir fuego con fuego. En pocas palabras, recomendaba que el individuo se entregara a placeres constructivos para dominar los destructivos. Sentía especial predilección por la estética para este propósito. La música, el drama y la poesía eran ejemplos de placeres elevados que, según pensaba, podían imponerse a nuestra atracción por los placeres irracionales. Sustituir un mal hábito por uno bueno. Consejo práctico que todavía utilizamos hoy sin darnos cuenta de que fue Posidonio quien lo sugirió por primera vez.

II. LA ESTOA ROMANA

Él [Catón el Joven] tuvo una de las mayores reputaciones de honradez e incorruptibilidad de cualquier hombre de la Antigüedad, y su estoicismo lo

situó por encima de los sobornos y la corrupción de su tiempo.

COLUMBIA ENCYCLOPEDIA, 5.ª ED., 1993

Cuando pensamos en el Imperio romano, con demasiada frecuencia recordamos el desenfreno, la brutalidad y las intrigas homicidas, y olvidamos que al mismo tiempo fue uno de los imperios más grandes y duraderos que el mundo haya conocido. El culto al hedonismo y los emperadores que odiaban la filosofía constituyen la Roma que celebra Hollywood, y sin una educación clásica es poco más lo que la mayoría de nosotros sabe o recuerda. Pero hubo otra Roma, la ciudad real, que conoció la grandeza y el honor, y al estoicismo, más que a ninguna otra filosofía, puede atribuírsele el mérito de haber promovido sus ideales más elevados.

Numerosas corrientes filosóficas competían por la atención en aquel imperio: neoplatonismo, escepticismo, epicureísmo y cinismo; los cínicos, por cierto, todavía vivían como perros en las calles. Pero estas corrientes atraían sobre todo a quienes estaban apartados de la vida cívica activa o a quienes se dedicaban al pensamiento abstracto y podían permitirse la tranquilidad y serenidad de una vida retirada. El estoicismo hablaba al romano práctico y orientado a la acción, al que sabía hacer que las cosas funcionaran y terminar el trabajo. Su interés principal era la ética, y su ideal era mucho menos absoluto que el de los griegos. Los romanos enfatizaron el concepto de progreso gradual e ignoraron la perfección infalible del sabio estoico, considerado teórico y probablemente mítico.

El estoicismo era algo más que la filosofía dominante de la época; para muchos ocupaba también el lugar de la religión. El dios estoico, que todo lo abarcaba, era una divinidad panteísta identificada con los procesos conscientes y providenciales de la Naturaleza, mientras que los numerosos dioses romanos eran contemplados ampliamente con escepticismo. Las actividades religiosas se limitaban a ceremonias formales realizadas por funcionarios del Estado que tenían poco significado para la vida cotidiana del individuo. El estoicismo mostraba la manera correcta de vivir cada día, ofrecía consejo para las decisiones difíciles que debían tomarse y prometía una identificación directa y personal con el dios de toda la creación, de la Naturaleza y de la razón.

Con frecuencia, los maestros estoicos vivían en las propiedades de los ricos y poderosos, empleados como consejeros morales en asuntos de Estado y como asesores y compañeros en momentos de calamidad y duelo. A menudo los propios ricos y poderosos eran estoicos destacados. Catón el Joven, descrito arriba, fue un seguidor devoto y piadoso de la Estoa. Cicerón fue estudiante de filosofía estoica durante toda su vida y es una de nuestras fuentes primarias del pensamiento estoico de la Antigüedad. Y, precisamente porque eran tan visiblemente excepcionales, varios

estoicos destacados se convirtieron, como Sócrates de Atenas, en mártires de sus ideales y de su forma de vida.

Barea Sorano, gobernador de Asia Menor, fue ejecutado por traición por insistir en la justicia para todos en su administración. Trásea Peto, senador, fue ejecutado por negarse a celebrar cuando Nerón asesinó a su madre Agripina y por atraer seguidores que vivían con sencillez y honradez en medio de la traición y el exceso. Helvidio Prisco, magistrado de Roma, fue ejecutado por Vespasiano por promover abiertamente la igualdad y la democracia.

Podría decirse con justicia que éste fue a la vez el mejor y el peor momento de la antigua Estoa. El mejor, porque el estoicismo era la filosofía dominante del mundo occidental; el peor, cuando el emperador era corrupto y corruptor, algo demasiado frecuente.

Séneca (c. 3 a. C.-65 d. C.), estadista

Séneca fue el precoz hijo de una noble familia española cuya influencia, unida a su extraordinaria habilidad como orador, le permitió acceder desde muy joven al círculo interior del poder romano. Fue también un serio estudiante de filosofía y un escritor prolífico, incluso mientras acumulaba una de las mayores fortunas del mundo antiguo. Cuando se le preguntó cómo podía ser estoico y acumular tanta riqueza, respondió simplemente que el sabio usa el dinero, mientras que el necio es usado por él.

Tan célebre era por su sabiduría y capacidad política que Agripina, la madre de Nerón, le pidió que fuera tutor de su problemático hijo. Por desgracia, las exhortaciones incluso de un hombre como Séneca fueron en gran medida ignoradas, y Nerón se convirtió en el cobarde y necio que el mundo todavía recuerda. Al final de su relación, Séneca fue acusado de traición basándose en cargos falsos presentados contra él por políticos envidiosos de su reputación, acusaciones que Nerón siempre estaba dispuesto a escuchar y creer. Sin embargo, por deferencia hacia su antiguo maestro, a Séneca, ya retirado y con una salud frágil, se le permitió el honor de quitarse la vida en lugar de ser ejecutado directamente por los soldados del emperador.

Las Cartas a Lucilio de Séneca y sus muchas otras obras se cuentan entre los escritos de la Antigüedad más estudiados y recordados. Siempre habrá quienes cuestionen su compromiso con los principios estoicos debido a su capacidad para prosperar en una época de tanta brutalidad y corrupción generalizada, pero cualquiera que haya leído el relato de Tácito sobre su muerte sabe que murió como estoico. Y ésa es la prueba final y definitiva para todos nosotros.

Musonio Rufo (c. 30-100 d. C.), el Sócrates romano

Descendiente de la aristocracia romana, miembro del orden ecuestre y maestro de maestros, Musonio Rufo fue el centro de las ideas estoicas en Roma y gozó de tal respeto que a veces se lo llama sabio estoico. Algunos académicos actuales sugieren que su influencia fue tan grande que debería ser considerado el tercer fundador de la Estoa, después de Zenón y Crisipo.

Al igual que Sócrates y otros antes que él, no publicó nada, pues prefería transmitir oralmente sus enseñanzas. Conocemos algo de sus lecciones gracias a anécdotas y fragmentos de apuntes conservados por diversos alumnos. Su etapa como maestro de los romanos fue interrumpida varias veces cuando los emperadores Nerón y Vespasiano lo desterraron y enviaron al exilio. La filosofía estoica que enseñaba nunca fue popular entre tiranos entregados a la autocomplacencia.

Epicteto (60-120), esclavo

A continuación descendemos desde la cúspide del poder hasta los estratos más bajos de la sociedad romana, donde encontramos a Epicteto, un esclavo lisiado cuyo amo había sido también esclavo. El amo de Epicteto, uno de los libertos de Nerón, en un arrebato de ira le rompió deliberadamente las piernas con tal gravedad que quedó lisiado para el resto de su vida. A pesar de esas difíciles circunstancias, se le permitió estudiar con Musonio Rufo, y Epicteto se convirtió en su protegido. Con el tiempo obtuvo la libertad y, como liberto, se convirtió en maestro de filosofía en el corazón del Imperio.

Alrededor del año 92, el emperador Domiciano, a quien desagradaba la filosofía, expulsó de Roma a todos los filósofos. Epicteto se trasladó a Nicópolis, en la costa oriental del Adriático, donde abrió otra escuela y vivió y enseñó en el exilio durante el resto de su vida. Fue allí donde realizó su mayor contribución a la Estoa. Uno de sus discípulos más devotos, Arriano, que después se convertiría en historiador y administrador de cierto renombre, publicó ocho volúmenes de apuntes de sus lecciones; cuatro han sobrevivido y están reunidos en un solo volumen conocido como las Disertaciones de Epicteto.

Estas disertaciones destacan más por su fuerza oratoria que por su penetración intelectual. El estilo de Epicteto era el de un maestro y predicador, con un fervor que Arriano afirmaba que era irresistible. Su tema recurrente era la libertad, sin duda algo que conocía profundamente: el cuerpo puede ser esclavizado, puede ser quebrado, pero la mente permanece libre para siempre. Ni siquiera los dioses podían encadenarla. Éste era el poder propio del ser humano, sólo suyo, y el único poder verdaderamente bajo su control. Se desconocen las circunstancias de su muerte.

Marco Aurelio (121-180), emperador

Los últimos diez años de la vida de Marco Aurelio transcurrieron casi continuamente junto a sus ejércitos, rechazando a los bárbaros en la frontera del Danubio. Era un emperador que detestaba sinceramente la guerra y la visión de la sangre, que incluso decretó que los gladiadores de Roma lucharan únicamente con espadas sin filo, pero que también vivió y murió por su deber, consumido finalmente en campaña. Fue un gran estoico, humano y noble, meticulosamente justo, el primer gobernante que llevó la barba del filósofo.

Es verdaderamente un privilegio conocer los pensamientos íntimos de un hombre semejante. Las Meditaciones de Marco Aurelio, escritas en soledad durante esos últimos diez años de su vida, son claramente las notas de un hombre que escribía

pensamientos destinados a fortalecerlo cada día. Nadie sabe cómo fueron conservadas. La primera noticia que el mundo tuvo de ellas procede de un oscuro erudito medieval que las menciona más de setecientos años después de la muerte del emperador. Los temas fundamentales de estas meditaciones, repetidos muchas veces y de muchas maneras, son que no debemos dejarnos engañar por las cosas que otros valoran, que debemos cooperar con el flujo divino del destino y que siempre debemos cumplir nuestro deber hacia la familia, los amigos y el país con honor y caridad para todos.

Fueron las palabras de uno de los últimos y mayores estoicos romanos. Después de su muerte, el Imperio fue golpeado por cien años de peste, guerras civiles y conquistas bárbaras. Era una época en la que la gente necesitaba y deseaba un salvador que la rescatara del dolor y el miedo casi constantes. El cristianismo ofrecía esa promesa: un salvador que, afirmaban, era Dios; uno que prometía regresar pronto para rescatar a su pueblo elegido; uno que destruiría a los malvados y crearía un refugio seguro, un cielo en el que sus seguidores vivirían para siempre. Todo lo que tenían que hacer era creer, y todas esas cosas sucederían, incluso durante su propia vida. Era un mensaje poderoso, y la gente ansiaba que fuera verdadero; la Estoa flaqueó y se volvió cristiana.

III. LA ESTOA CRISTIANA

*En ningún momento particular de la era cristiana irrumpió de pronto
el estoicismo en escena. Más bien ejerció su influencia de manera
permanente,
sin provocar ninguna reacción o crisis de importancia.*

G. VERBEKE, THE PRESENCE OF STOICISM IN MEDIEVAL THOUGHT, P. 5

Al principio, el súbito auge del culto cristiano presentó una nueva oportunidad y una nueva responsabilidad: explicar de qué trataban exactamente aquellas nuevas creencias. La mayoría de los primeros dirigentes capaces de articular la fe habían recibido una sólida educación en los clásicos, dentro de la cual el estoicismo ocupaba con frecuencia un lugar central. Esta influencia estoica se encuentra en varios de los primeros escritores cristianos, llamados apologistas, quienes desarrollaron su creencia en Jesús como hijo de Dios recurriendo a la cosmología y la ética estoicas. Algunos incluso tomaron prestado del cosmólogo de los estoicos, Heráclito, el nombre Logos para su dios, palabra que se traduce al inglés como Word («Palabra» o «Verbo»; véase el Evangelio de Juan 1,1-3).

Tertuliano (c. 160-c. 230), romano de buena familia y el apologista más formidable de su época, incorporó a sus escritos buena parte tanto de la filosofía natural como de la filosofía moral estoicas. El erudito san Jerónimo (c. 347-c. 420), siempre oportunista, atacaba o adoptaba temas estoicos según las circunstancias y el público que tuviera delante. Mientras tanto, Juan Casiano (c. 360-435), la mayor figura literaria del monacato, aplicó con frecuencia soluciones estoicas a cuestiones cristianas, proporcionando a las nuevas comunidades monásticas algunos de sus fundamentos más importantes y duraderos.

Pero todavía no hemos discutido los detalles de la filosofía estoica, y no sería apropiado aquí elaborar una lista de los temas que los Padres cristianos adoptaron o reformularon. En resumen, la doctrina estoica fue absorbida gradualmente por la historia intelectual occidental con la ayuda de Clemente de Alejandría, Tertuliano, san Jerónimo, Juan Casiano, san Agustín, Pedro Abelardo, Roger Bacon, Tomás de Aquino y Meister Eckhart, por mencionar sólo algunos. No existía acuerdo común acerca de cuáles de sus temas eran correctos, incorrectos o irrelevantes. Incluso hoy los escritores cristianos discrepan sobre muchas cosas. Pero, estuvieran de acuerdo o no, el estoicismo quedó impreso de manera permanente en las tradiciones establecidas por los pensadores cristianos de la Alta Edad Media, para ser retomado una y otra vez, estudiado, discutido, aceptado y rechazado a lo largo de la Baja Edad Media.

En el Renacimiento, la filosofía estoica pasó a ocupar un lugar todavía más central en el pensamiento occidental. William Shakespeare (1564-1616) basó el ideal heroico de sus tragedias en el estoico. La reina Isabel I (1533-1603) tradujo personalmente las Disertaciones de Epicteto del latín al inglés de su época. Montaigne (1533-1592) fue un temprano converso al estoicismo, aunque más tarde abrazó el escepticismo pirrónico, desilusionado con la razón humana. Sus argumentos sobre

teología natural y ley natural procedían directamente de las categorías estoicas (que trataremos más adelante).

Justo Lipsio (1547-1606), considerado por Montaigne el mayor erudito de su época, fue el padre de un movimiento neoestoico que inspiró a filósofos y ensayistas renacentistas en la creación del nuevo humanismo de aquella era, una fuerza que todavía conserva poder en el mundo actual. El filósofo de la economía Adam Smith (1723-1790), padre del capitalismo moderno y autor de *La riqueza de las naciones* y *La teoría de los sentimientos morales*, fue estudiante y admirador de los principios estoicos. (Para un relato más completo de los estoicos del Renacimiento, véase la excelente obra de John Sellars incluida en la bibliografía).

Historia reciente: los Padres Fundadores de los Estados Unidos

La mayoría de los principales arquitectos de la nueva nación y de la democracia estadounidense eran hijos de una temprana aristocracia colonial. Jefferson, Washington, Adams y otros eran hombres de medios económicos que recibieron una educación clásica que invariablemente incluía un fuerte énfasis en la historia y la filosofía griegas y romanas. Para ellos, los ideales clásicos estaban vivos y llenos de significado, tan frescos en la conciencia occidental como lo había estado el Renacimiento. El presidente George Washington leyó a Séneca desde su juventud y citó durante toda su vida versos de una obra teatral sobre Catón. Jefferson, el sabio de Monticello, se consideró estoico de joven, aunque, pese a su admiración de toda la vida por Epicteto, reconoció haberse convertido en epicúreo en sus últimos años.

Hace falta investigar mucho más sobre la influencia de la Estoa en la transición del Renacimiento a la Era Moderna. Lo que sí sabemos es que la filosofía estoica experimentó su propio renacimiento en el mundo académico a mediados del siglo XX y ha regresado al público general a través de un nuevo tipo de fuerza presente hoy en el mundo.

IV. LA CUARTA ESTOA

A diferencia del epicureísmo, que pronto quedó congelado en un dogma fijo, el estoicismo se desarrolló y se hizo más complejo, amplio y plausible.

Forma un sistema de doctrinas interconectadas que se confirman y sostienen mutuamente.

Platón, Aristóteles y Epicuro nunca lograron algo semejante; y los sucesores de los

estoicos en la historia de la filosofía no han producido nada más amplio y sistemático.

PROF. TERENCE IRWIN, CLASSICAL THOUGHT (OXFORD UNIVERSITY PRESS, 1989), P. 181

La era de la Cuarta Estoa comenzó gradualmente a mediados del siglo XX, cuando una comunidad científica y académica volvió a dar vida al estoicismo al reexaminar sus raíces en el pensamiento occidental. Después de siglos de abandono, ignorancia e indiferencia, algunos estudiosos comenzaban a cansarse de las interminables notas al pie y de las investigaciones dedicadas a Platón y Aristóteles. Por fin «descubrieron» la brillantez del pensamiento estoico. Hoy existen más libros y artículos académicos escritos sobre nuestra filosofía que en cualquier otra época de su historia.

Hoy los estoicos siguen vivos y activos como ciudadanos del mundo en New Stoa, una ciberciudad situada en: www.newstoa.com. Nosotros somos el Cuarto Fundador de la Estoa, después de Zenón, Crisipo y Musonio Rufo. Colectivamente, todos nosotros en la comunidad estoica internacional somos el Cuarto Fundador, trabajando juntos y organizados como los estoicos nunca habían estado organizados antes.

Los estoicos del siglo XXI están «planificando para los próximos mil años», con un Registro de las personas de la comunidad, una revista electrónica mensual destinada a mantener informados a los miembros, un Consejo Estoico que prepara el liderazgo del futuro, el College of Stoic Philosophers que ofrece educación gratuita para todos, y mucho más. No hay coste ni obligación. Si todavía no ha visitado New Stoa, debería hacerlo ahora. Vaya a:

www.newstoa.com



FÍSICA

El sabio que obra correctamente lo hace porque cree que sigue a la naturaleza.

La naturaleza, tal como la comprende en sus investigaciones de la verdad, es su estrella guía.

EDELSTEIN, THE MEANING OF STOICISM, P. 18

Introducción

Para comenzar, es importante saber que lo que hoy llamamos física, los estoicos de la Antigüedad lo habrían llamado filosofía natural. Sea cual sea el nombre, de lo que estamos hablando es de la Naturaleza. Para comodidad del lector moderno utilizaremos la terminología actual. La física estoica se desarrolló a lo largo de seis siglos, lo que dio a algunas de las mentes más grandes de la Antigüedad tiempo suficiente para definir y aclarar una visión estoica del mundo. Tuvo mayor importancia en la Estoa griega que entre los romanos, quienes se concentraron principalmente en la ética; pero para todos los estoicos la física es una materia valiosa por dos razones: para adquirir sabiduría, la primera de las cuatro virtudes cardinales; y para permitirnos vivir de acuerdo con la Naturaleza, el lema estoico. Comprender el mundo, sus orígenes y sus procesos posee un valor intrínseco y constituye asimismo nuestra primera y última referencia para vivir bien mientras vivimos en él.

Hoy, por supuesto, las explicaciones y descripciones de la Naturaleza pertenecen principalmente al ámbito de la ciencia y de los científicos que investigan sus numerosas ramas con una especialización cada vez más profunda y estrecha. Debemos recurrir a ellos. La cantidad de conocimiento necesaria para ofrecer siquiera una descripción apenas adecuada de la Naturaleza tendría que ser enciclopédica. En la Antigüedad no era así, y la física no era una materia demasiado amplia para que un filósofo pudiera dominarla. Según Sambursky en *Physics of the Stoics*, la física estoica clásica, aunque enteramente teórica, se parecía más a la física moderna que cualquier otra ciencia de la Antigüedad. Aun así, buena parte de ella ha quedado anticuada.

Todo esto me lleva al método que he elegido para presentar esta introducción a la física de los estoicos. El problema es que, durante seis siglos de desarrollo, fue ampliada, refinada y encaminada en tantas direcciones diferentes que ha sido necesario limitar esta exposición a un pequeño núcleo de ideas. Ese conjunto se redujo todavía más: me limité a un núcleo duro que ha resistido la brutal prueba del tiempo. Se eligieron cuatro conceptos, comenzando por la totalidad del cosmos y estrechando gradualmente el campo hasta llegar a una sola parte, la que más nos interesa: el ser humano. Presentaremos primero el concepto estoico clásico y luego examinaremos brevemente su relación con el pensamiento contemporáneo y su validez dentro de él.

Dios, el Todo: el primer gran tema

*La concepción estoica de Dios es claramente la de un Dios filosófico,
una concepción basada en argumentos y no producto del mito,
la superstición o la fe.*

JOHN SELLARS, STOICISM, P. 92

*Todo aquel que se dedica seriamente a la búsqueda de la ciencia llega a
convencerse
de que un Espíritu se manifiesta en las leyes del Universo: un Espíritu
inmensamente
superior al del ser humano, ante el cual nosotros, con nuestras modestas
facultades,
debemos sentirnos humildes.*

ALBERT EINSTEIN, THE HUMBLE SIDE, P. 33

Durante más de dos mil años, nuestras mentes más brillantes han ofrecido innumerables pruebas de la existencia de Dios -de un dios, de cualquier dios- y todas han fracasado. La «prueba» más popular es también una de las más antiguas y ha reaparecido bajo muchas formas a lo largo de la historia. Más o menos dice así: puesto que existe un orden cósmico complejo que supera con mucho nuestros propios logros intelectuales, no pudo haber surgido simplemente por accidente. Por lo tanto, debe existir un diseñador inteligente. A ese diseñador inteligente lo llamamos Dios. Por desgracia, el argumento basado en la complejidad se ve socavado por lo que sabemos acerca de la mutación y la selección natural. La organización espontánea de sistemas simples en sistemas complejos es un hecho empírico. Así pues, aunque no tengamos una prueba positiva de un diseñador del complejo orden cósmico, sí contamos con indicios.

Big Bang

Paul Davies señala en su libro *God and the New Physics* que, al comienzo -lo que hoy llamamos el Big Bang-, la fuerza explosiva necesaria para crear el universo tuvo que estar calibrada con extraordinaria precisión, permitiendo sólo una fracción minúscula de error entre un exceso y un defecto de fuerza. Si la explosión hubiera sido demasiado intensa, la materia se habría dispersado demasiado lejos y demasiado deprisa como para que pudieran formarse galaxias. Sin galaxias, no habría sistemas solares; sin sistemas solares, no habría Tierra; y nosotros no estaríamos aquí. Si la explosión hubiera sido demasiado débil, todo el proceso habría colapsado sobre sí mismo y el universo no existiría ni podría existir salvo como un agujero negro.

¿Qué diferencia hay entre demasiada fuerza y demasiado poca? Una parte entre diez elevado a la sexagésima potencia. Es como disparar un rifle contra un blanco de una pulgada situado a veinte mil millones de años luz de distancia -veinte mil millones multiplicados por seis billones de millas- y acertar!

Constantes fundamentales

Todas las fuerzas de la Naturaleza pueden traducirse en números que expresan su peso, tamaño, energía, etcétera. Pitágoras dijo que las fuerzas de la Naturaleza eran números, y estos números permanecen constantes sin importar cuándo ni dónde se encuentren. Por ejemplo, un átomo de hidrógeno tendrá hoy la misma masa y la misma energía eléctrica que tuvo en otra galaxia hace un millón de años. Los estoicos lo dijeron primero. Fue la teoría física estoica, hace más de dos mil años, la que revolucionó el pensamiento de su época y ha sido confirmada en la nuestra.

Fueron los primeros en proponer que las leyes físicas de la Tierra eran las mismas en todas partes, aunque no dispusieran de pruebas experimentales ni del lenguaje de las matemáticas modernas. Lo que hoy sabemos es que incluso la modificación más diminuta de esos números, como vimos en el caso del Big Bang, haría imposible toda existencia o la alteraría radicalmente. Las constantes fundamentales nos proporcionan evidencia de un complejo diseño cósmico desde el comienzo, incluso antes de que empezaran la mutación y la selección natural. De ello aprendemos que cada parte es crucial para la integridad del Todo.

Diseñando al diseñador

Sea cual sea nuestra creencia o nuestro punto de vista, seguimos teniendo dificultades para responder a la primera y más fundamental pregunta: ¿quién creó a Dios? Podemos continuar indefinidamente postulando pruebas a favor o en contra de la existencia de un dios, pero ¿de dónde vino ese dios? Salvo una revelación divina, que siempre es sospechosa, no hay manera de responder esta pregunta con certeza. Si usted es de quienes tienen poca o ninguna fe y no piensa adquirirla en esta vida, quizá le interese esta respuesta.

Digamos que fue un accidente. Hay quienes, entre ellos algunos estoicos, consideran el universo entero un accidente fortuito. Incluso desde esta perspectiva, sin embargo, la probabilidad de que semejante acontecimiento haya ocurrido o pudiera ocurrir es tan remota, tan diminuta, que resulta sencillamente asombrosa más allá de todo razonamiento, infinitamente improbable, colosal más allá de la imaginación. Y a semejante acontecimiento, en toda su gloria evolutiva y su magnificencia desplegada, todavía puede dársele ese único nombre: Dios. Un consuelo frío, sin duda, pero más que suficiente para algunos.

El Todo

Cuando contemplamos la existencia de Dios, es importante evitar visualizar un dios judeocristiano u otro dios antropomórfico. Según Diógenes Laercio (Libro VII, 147), los primeros estoicos tenían una definición clara de su dios: «La divinidad, dicen [los estoicos], es un ser vivo, inmortal, racional, perfecto o inteligente en felicidad, que no admite mal alguno, providencialmente atento al mundo y a cuanto hay en él, pero no tiene forma humana. Es, sin embargo, el artífice del universo y, por así decir, el padre de todas las cosas, tanto en general como en aquella parte particular de sí mismo que todo lo penetra y que recibe muchos nombres según sus diversos poderes... La sustancia de Dios, declara Zenón, es el mundo entero y el cielo...»

En nuestro estado actual de conocimiento, quizá sea más razonable apreciar al dios al que se refería Einstein cuando quería expresar asombro y reverencia ante el orden natural del universo. No tiene por qué ser un ser sobrenatural. Puede ser un fenómeno perfectamente natural, uno al que podemos remontarnos hasta Heráclito y llamar Logos. (Por cierto, «logos» es una palabra que no se traduce bien, diga lo que diga su diccionario). En resumen, lo siguiente constituye una representación razonable del Logos basada en la física estoica clásica:

*El Logos es una fuerza dotada de razón, continua en el espacio y en el tiempo,
que penetra, define y unifica el cosmos. Un alma del mundo.*

Cuando comenzó la Estoa griega, otras filosofías enseñaban el dualismo, una separación entre dios y materia, donde el espíritu estaba vivo y la materia muerta, y cada uno ocupaba un ámbito de existencia enteramente separado. Esta creencia dualista ha caracterizado a la mayor parte de la civilización occidental, salvo a los estoicos, desde los tiempos de Platón. El dualismo dice que existe un dios ahí fuera, en alguna parte, que diseñó el universo y mantiene una residencia separada de nosotros. Los estoicos discrepan rotundamente. Dios está aquí, con nosotros, y nosotros somos Dios.

Un continuo de pensamiento panteísta

Hoy podemos dividir el mundo en dos campos: dualistas y monistas. Judíos, cristianos y musulmanes, las religiones semíticas, son dualistas que creen que Dios está ahí fuera, en alguna parte; hindúes, budistas y estoicos son monistas que creen que Dios está aquí dentro, con nosotros. Ya hemos afirmado que los estoicos creen en Dios como Naturaleza: somos panteístas. Así que podemos dejar a un lado las religiones semíticas y a todos los demás dualistas. Como éste es un libro sobre creencias estoicas, también podemos dejar tranquilos por ahora a hindúes y budistas y dividir a los propios estoicos en tres posiciones situadas a lo largo de un continuo de pensamiento.

En el centro del problema de definir al Dios estoico se encuentra la polaridad entre dos ideas muy opuestas acerca de la naturaleza de ese dios. Ambos extremos coinciden en que la idea de dios se manifiesta en los procesos de la Naturaleza, pero aquí es donde nos separamos, filosóficamente hablando. ¿Es el Dios estoico una manifestación inconsciente de la naturaleza o una manifestación consciente de la Naturaleza? Entre estos dos extremos existe una posición intermedia, de modo que nuestra polaridad se convierte en un continuo. La tercera posición es la del escéptico, también conocido como agnóstico. El escéptico cree que no lo sabemos, y quizá no podamos saberlo. O quizá sí. En lo referente a la cuestión de dios, el nuevo estoico puede encontrarse en cualquier punto del continuo panteísta. Nuestra tienda es lo bastante amplia para todos.

El ateo o reduccionista podría decir: «Sencillamente no existe manera alguna de que los teístas demuestren una conciencia cósmica de ningún tipo, y hasta que no sea un hecho demostrado no puedo tener fe en que algo semejante exista». Además, quienes adoptan esta posición, el panteísta como ateo, quizá prefieran no incluir en

absoluto un dios en la naturaleza, sosteniendo que incluso decir que creen en semejante dios resulta engañoso y poco honesto. En lo que sí creen es en procesos inconscientes de la naturaleza según los cuales el Todo es la suma de sus partes, y nada más. Por bella y extraordinaria que sea la naturaleza, no hay razón para llamarla Dios. Llamémosla por lo que es: naturaleza. Ser hijo de la naturaleza es suficiente.

El panteísta estoico como teísta -en realidad, panenteísta- podría proponer cualquiera de los argumentos habituales a favor de creer en una providencia divina -Big Bang, constantes fundamentales, creación por diseño-, pero al final probablemente sea consciente de que el ateo difícilmente quedará impresionado. La única persona que aceptará de buen grado su punto de vista es aquella que ya se inclina a creer como él; de modo que simplemente estará predicando a los ya convencidos. Esta creencia en una divinidad consciente y providencial es algo intuitivo, un anhelo que nunca parece desaparecer. Si les hiere el desprecio de los ateos, no es necesario que así sea. Están en buena compañía.

El agnóstico o escéptico podría decir: «Tanto los ateos como los teístas tienen buenos argumentos, pero ambos presuponen demasiado. No estoy convencido de que ninguna de las dos posiciones sea verdadera. Ni siquiera estoy seguro de que sea posible conocer la respuesta a semejante pregunta, del mismo modo que las hormigas quizá no puedan saber si los elefantes tienen feromonas. O quizá sí puedan. ¿Cómo voy a creer en algo que no puedo demostrar ni refutar? La posición tanto de ateos como de teístas requiere fe: una exige fe en lo no demostrado, y la otra exige fe en nuestra capacidad para demostrar cuestiones que quizá ni siquiera sean demostrables».

¿Existe una posición estoica ortodoxa? Sí. La mayoría de los estoicos antiguos, desde Zenón hasta Marco Aurelio, creían que los procesos de la Naturaleza eran conscientes y que Dios era providencial. Ésa es la posición ortodoxa, aunque algunos estoicos siempre han discrepado. A los estoicos se les permite discrepar. Lo más importante es que los tres estoicos situados en este continuo de pensamiento panteísta estarían de acuerdo en una cosa: somos lo que somos como creación de la Naturaleza. No tenemos absolutamente ninguna evidencia de lo contrario. Todos somos hijos e hijas de la Naturaleza, independientemente de nuestras etiquetas o definiciones.

La superconciencia

Hablando de hormigas y elefantes, nuestra mayor dificultad para comprender si la Naturaleza es consciente o inconsciente quizá se deba a nuestra actual orientación reduccionista hacia la vida, esencialmente atea en su concepción. Si los ateos entre nosotros me disculpan, quizá en lugar de reducir deberíamos ampliar las posibilidades. En primer lugar, acordemos que conciencia, tal como entendemos y utilizamos normalmente la palabra, significa ser consciente de uno mismo, tener conciencia de la propia existencia. Teniendo esto presente, podemos ver que «inconsciente» quizá sea una descripción inadecuada del Logos o de cualquier otra forma de divinidad. Inconsciente significa que una persona o cosa no es consciente y carece de percepción, sensación o cognición. Subconsciente, en cambio, significa existir dentro de la mente por debajo o más allá de la conciencia.

Si podemos aceptar que existe inteligencia en la Naturaleza -negarlo sería obtuso u obstruccionista-, entonces no debería resultar terriblemente difícil aceptar que existe algo más allá de la conciencia. Aceptar semejante posibilidad constituye, a todos los efectos prácticos, una excelente definición de superconciencia. En lugar de concebir la inteligencia de la Naturaleza como inconsciente o subconsciente, podríamos concebirla como superconsciente. Si así fuera, los ámbitos de la conciencia serían: inconsciente, subconsciente, consciente y superconsciente, aumentando respectivamente desde la menor hasta la mayor conciencia de la propia existencia. Si concebimos el fenómeno de la conciencia en estos cuatro ámbitos, la conciencia de los seres humanos podría formar parte del subconsciente de Dios.

Del mismo modo que la idea de un Todo mayor que la suma de sus partes puede describir con precisión la relación de la conciencia humana con las partes del cerebro, también la conciencia humana puede ser una parte del Todo que constituye la conciencia cósmica. La conciencia humana podría formar parte del subconsciente de un Todo superconsciente. El Logos es, con toda probabilidad, tan incomprensible para el ser humano como nuestra conciencia lo es para una sola parte del cerebro que, junto con miles de millones de otras partes, ha contribuido a formarla.

¿O quizá no? Antes de poder acercarnos a semejante cuestión debemos resolver primero qué vino antes: la conciencia o las partes del cerebro. ¿Utiliza la conciencia cósmica el cerebro biológico para impartir mente, o crea el cerebro biológico la conciencia? Y así vuelve el argumento, porque de nuevo estamos dividiendo el mundo en campos: los ateos dicen una cosa, los teístas otra, y los agnósticos se encogen de hombros.

Teísta o deísta

Todos los estoicos creen que Dios es la vida y los procesos de la Naturaleza, pero existe desacuerdo acerca de si esos procesos son conscientes o inconscientes. Los estoicos de la Antigüedad y los de hoy pueden sostener, y de hecho sostienen, ambas posiciones, aunque la mayoría de los primeros estoicos eran teístas que creían en la conciencia de la Naturaleza, no ateos que creyeran únicamente en procesos inconscientes. Sin embargo, la propia definición de «teísta» ha cambiado. En la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII hubo un movimiento dentro de la Iglesia anglicana que proponía un dios de la naturaleza -una teología natural fundada en la evidencia de la razón- y rechazaba la revelación sobrenatural comúnmente aceptada por los teístas. Se llamaron deístas.

En términos generales, ¿eran los estoicos clásicos teístas o deístas? Es importante ser claros respecto a este argumento cristiano. Tanto los teístas anglicanos como los deístas hablaban de un dios de la naturaleza, no de Dios como Naturaleza. Los estoicos, en cambio, son monistas que creen que la Naturaleza es literalmente el cuerpo de Dios, independientemente de que ese cuerpo sea consciente o inconsciente. Sólo discutimos etiquetas filosóficas como «teísta» y «deísta» para dejar clara nuestra posición. El estoico como ateo no creería siquiera que el dios de la naturaleza fuese consciente, mucho menos que participara en una revelación divina o sobrenatural. El estoico como teísta creería que el Dios de la Naturaleza es consciente

y autor de revelación divina (pero no de revelación sobrenatural, porque nosotros no creemos que exista nada sobrenatural). El estoico como deísta creería que el Dios de la Naturaleza es consciente y providencial sin añadir la revelación divina.

Existe todavía más confusión en el uso de esta terminología, porque un estudioso puede decir que los estoicos eran teístas y otro que eran deístas. A. A. Long dijo en una entrevista con *Registry Report* que eran teístas, y después, en *The Cambridge Companion* (p. 391), dijo que eran deístas. John Sellars, en *Stoicism* (p. 94), dice que son teístas. Entonces, ¿qué somos? Los estoicos que creemos que el Dios de la Naturaleza es consciente, ¿creemos también en la revelación divina?

Después de buscar largamente en la bibliografía no pude encontrar una solución a esta cuestión, de modo que escribí a Anthony Long y le pregunté qué interpretación era más exacta. No respondió. Entonces contacté con John Sellars, autor de *Stoicism*, y le pregunté cómo resolvería este asunto. Su respuesta fue clara y definitiva, y la citaré aquí: «Etimológicamente hablando, por supuesto, teísta y deísta significan más o menos lo mismo, uno con raíz griega y el otro con raíz latina, y probablemente eso era lo que tenía en mente cuando escribí el libro.

La distinción entre teísta y deísta tal como usted la formula es en realidad una división del siglo XVIII y, por ello, parece un tanto anacrónico imponerla a los filósofos antiguos. Sin embargo, si definimos ambos términos siguiendo [el] diccionario, entonces sí: coincidiría con usted en que, bajo esos términos, los estoicos deberían llamarse deístas, pues entiendo que su creencia en su dios es producto del argumento racional y no de la fe».

Quizá sea más correcto llamar «teístas racionales» a la mayoría de los estoicos clásicos. Pero los nuevos estoicos, aquellos que creen en los procesos conscientes y providenciales de la Naturaleza, no están siendo anacrónicos si se llaman deístas. En términos de nuestra comprensión actual, los estoicos ortodoxos siempre han sido deístas, aunque éste sea un término relativamente reciente que un estoico clásico no habría utilizado. ¿Debemos emplear semejante término si los estoicos de hace dos mil años no lo hicieron? Podemos hacerlo, y creo que deberíamos. Después de todo, hablamos de física estoica aunque ellos habrían preferido llamar a esta sección Filosofía Natural.

De nuevo, el Todo

El primer y último principio de la física estoica es que el Logos y la materia son uno en un continuo. El Logos es el principio activo y la materia, el principio pasivo, no algo muerto. Ambos son materiales y cada uno está contenido en el otro. Vemos el cosmos como un único organismo racional que resplandece en el vacío, y aquello que lo hace activo penetra, define y unifica cada parte del Todo. El Logos, Dios, el Orden Natural, es un solo Todo compuesto de partes interrelacionadas; y semejante Uno es, según nuestro modo de entenderlo, autosuficiente y se sostiene a sí mismo.

Recuerdo cuando comprendí por primera vez que todos teníamos que comer para seguir vivos. Concretamente, nos guste o no, todos tenemos que comernos unos a otros para sobrevivir en este planeta, lo cual me parecía bárbaro y bastante mal concebido por quienquiera o lo que fuera que hubiese diseñado semejante

desagradable situación. Con el tiempo, cuando llegué a comprender que vivimos en un sistema cerrado que sobrevive y se regenera mediante el intercambio de sus partes, empecé a contemplar nuestra situación con asombro. El drama interminable de la caza, la muerte y el festín representa al animal depredador, situado en lo alto de la cadena alimenticia, incluidos nosotros, consumiendo partes que consumen otras partes, descendiendo hasta los compuestos inorgánicos del suelo. Esos compuestos recuperan después lo que perdieron al comienzo de todo el proceso, cuando alimentaron a las hierbas que alimentaron a los herbívoros que alimentaron a los carnívoros y omnívoros. Cuando nosotros, la multitud de formas de vida bióticas, morimos y regresamos a la tierra, el ciclo se completa y comienza de nuevo.

Ahora la pregunta es: ¿cómo encaja esta idea -la unidad del Todo, que en realidad comenzó con Heráclito, el cosmólogo de los estoicos- con la física contemporánea? En el libro *The Tao of Physics*, de Fritjof Capra, se habla de dos grandes temas de la física del siglo XX: (1) la unidad fundamental y la interrelación del Todo; y (2) la naturaleza intrínsecamente dinámica de este fenómeno. A estos dos temas vuelve una y otra vez Capra, al igual que otros autores contemporáneos.

Ahora sabemos algo acerca de la unidad y la interrelación de todas las partes del Todo; hemos visto que la mejor evidencia de la existencia de un dios procede de las constantes fundamentales de la Naturaleza, donde incluso el cambio más pequeño en cualquiera de estas partes interrelacionadas altera drásticamente las condiciones del Todo; y hemos visto que los estoicos estuvieron prácticamente solos en la civilización occidental en su descripción del Uno hasta que, en el siglo XX, reapareció como el primer gran tema. Pero ¿qué significa el segundo gran tema?

El continuo dinámico: el segundo gran tema

El rasgo esencial de su teoría es la noción dinámica del concepto de continuidad, que convierte a la doctrina estoica en una de las grandes aportaciones originales de la historia de los sistemas físicos.

S. SAMBURSKY, PHYSICS OF THE STOICS, P. VII

Primero tenemos que comprender la idea de continuo antes de poder discutir qué hace que un continuo sea dinámico; y para hacerlo tenemos que volver una vez más a Heráclito. Ya que estamos, podemos retroceder también hasta China en ese mismo siglo VI a. C. y, utilizando un solo concepto y un solo símbolo, comprender tanto el continuo dinámico como aquello que en ocasiones se describe como la base del pensamiento chino: el yin/yang.

El yin/yang, uno de los símbolos verdaderamente grandes de la historia, procede del Tao Te Ching, donde todo cambio en la Naturaleza es visto por el taoísta como creado por la dinámica de opuestos polares. Heráclito llegó a la misma conclusión aproximadamente en la misma época, a miles de kilómetros de distancia, en el Mediterráneo. Debido al juego dinámico a lo largo de un continuo, todos los opuestos están unidos. Recuerde el Principio Último: Logos y materia, activo y pasivo, están unidos en uno. Todos los opuestos polares -calor y frío, negro y blanco, etcétera- están unidos en un continuo, y el cosmos es la suma de todos los opuestos, unificados.

¿Es realmente cierto? ¿Están de acuerdo hoy los físicos y cosmólogos? Sí. Resulta especialmente evidente en el nivel subatómico, donde puede demostrarse que las partículas son a la vez destructibles e indestructibles. En el nivel atómico, la materia puede presentarse tanto en forma de partículas como de ondas. Esto puede explicarse mediante ondas de probabilidad, que conducen a un nuevo concepto: las partículas atómicas existen y no existen. En la cuarta dimensión de la teoría de la relatividad, espacio y tiempo están unificados, al igual que fuerza y materia. Y así sucesivamente. En física, semejante unificación fue examinada detenidamente y recibió el nombre de «complementariedad» por Niels Bohr, quien, por cierto, colocó el símbolo del yin/yang en el centro del escudo de armas que diseñó al ser ennoblecido por sus aportaciones a la ciencia del siglo XX.

El continuo dinámico

*Todo fluye y nada permanece; todo cede y nada permanece fijo.
No puedes entrar dos veces en el mismo río: otras aguas
fluyen continuamente.*

HERÁCLITO

Ahora exploramos el segundo de los dos grandes temas de la física moderna: la Naturaleza intrínsecamente dinámica de los fenómenos físicos -flujo, movimiento, cambio-, todo ello resultado de la interacción de los opuestos. Lo que Heráclito inició, Zenón, Crisipo y Posidonio adoptaron y desarrollaron, y la física moderna lo confirma. Crisipo explica el continuo como algo que no posee partes finitas ni infinitas. En realidad, no posee partes. No es estático, sino siempre incompleto y fluido: «...un todo dinámico que se encuentra siempre en estado de devenir» (Sambursky, *Physics of the Stoics*, p. 98).

La teoría cuántica demuestra que lo más fundamental de la existencia son partículas que no constituyen diminutos trozos de materia, sino patrones dinámicos de energía, interconectados en un mundo de movimiento rítmico y cambio. No estamos separados de esos patrones rítmicos de energía: eso es lo que somos. Nosotros, junto con todos los demás fenómenos, vivimos en un mundo dinámicamente interrelacionado de opuestos polares, el Continuo Dinámico.

Categorías

Comenzamos con Dios, el Orden Natural; describimos al dios estoico clásico, el Logos; y examinamos brevemente la unidad fundamental y la interrelación del Todo, el primer gran tema de la física moderna. Después vimos cómo la idea de un continuo que unifica opuestos polares se remontaba, hace 2.500 años, a Heráclito en la civilización occidental y al Tao Te Ching en China. Los físicos han descubierto la unidad de los opuestos desde el nivel subatómico hasta la cuarta dimensión de la relatividad, algo que denominan complementariedad. Todo esto se encuentra en un estado constante de cambio, y la materia fundamental que subyace al fenómeno de la existencia es un patrón dinámico de partículas de energía en movimiento rítmico, el segundo gran tema.

Quizá todo esto parezca información esotérica, muy agradable como conocimiento general del mundo en que vivimos, pero ¿qué relación tiene con vivir de acuerdo con la Naturaleza? Bien, todavía no voy a responder a esa pregunta, y sólo la planteo para pedirle un poco más de paciencia. Pronto quedará claro. Por ahora vamos a dar el siguiente paso, acercándonos al lugar donde usted y yo vivimos: este planeta y el interior de nuestra propia piel.

Las cuatro categorías

Los estoicos elaboraron un continuo físico que va desde el Todo hasta las partes individuales del cosmos, incluyéndonos a nosotros. A esto lo llamaron «las cuatro categorías», una construcción importante análoga a la estructura conceptual de la existencia continua que el profesor Sambursky analiza exhaustivamente en *Physics of the Stoics*. A su trabajo debo en gran medida lo que sigue.

En el pasado hubo quienes descartaron las categorías estoicas como poco más que una versión rudimentaria de las diez categorías que Aristóteles había propuesto poco antes. Sin embargo, difieren fundamentalmente en un aspecto muy importante. Aristóteles trató de situar horizontalmente cada tipo de ser -sustancia, cantidad, cualidad, relación, lugar, tiempo, posición, estado, acción y afección- en diez categorías o grupos diferentes sin atender a rango o jerarquía.

Los estoicos, con sólo cuatro categorías, identificaron verticalmente cada tipo de ser. Es decir, cada forma de existencia pertenece a cuatro etapas sucesivas, cada vez más específicas, y cada categoría incluye por completo a la que la precede. Esto se hará más comprensible a medida que avancemos. Las cuatro categorías son:

1. Sustrato
2. Cualidad
3. Disposición
4. Disposición relativa
 - a. externa (extrínseca)
 - b. interna (intrínseca)

El sustrato es materia informe y pasiva, el principio pasivo situado en el otro extremo del continuo respecto del Logos, el principio activo. Los principios activo y pasivo están unidos, como sabemos por lo que acabamos de estudiar acerca del continuo, y esto constituye una Cualidad, porque ambos combinados ocupan ahora una determinada cantidad de espacio con su masa, que se encuentra en movimiento. Cuando analizamos la cualidad vemos que cada una posee una mezcla única de los principios activo y pasivo que se manifiesta como un patrón rítmico: esto constituye su disposición.

Ahora llegamos a comprender la interrelación de las partes con el Todo al considerar los dos tipos de disposición relativa: externa e interna. En el primero, la disposición se define mediante aquello que está fuera de ella y junto a ella. Por ejemplo, cuando alguien es definido como padre, está siendo definido por algo exterior al padre, a saber, un hijo, una hija o ambos. Toda disposición o parte de la existencia puede definirse por su relación con aquello que está fuera de ella, no sólo

mediante relaciones personales, sino mediante cualquier relación que nos diga algo más acerca de la ubicación o la acción de una disposición, como, por ejemplo, un hombre apoyado contra un árbol.

La disposición interna es la que se define por un cambio que tiene lugar interiormente. Por ejemplo, el hombre apoyado contra el árbol puede encontrarse en perfecto estado de salud, puede estar muerto o simplemente cansado y necesitar descansar. El hecho de que esté apoyado en un árbol no nos dice nada acerca de su salud interna. Digamos que sólo está cansado. Después de descansar un rato puede recuperar fuerzas, estar preparado para erguirse y continuar su camino. Todo el cambio tuvo lugar internamente. Al menos así fue hasta que tuvo fuerzas suficientes para marcharse. Entonces cambió su relación con el árbol, el objeto externo.

Otro ejemplo: tome una manzana y muérdala. ¿Era ácida? ¿Era dulce? Su dulzor puede depender del tiempo durante el cual estuvo expuesta al sol mientras permanecía unida al árbol, pero el grado de dulzor era una cuestión interna que definía su relación con los dos extremos de un continuo entre dulce y ácido. Como sabemos que todos los continuos se hallan en un estado constante de flujo, sabemos que el grado de dulzor puede cambiar, y cambiará.

Cuando cambia la relación interna, las relaciones externas también experimentarán cambios. Si el hombre apoyado contra el árbol está sufriendo un ataque cardíaco mortal, terminará desplomándose y la relación entre el árbol y el hombre cambiará. Si se permite que el hombre permanezca muerto al pie del árbol durante algún tiempo, diversas criaturas tomarán un tentempié o celebrarán un festín según su posición en la jerarquía de dominio entre los animales que se estén alimentando, y muy pronto sólo quedarán los huesos. Con el tiempo éstos se integrarán en la tierra y el calcio será absorbido por el suelo: una nueva relación. Las raíces del árbol se alimentarán entonces de este nuevo aporte de nutrientes, y el hombre que estaba apoyado contra el árbol estará ahora alimentándolo: una relación completamente nueva.

Todas las cosas son capaces de cambiar, cambiarán y producirán un cambio en la relación entre los estados físicos de los dos cuerpos. Cuando consideramos que esa nueva relación sufrirá después otro cambio con el otro cuerpo en un nuevo continuo de estados, terminamos teniendo todas las clases de cambios físicos posibles ocurriendo continuamente en este cosmos de partes dinámicas e interrelacionadas. Esta relación de todos los cuerpos físicos del universo constituye el único Todo unificado del estoico.

Éste es el punto más importante. Ahora podemos ver cómo el concepto de continuo que está ahí fuera, en el cosmos, desciende a la Tierra hasta llegar directamente a quiénes y qué somos aquí y ahora. Cada una de estas categorías es progresivamente más específica y compleja e incluye la categoría anterior. Eso significa que la categoría cuatro se construye sobre la categoría tres, que se construye sobre la categoría dos, y así sucesivamente; lo cual significa también que la categoría cuatro contiene dentro de sí todas las categorías anteriores: un continuo físico. Esto define nuestra relación con la Naturaleza.

Pasemos ahora al uso que hace Crisipo de este tipo de categorización en otro puente conceptual que parte de la Naturaleza. Aunque lo que sigue probablemente fue adoptado de Aristóteles, semejantes asuntos no deberían detenernos más de lo que lo detuvieron a él. Si funciona, úselo. El relato de Crisipo puede encontrarse en el capítulo de Diógenes Laercio sobre Zenón, libro séptimo de sus Vidas de los filósofos ilustres, y en este caso se refiere a la relación entre aquello que llamamos vida biótica. Primero Crisipo señala que la Naturaleza hizo posible la autopreservación haciendo que cada cosa se sintiera vinculada a sí misma, impulsándola a evitar todo aquello que le fuera perjudicial y a aproximarse a lo que fuera útil. Después describe estas categorías: 1) vida vegetal, 2) vida animal y 3) vida racional. Una vez más estamos ante un continuo en el que la categoría tres, los seres humanos, contiene aquello que nos precede, las categorías dos y uno.

Plutarco cita a Crisipo diciendo: «El hombre no consta de más partes que su dedo, ni el cosmos de más partes que el hombre». Crisipo analiza nuestra relación con las categorías precedentes y después identifica la diferencia. De la vida vegetal a los animales se añaden el impulso y una mayor movilidad, permitiendo que los animales sigan el impulso para buscar aquello que pueda ser útil para su autopreservación. De la vida animal a las criaturas racionales se ha añadido la facultad racional para regular y dirigir el impulso animal. Crisipo dijo que la razón se encontraba entre la representación sensible y el impulso, permitiéndonos, a diferencia de los animales menos racionales, frenar el impulso y elegir si actuar o no, y cómo hacerlo.

Antes de continuar por este puente, comparemos estas categorías con el pensamiento contemporáneo tal como lo examina el filósofo Errol Harris en *Cosmos and Anthropos*, en lo que él llama el Concepto del Mundo: un mundo continuo e indivisible, un continuo. Éstas son sus categorías: 1) físico, 2) químico, 3) biótico, 4) sintiente y 5) noético. En estas categorías comenzamos con partículas anteriores a la formación de compuestos inorgánicos específicos: la química. De esos compuestos químicos se construye la vida biótica, que para Crisipo era la vida vegetal. Con la vida sintiente tenemos animales con su propia forma particular de conciencia o percepción. Finalmente están los seres humanos, la etapa noética, una categoría especial que contiene todas las categorías precedentes y añade una dimensión adicional: la conciencia humana que conocemos como conciencia reflexiva, la razón.

Razón

La capacidad de reconocer orden parece ser un aspecto esencial de la mente racional;

toda percepción de un patrón es, en cierto sentido, una percepción de orden.

F. CAPRA, THE TAO OF PHYSICS, 3.ª ED., P. 318

Como siempre les gusta señalar a los escritores estoicos, tenemos una relación única con el Logos. Podemos observar, apreciar, calcular y construir con la inteligencia del razonamiento porque somos manifestaciones vivas de este dios. Los cristianos veneran a Jesucristo como Hijo de Dios, pero nosotros los estoicos creemos que todos

somos hijos e hijas de Dios. Nuestra conciencia, nuestra conciencia reflexiva, la razón que utilizamos, constituye nuestra evidencia de esta relación.

El árbol y la doctrina estoica de las razones seminales

En pocas palabras, esta doctrina afirma que todo está presente en potencia desde el comienzo de la creación, del mismo modo que una semilla se convierte en árbol. Todas las características de cualquier árbol que observamos en el presente estaban en la semilla de la que creció ese árbol. El árbol era una metáfora favorita de san Agustín, el maestro de la Edad Media, quien la tomó prestada de los estoicos para explicar la creación en seis días del Antiguo Testamento. Sabía que un periodo tan breve no podía explicar todo lo existente en el presente, pero que la semilla de la creación, que contenía en potencia todo cuanto posteriormente habría de suceder, ya estaba allí desde el principio.

Hoy, uno de los desarrollos más interesantes surgidos de la física cuántica es la teoría que los filósofos llaman Principio Antrópico. En realidad, se trata de una versión actualizada de la doctrina estoica de las razones seminales, según la cual el universo tal como fue creado permitiría necesariamente el desarrollo de seres de tipo humano, la categoría noética del Concepto del Mundo, con su conciencia autorreflexiva surgiendo en algún momento del proceso evolutivo. En otras palabras, incluso si la creación del universo hubiera sido accidental, la evolución humana no lo habría sido, sino que habría seguido necesariamente de las condiciones iniciales.

Reflexione por un momento sobre el crecimiento de un árbol. Utilicemos un manzano, porque me gustan los manzanos, y consideremos qué información está almacenada en la semilla de ese árbol. Una pequeña semilla marrón oscura, del tamaño de un guisante pequeño, cae al suelo con su vaina, la manzana. Si todas las condiciones son adecuadas -temperatura, suelo y humedad-, la semilla sabe desde el principio exactamente cómo y cuándo puede crecer. Una diminuta raíz se hunde en la tierra buscando alimento y agua, mientras un brote verde empuja en dirección contraria para absorber la energía del sol.

Aunque la semilla no hiciera nada más, ya debería considerarse una forma de inteligencia asombrosa, compleja y sofisticada, muy superior a cualquier cosa que podamos crear. Ni siquiera podemos crear vida en sus formas más rudimentarias de algas. Pero ése es sólo el comienzo del potencial de la semilla. Continúa hasta convertirse en un retoño con pequeñas ramas que crecen y crecen, y muy pronto es cientos, miles de veces mayor de lo que era. Y todavía ni siquiera es un manzano.

Si continuamos utilizando el manzano como metáfora del universo, el Big Bang es el crecimiento explosivo de la semilla que se extiende por el continuo espacio-tiempo. Si estamos en la primavera de la vida del cosmos, entonces de cada ramita de cada rama nace un pequeño brote. Si contemplamos la floración del manzano como la floración de la conciencia en el universo, las razones seminales y el Principio Antrópico dicen que era inevitable que semejante acontecimiento acabara produciéndose a partir de la semilla cósmica que nació.

Con nuestra razón otorgada por el Logos, consideremos ahora las dos orientaciones aparentes que podemos tener respecto al universo. O bien la gran

inteligencia estuvo allí desde siempre y sólo ahora estamos tomando conciencia de ella -la doctrina de las razones seminales-, o bien nosotros somos la gran inteligencia del universo, que recientemente está desarrollando su facultad racional. He dicho «orientaciones aparentes» porque es importante aclarar este asunto con algo más de certeza antes de continuar. Si existe alguna confusión, se encuentra en lo que entendemos por inteligencia y por conciencia.

La semilla de una manzana posee inteligencia en su diseño, en su programa. Hasta donde sabemos, no posee ninguna forma de conciencia. Las razones seminales y el Principio Antrópico sugieren un despliegue evolutivo. La etapa noética, aquella en la que nos encontramos, es el desarrollo de la conciencia autorreflexiva, la «conciencia» racional del Logos. Así pues, podemos reconocer el diseño inteligente precisamente gracias a nuestra conciencia noética. Por lo tanto, la pregunta podría formularse con mayor precisión así: ¿poseía el cosmos, el Logos, una conciencia autorreflexiva antes del desarrollo de la conciencia noética aquí y en otros lugares del universo, o su conciencia sólo ahora está despertando a la conciencia de sí misma?

Los ateos dicen que no; los deístas dicen que sí; y los agnósticos dicen que no lo sabemos.



LÓGICA

El desarrollo de la lógica formal en la Antigüedad alcanzó su punto culminante en las obras de los pensadores pertenecientes a las escuelas megárica y estoica.

BOCHENSKI, Ancient Formal Logic (Ámsterdam, 1951), p. 77

Introducción

Permítame comenzar con una analogía para describir lo que vamos a intentar en este capítulo. Si la lógica es el fundamento o la esencia de las matemáticas, entonces lo que estudiaremos aquí es aritmética básica. Dejaremos el trabajo avanzado -la trigonometría y el cálculo de la lógica- a los especialistas y lógicos a quienes inspire este tema y que quieran adentrarse en los niveles más avanzados de esta forma de pensamiento. Pero no se sienta mal ni excluido. La aritmética básica es todo lo que el 90 % de nosotros necesita para vivir bien y, al aprender la aritmética básica de la lógica, llegaremos a saber más que la inmensa mayoría en lo que respecta al razonamiento y la argumentación lógicos.

Como señala Cannavo en *Think to Win: The Power of Logic in Everyday Life* (Prometheus Books, 1998), hoy existen cientos, si no miles, de libros, normalmente escritos por psicólogos o gurús religiosos, que pretenden decirnos cómo mejorar la calidad de nuestras relaciones con los demás y con nosotros mismos. Hay pocos libros que puedan decirnos cómo mejorar la calidad de nuestro razonamiento. ¿Por qué? Bueno, las editoriales están en el negocio de ganar dinero, y vender libros es la manera en que lo hacen. Cuantos más libros venden, más dinero ganan. Leer un libro de autoayuda escrito por un psicólogo u otro gurú es fácil comparado con leer un libro de autoayuda sobre cómo pensar y argumentar bien. La lectura fácil vende más libros que la lectura difícil. Le prometo que, si dedica el tiempo y el esfuerzo necesarios para asimilar el tema «difícil» de la lógica básica, se beneficiará incomparablemente más que alimentándose de la papilla de la psicología popular.

Retórica

La mayor parte de este capítulo está dedicada a la argumentación lógica y a las falacias, pero en la Antigüedad se esperaba que un estudiante de lógica en una escuela estoica dominara las dos ramas de la lógica allí enseñadas: dialéctica y retórica. La dialéctica, o argumentación lógica, era lógica deductiva: el silogismo estoico. Exploraremos ese tema a continuación; pero antes permítame decir unas palabras sobre la retórica. Es un tema importante, aunque para nuestros propósitos bastarán unas pocas palabras.

La retórica, la vertiente lingüística de la lógica estoica, se consideraba nuestro vínculo directo con el Logos, definido, entre sus numerosos sentidos, como palabra. Dada su profunda valoración de la palabra, quizá no sorprenda que se atribuyan a los estoicos algunas de las primeras formulaciones de las partes del discurso: sustantivos, verbos,

adverbios, tiempos verbales, etc. Sin embargo, a diferencia de otras escuelas -sobre todo los gramáticos de Alejandría-, no pensaban que estas reglas fueran fijas. El lenguaje, al igual que la Naturaleza, se encuentra en un estado constante de flujo, y el Logos de la palabra es el mismo Logos del mundo físico.

Hoy, como sucede con tantos campos de estudio, las dos ramas de la lógica se han ramificado en numerosas disciplinas, todas ellas en manos de especialistas. Más allá del trabajo más elemental sobre los métodos deductivo e inductivo, pocos de nosotros tenemos conocimientos de lógica formal. El lenguaje, en cambio, ha recibido un énfasis mucho mayor en todos los niveles de educación. Para la mayoría de nosotros, semejante educación es adecuada siempre que recordemos nuestra responsabilidad de comunicarnos de manera llana y clara. No necesitamos quedar excesivamente impresionados ni intimidados por los combates esotéricos de los semánticos profesionales, ese uno por ciento que se bate contra el otro uno por ciento. Tenemos un trabajo más importante que hacer.

Dialéctica

Si son posibles tanto el razonamiento correcto como el incorrecto, entonces debemos aprender a distinguirlos. Tanto el razonamiento correcto como el incorrecto son posibles. Por lo tanto, debemos aprender a distinguirlos.

El párrafo anterior es un silogismo estoico. También puede escribirse en una forma abreviada que los lógicos modernos podrían utilizar sustituyendo frases por letras: si p, entonces q; p; por lo tanto q. Los estoicos preferían utilizar números ordinales en lugar de letras. Su representación del silogismo anterior sería así: si lo primero, lo segundo; lo primero; por lo tanto, lo segundo.

No es tan difícil, ¿verdad? Aquí tiene otro. Si el estudio de la lógica nos ayuda a distinguir entre razonamiento correcto e incorrecto, entonces debemos estudiar lógica. El estudio de la lógica sí nos ayuda a distinguir entre razonamiento correcto e incorrecto. Por lo tanto, debemos estudiar lógica.

Aunque la lógica ha sido llamada a menudo la ciencia de las leyes del pensamiento, eso es ir demasiado lejos. Basta con que reconozcamos el valor de la lógica para ayudarnos a conocer la diferencia entre razonamiento correcto e incorrecto, y qué argumentos son válidos y cuáles inválidos. No es poca cosa hoy, como tampoco lo era cuando los estoicos desarrollaron aquello que Aristóteles había concebido por primera vez milenios atrás. Como campo de reflexión sobre los métodos correctos e incorrectos de razonar, la lógica ha desarrollado toda una terminología propia. Ésa es la parte más difícil de la lógica: aprender la terminología, algo que requiere mucho más esfuerzo y motivación de los que la mayoría de nosotros está dispuesta a dedicarle, especialmente en un texto introductorio sobre estoicismo. Seremos breves y resumiremos.

La lógica estoica es una lógica proposicional. ¿Qué significa eso? Este párrafo y los dos siguientes lo explicarán. Pero primero relájese, respire profundamente y tenga paciencia. El esfuerzo valdrá la pena. Debemos agradecer a la Internet Encyclopedia of Philosophy (2008) la valiosa cita que sigue:

El término proposición se utiliza a veces como sinónimo de enunciado... [y la lógica proposicional] es la rama de la lógica que estudia las maneras de combinar o alterar enunciados o proposiciones para formar enunciados o proposiciones más complejos... Unir dos proposiciones más simples mediante la palabra «y» es una manera habitual de combinar enunciados... La lógica proposicional también estudia maneras de modificar enunciados, como la adición de la palabra «no», que se utiliza para transformar un enunciado afirmativo en uno negativo. Aquí, el principio lógico fundamental implicado es que, si un determinado enunciado afirmativo es verdadero, la negación de ese enunciado es falsa; y si un determinado enunciado afirmativo es falso, la negación de ese enunciado es verdadera...

La lógica proposicional puede concebirse principalmente como el estudio de los operadores lógicos. Un operador lógico es cualquier palabra o expresión utilizada para modificar un enunciado y convertirlo en otro distinto, o para unir varios enunciados y formar uno más complejo. En inglés, palabras como «y», «o», «no», «si... entonces...», «porque» y «necesariamente» son operadores... Los filósofos estoicos llevaron a cabo intentos más serios de estudiar operadores proposicionales como «y», «o» y «si... entonces...» a finales del siglo III a. C. Como la mayoría de sus obras originales -si es que realmente llegaron a producirse muchos escritos- se han perdido... el filósofo estoico Crisipo (aprox. 280-205 a. C.) fue quizá quien más avanzó la lógica proposicional estoica, al distinguir diversas maneras de formar premisas complejas para los argumentos y, para cada una, enumerar esquemas de inferencia válidos.

Crisipo propuso que los siguientes esquemas de inferencia fueran considerados los más básicos:

1. Si lo primero, entonces lo segundo; pero lo primero; por lo tanto, lo segundo.
2. Si lo primero, entonces lo segundo; pero no lo segundo; por lo tanto, no lo primero.
3. No ambos, lo primero y lo segundo; pero lo primero; por lo tanto, no lo segundo.
4. O lo primero o lo segundo [y no ambos]; pero lo primero; por lo tanto, no lo segundo.
5. O lo primero o lo segundo; pero no lo segundo; por lo tanto, lo primero.

Reglas de inferencia como las anteriores se corresponden muy estrechamente con los principios básicos de un sistema contemporáneo de deducción natural para la lógica proposicional. Por ejemplo, las dos primeras reglas corresponden, respectivamente, a las reglas de modus ponens y modus tollens. Estos esquemas básicos de inferencia fueron ampliados por el propio Crisipo y por otros estoicos, y se conservan en la obra de Diógenes Laercio, Sexto Empírico y, más tarde, Cicerón... En los

siglos posteriores se produjeron pequeños avances sobre el trabajo de los estoicos... El siguiente gran paso en el desarrollo de la lógica proposicional llegó mucho más tarde, con la aparición de la lógica simbólica en la obra de lógicos como Augustus De Morgan (1806-1871) y, especialmente, George Boole (1815-1864), a mediados del siglo XIX.

Lógica inductiva y deductiva

Durante casi dos mil años, la lógica estoica fue ignorada, menospreciada u olvidada por completo. La lógica de Aristóteles dominaba. La actitud típica de los lógicos de mediados del siglo XIX quedó expresada por C. Prantl en la primera historia completa de la lógica occidental jamás escrita. Calificó la lógica estoica de «aburrida» y «trivial», demostrando una vez más con qué facilidad y arrogancia descartamos aquello que no comprendemos. Finalmente, en 1934, el lógico polaco Łukasiewicz comprendió lo que habían hecho los estoicos y tuvo el valor de publicar su opinión en *History of the Logic of Propositions*. A mediados del siglo XX, otro lógico llamado Bocheński, cuya cita abre este capítulo, expresó la opinión, hoy dominante, de que la lógica estoica merece un lugar preeminente.

Para empezar, tanto Aristóteles como los estoicos utilizaban lógica deductiva. Como quizá sepa, existen básicamente dos tipos de dialéctica: deductiva e inductiva. Un argumento deductivo es aquel en el que la conclusión se sigue necesariamente de las premisas dadas. Los dos silogismos sobre aprender lógica utilizados anteriormente eran deductivos. Los silogismos son argumentos deductivos. Un argumento inductivo es aquel en el que la conclusión, aunque apoyada por las premisas, no se sigue necesariamente de ellas. He aquí un argumento inductivo:

Calígula fue emperador romano y no le gustaba la filosofía;
Nerón fue emperador romano y no le gustaba la filosofía;
Domiciano fue emperador romano y no le gustaba la filosofía;
por lo tanto, a los emperadores romanos no les gustaba la filosofía.

Por supuesto, sabemos que la conclusión es incorrecta porque Marco Aurelio fue emperador romano y él mismo era filósofo estoico. Los argumentos deductivos siguen reglas estrictas entre las premisas y la conclusión para llegar a una conclusión que se sigue necesariamente; los argumentos inductivos no. Aun así, el razonamiento inductivo puede ser útil. De hecho, lo utilizamos constantemente cuando intentamos generalizar acerca de una persona, un lugar o una cosa en la vida real.

En Estados Unidos, la mayoría de los médicos son políticamente conservadores;
mi médico es estadounidense;
por lo tanto, probablemente sea políticamente conservador.

Los argumentos inductivos, a diferencia de los deductivos, no se consideran válidos o inválidos, sino mejores o peores dependiendo de cuánto apoyo proporcionen las premisas a la conclusión. Aquí estamos tratando con probabilidades, que es otro asunto y no es aplicable a la lógica estoica. Dejamos, pues, la inducción y regresamos a la deducción, que es nuestro asunto principal.

En los argumentos deductivos, la conexión entre la validez de un argumento y la verdad de sus premisas y conclusión no es tan sencilla como podría parecer al principio. Un argumento puede seguir siendo válido incluso cuando una o ambas premisas son falsas. La validez se refiere a la forma del argumento, no a la verdad de sus premisas o de su conclusión. Por ejemplo:

Todas las vacas son moradas.

Todos los animales morados tienen aletas.

Por lo tanto, todas las vacas tienen aletas.

Éste es un argumento deductivo válido porque la forma es válida (Todo A es B; todo B es C; por lo tanto, todo A es C) y, si las premisas fueran verdaderas, la conclusión también lo sería. He aquí otro. ¿Es válido o inválido?

Todas las aves son insectos.

Todos los escarabajos son aves.

Por lo tanto, todos los escarabajos son insectos.

Válido. Aunque las premisas son falsas, la conclusión es verdadera.

¿Y éste?

Todos los gatos pueden volar.

Todos los leones pueden volar.

Por lo tanto, todos los leones son gatos.

Inválido. Las premisas son falsas y, aunque la conclusión es verdadera, la forma del argumento es inválida.

Reordenando la forma podemos convertirlo en un argumento válido, aunque la conclusión sea falsa:

Todos los gatos pueden volar.

Todos los leones son gatos.

Por lo tanto, todos los leones pueden volar.

Podríamos dedicar fácilmente un capítulo entero a analizar y determinar la validez y la verdad de los argumentos deductivos, pero no es necesario en un texto introductorio. Sí es importante mostrar la dificultad de las conexiones entre las premisas y la conclusión para comprender parte del prejuicio que surgió contra tales esfuerzos cuando los romanos, más prácticos, heredaron la Estoa y prefirieron concentrarse en la ética. Nosotros también lo haremos, dentro de un momento; pero primero examinaremos la forma esencial del silogismo estoico, comparándola y contrastándola con la aristotélica.

El silogismo

El silogismo es un argumento deductivo que tiene dos premisas y una conclusión. Eso es principalmente lo que hemos estado haciendo hasta ahora.

Todos los animales son mortales; (premisa mayor)

Todos los perros son animales; (premisa menor)

por lo tanto, todos los perros son mortales. (conclusión)

Así presentaría Aristóteles un silogismo. Sólo necesitamos saber cómo lo hacía porque es el padre de la lógica y porque su forma de silogismo constituye una buena base para compararla y contrastarla con la forma estoica. La principal diferencia entre la lógica aristotélica y la estoica es que Aristóteles trataba siempre únicamente con universales, mientras que los estoicos estaban menos interesados en los universales, que consideraban construcciones mentales menos útiles para fines prácticos que los casos individuales. (Debe señalarse, sin embargo, que, aunque lo individual era primordial en la lógica estoica, no existía prohibición alguna de trabajar con universales, y lo hacían.)

Aunque Aristóteles sólo permitía dos premisas antes de la conclusión, los estoicos sostenían que podía haber muchas, aunque sólo se han encontrado ejemplos con tres premisas. Finalmente, Aristóteles creó cuatro formas, mientras que los estoicos utilizaban cinco tipos de silogismos, como vimos anteriormente en la Internet Encyclopedia of Philosophy.

Un silogismo estoico acerca de los perros mortales anteriores no habría adoptado aquella forma, sino que habría seguido su forma de *modus ponens* del modo siguiente:

Si todos los perros son animales, entonces son mortales;
 todos los perros son animales;
 por lo tanto, todos los perros son mortales.

Parece prácticamente lo mismo, pero no lo es. Recuerde: el silogismo estoico es lógica proposicional, es decir, trabaja con enunciados que enfatizan la conexión de una cosa con otra, la interconexión de todas las cosas. Si esto, entonces aquello.

En la Estoa griega, estos silogismos eran el centro de la dialéctica. Y la dialéctica, junto con la retórica, constituía su lógica, considerada tan importante como el estudio de la física y de la ética. Se estudiaba física para conocer las operaciones de la Naturaleza; lógica para poder organizar y comunicar los pensamientos con precisión; y ética para saber qué acción correcta emprender a partir de esa comprensión precisa. Para cuando Panecio introducía la Estoa entre los romanos, el estudio de la lógica formal había disminuido en importancia. De hecho, hablaba poco de física y prácticamente ignoraba la lógica, muy de acuerdo con la preferencia de los romanos prácticos, que estaban más interesados en la acción.

Si se siente inclinado a estar de acuerdo con los romanos y considera todos estos esfuerzos intelectuales poco más que juegos que no merecen su tiempo ni su esfuerzo, se encuentra en buena compañía. Escuche lo que Séneca dice sobre tales asuntos en sus Cartas a Lucilio, n.º 48:

Se nos hace creer que, a menos que uno haya construido silogismos de la clase más ingeniosa y reducido las falacias a una forma compacta en la que de una premisa verdadera se derive una conclusión falsa, no estará en condiciones de distinguir aquello a lo que debe aspirar de aquello que debe evitar. Da vergüenza que hombres de nuestra edad avanzada conviertan una cosa tan seria en un juego.

*«Pez» es una sílaba,
y un pez nada;
por lo tanto, una sílaba nada.*

Supongamos por un momento que no puedo detectar la falacia. ¿Qué peligro me acarrea semejante falta de perspicacia?... ¿Qué puerilidades tan necias!... ¿Quiere que le diga qué ofrece la filosofía a la humanidad? Consejo. Una persona se enfrenta a la muerte; otra está angustiada por la pobreza; otra es atormentada por la riqueza... ¿Qué sentido tiene inventarme extravagancias como las que acabo de mencionar? Éste no es lugar para juegos: se le ha llamado para ayudar a los desdichados. Está comprometido a socorrer a los náufragos, a los cautivos, a los enfermos, a los necesitados y a quienes ya están colocando la cabeza bajo el hacha levantada del verdugo.

Es poco probable que encuentre ejercicios de lógica silogística como éstos en algún momento o lugar de su vida. Puede levantarse por la mañana, ver las noticias en el periódico, en la pantalla del ordenador o en la televisión y no tener nunca motivo para examinar lo que ve mediante un silogismo. Puede ir a trabajar, comprar, vender, administrar, construir, jugar, plantar y cosechar sin silogismos. Puede criar una familia sin ellos. Pero no puede atravesar la vida sin quedar expuesto con frecuencia a razonamientos que hoy conocemos como falacias lógicas y sin verse presionado por ellos. Hasta donde sabemos, los antiguos estoicos no enseñaban ni estudiaban este tipo de falacias, pero nosotros lo haremos hoy. Ésta es la clase de lógica que realmente necesita conocer y a la que recurrirá tantas veces en su vida que ignorarla por completo sería imperdonable. Por eso se presenta aquí, en un texto sobre lógica estoica. El nuevo estoico debe conocerlas.

Falacias lógicas comunes

*Jesús me ama, esto lo sé,
porque la Biblia me lo dice;
los pequeños le pertenecen,
ellos son débiles, pero Él es fuerte.
Sí, Jesús me ama. Sí, Jesús me ama.
Sí, Jesús me ama: la Biblia me lo dice.
«Jesus Loves Me», canción infantil cristiana*

Mucho antes de que pudiera leer o razonar, ésta fue la primera canción que aprendí de memoria. Sesenta años después, todavía la recuerdo palabra por palabra. Desde que éramos pequeños nos decían que nos pusiéramos de pie y cantáramos esta canción al comienzo de cada clase de escuela sabática. ¿Puede detectar la falacia lógica? Se repite dos veces. Jesús me ama, y lo sé porque la Biblia me lo dice. ¿Cómo sé que Jesús me ama? La Biblia me lo dice.

Así es como continuamos con esa clase de razonamiento: Jesús es el Hijo de Dios. ¿Cómo lo sé? La Biblia me lo dice. Mi Dios es el único Dios y el Gobernante del universo. ¿Cómo lo sé? La Biblia me lo dice. Mahoma es el profeta de Alá. ¿Cómo lo sé? El Corán me lo dice. ¿Y por qué debería creer lo que me dicen la Biblia o el Corán? Porque la Biblia o el Corán son la palabra de Dios o de Alá inspirada divinamente. ¿Cómo lo sé? La Biblia o el Corán me lo dicen.

Es posible aprender a reconocer el mal razonamiento en todas las formas de discurso, desde canciones infantiles hasta anuncios y debates políticos. Quien esté familiarizado con las falacias lógicas se dará cuenta rápidamente de que el mal razonamiento es tan frecuente que resulta cotidiano. Eso no lo convierte en correcto, y la razón de que sea tan habitual es que muy pocos hemos sido educados y entrenados para razonar correctamente. Los líderes religiosos y políticos pueden hacer que sus arengas parezcan plausibles a miles, incluso millones de nosotros, porque no sabemos hacerlo mejor. No estamos entrenados para detectar el razonamiento defectuoso, y algún día esa omisión de nuestra educación será corregida. Mientras tanto, muchos de nosotros, probablemente la mayoría, cometemos rutinariamente y sin saberlo falacias lógicas a diestra y siniestra.

Según S. Cannavo en *Think to Win*, existen casi dos docenas de falacias comunes que la gente comete todos los días. Nosotros examinaremos sólo cuatro. Éste no es un libro de lógica, y no es necesario examinar exhaustivamente todas y cada una de las falacias para apreciar el valor de semejante estudio y mejorar significativamente nuestra capacidad de razonar lógicamente. Quienes quieran más deberían tomarlo como señal de que quizá sean lógicos en ciernes. Para el resto de nosotros, lo que sigue debería ser suficiente. Si aprende bien estas falacias y las memoriza, estará muy por encima de la mayoría de sus conciudadanos. No sólo evitará cometer estos errores de razonamiento; tampoco será engañado por quienes insisten en su punto de vista mediante argumentos falaces.

1. Falacia de la pista falsa (red herring)

Quienes disfrutan de las historias detectivescas probablemente estén familiarizados con la pista falsa, aunque quizá no sepan de dónde procede el término inglés *red herring*. Proviene de la idea literaria, si no de una práctica real, de arrastrar un arenque de fuerte olor para desviar a los perros rastreadores que siguen nuestro rastro. El olor mucho más intenso del arenque confunde a los perros y les hace creer que han perdido nuestro olor. La pista falsa en una historia detectivesca es una persona, el personaje que a menudo posee tanto los medios como el motivo para cometer el crimen, pero que en realidad es inocente. Eso es esencialmente lo que hace esta falacia: desvía.

¿Cómo lo hace? Cambiando la cuestión y desviándolo así de su búsqueda de la verdad sobre el asunto. No es lo mismo que cambiar de tema, una estrategia favorita del debatiente que no conoce la respuesta a una pregunta determinada (por ejemplo, Sarah Palin en el debate vicepresidencial de 2008). En la falacia de la pista falsa, superficialmente se permanece en el tema, pero se desplaza la discusión para no abordar el verdadero punto en cuestión. He aquí un ejemplo:

John: Las películas de detectives son excelentes ejemplos de un drama moral. El malo siempre es atrapado y al final pierde frente al bueno. Enseñan que el crimen no compensa.

Mary: Creo que las películas de detectives no son más que glorificaciones de la violencia que siempre siguen alguna fórmula estúpida. A veces no sé quién es el malo, si el criminal o el policía.

Pasamos, pues, de la afirmación de John de que las películas de detectives son enseñanzas sobre el bien y el mal a la incomodidad de Mary con todo el género de policías y ladrones. Permaneció en el tema, pero pasó del drama moral a la glorificación de la violencia sin siquiera intentar responder a lo que John había dicho en primer lugar. He aquí otro ejemplo.

Mary: El calentamiento global es un problema que Estados Unidos no ha abordado seriamente y hará imposible que muchas especies, como el oso polar, sobrevivan en libertad.

John: El calentamiento global, si es que existe, quizá sea lo mejor que les haya ocurrido jamás a canadienses y rusos. Imagine la belleza de la primavera en Moscú.

Mary quiere hablar del grave problema del calentamiento global, mientras John ignora los peligros y se lanza a fantasear con flores y lluvias cálidas en los climas del norte. Observe que ni John ni Mary pueden ser acusados de falsedad, ignorancia o de cambiar de tema. Cada uno simplemente contempla el mismo asunto desde un punto de vista diferente. Una pista falsa no es necesariamente algo malo; simplemente no es una manera instructiva o constructiva de examinar el asunto en cuestión. El segundo ejemplo también podría llamarse una falacia del hombre de paja, porque sin duda hay aquí un elemento de necedad por parte de John, pero eso tendrá que esperar. Un ejemplo más será suficiente:

George: La filosofía estoica es la mayor filosofía sapiencial de la historia del mundo.

Fred: Cuando se trata de filosofía, se lo dejo a la Iglesia; me basta con intentar ser una buena persona, pagar el diezmo y criar a mis hijos para que sepan distinguir el bien del mal.

El tercer ejemplo es la razón principal por la que la filosofía estoica es también la última filosofía sapiencial de la historia del mundo, al menos en el mundo occidental. El confucianismo ocupa esa posición en Oriente. Después del comienzo de la era cristiana, los filósofos se convirtieron en académicos, estudiosos a quienes ya no se buscaba como fuente de sabiduría acerca de cómo vivir bien. Las religiones asumieron esa responsabilidad y basaron su información en la revelación divina y la doctrina eclesiástica. Los filósofos cambiaron de tema por completo.

2. Falacia de petición de principio

Cuando buscamos respuestas, podemos pasar de ser desviados por pistas falsas a no llegar siquiera a salir por la puerta de la finca. «Petición de principio» es una expresión extraña, pero describe una situación en la que se evita por completo el

corazón de la discusión, la cuestión que está sobre la mesa. En lugar de utilizar un argumento razonado para llegar a una conclusión, el autor incurre en petición de principio repitiendo la cuestión o evitándola por completo. En otras palabras, no ha llegado a ninguna parte ni ha resuelto nada.

Razonamiento circular

El razonamiento circular es una forma común de petición de principio. Es circular porque la conclusión no es más que otra manera de volver al comienzo. Si me dice que debo creer en Mahoma porque es el profeta de Dios, lo único que está diciendo es que debo creer en el profeta de Dios porque es el profeta de Dios. No ha demostrado nada y su conclusión es igual que su premisa. ¿Recuerda la canción de la escuela sabática citada arriba? Si afirma que la Biblia es la palabra de Dios, y yo le pregunto cómo lo sabe, y me responde que porque así lo dice la Biblia, ¿qué ha demostrado? Nada. Lo único que ha dicho es: la Biblia es la palabra de Dios porque la Biblia dice que es la palabra de Dios. La idea misma de un argumento es proporcionar evidencia adicional para la premisa. En este caso no hemos aportado nada nuevo que apoye nuestra afirmación. He aquí algunos ejemplos más:

- ¿Por qué es ilegal que la gente fume marihuana? Porque está contra la ley.
- ¿Debería legalizarse el matrimonio homosexual? No, el matrimonio es la unión legal de un hombre y una mujer.
- ¿Por qué los cristianos van al Cielo y los judíos van al Infierno? Porque los cristianos creen en Jesús y los judíos no. Si un judío creyera en el Señor Jesucristo como su Salvador, se salvaría.
- ¿Cómo sé que ésta es la huella de Bigfoot? ¿Qué otra cosa podría producir una huella tan grande?

3. Falacia ad hominem

Atacar a una persona en lugar de una cuestión. Esta táctica es una de las favoritas de los políticos y fue utilizada extensamente por miembros del Partido Republicano de Estados Unidos durante la Guerra Fría de la década de 1950. Comenzó con el senador Joseph McCarthy y el congresista Richard Nixon, quienes desplazaron hábilmente la atención desde los asuntos debatidos hacia el carácter sospechoso, incluso subversivo, de miembros opositores del Partido Demócrata. Todavía hoy la utilizan políticos de todas las tendencias, y quizá siempre sea así. En pocas palabras, la finalidad consiste en evitar examinar el asunto atacando a la persona o a algún grupo de personas relacionado con él. Esto es tan común en todos los ámbitos de la vida y del discurso que casi pasa desapercibido, y hasta es posible que usted mismo lo haya hecho alguna vez. No deliberadamente, por supuesto. También es una táctica favorita de la mentalidad criminal. En este caso se desplaza la culpa de la propia conducta indebida hacia la víctima.

Fiscal de distrito: ¿Por qué robó el automóvil?

Ladrón de coches: Necesitaba que me llevaran. Además, cualquiera lo bastante estúpido como para dejar las llaves puestas merece que le roben el coche.

En este caso, estoy seguro de que el ladrón comprendía que su motivación era un poco débil, así que atacó a la víctima para justificar su conducta.

Moderador: Si resulta elegida presidenta, ¿cómo abordará su plan sanitario la crisis de la atención médica en Estados Unidos y en qué se diferencia su plan del de su oponente?

Política: Creo en la libertad de elección y en la responsabilidad del individuo. Mi oponente cree que la atención médica es un derecho. Quiere gravar y gastar, gravar y gastar, quitarle su libertad de elección, igual que un socialista. De hecho, si eligen a mi oponente, la infiltración progresiva del socialismo estará a la orden del día. Como dicen en el desierto: «Nunca dejes que el camello meta la nariz bajo la tienda».

La candidata nunca describió su plan sanitario. Pasó directamente a atacar a su oponente como un socialista que no hace más que subir impuestos y gastar, lo cual, en un país socialista, quizá no constituyera un insulto personal; pero en los Estados Unidos de hoy equivale prácticamente a llamarlo criminal subversivo.

4. Falacia del hombre de paja

En este caso, en lugar de atacar el carácter del interlocutor se ataca o ridiculiza la seriedad de la cuestión y se la convierte así en un hombre de paja. Una vez debilitado el argumento haciéndolo parecer ridículo, se convierte en un hombre de paja que ya no tiene fuerza y cae. Ésa es precisamente la finalidad de esta falacia. Existen varias maneras de transformar el argumento de un oponente en un hombre de paja: simplificarlo en exceso, complicarlo en exceso, interpretarlo con una literalidad exagerada o recurrir sencillamente a la tontería. Esta falacia casi no necesita ejemplos; probablemente usted podría aportar los suyos, pero aquí tiene un par.

Mary: El calentamiento global es un problema que Estados Unidos no ha abordado seriamente y hará imposible que muchas especies, como el oso polar, sobrevivan en libertad.

John: Entonces, si hace demasiado calor para los osos polares, pueden adaptarse como el resto de nosotros: cortarse el pelo, quedarse a la sombra y tomarse una cerveza fría.

Éste es un ejemplo de hacer que la afirmación de Mary parezca ridícula sustituyendo una discusión seria por una tontería manifiesta. John obviamente no sabe o no le importa el calentamiento global y sus implicaciones catastróficas. Además, resulta igualmente evidente que no quiere saber ni preocuparse.

Vegetariano: Comer animales es innecesario. Matar cuando no es necesario es asesinato. Por lo tanto, comer animales es asesinato.

Carnívoro: Todo muere tarde o temprano. ¿Cree que a los animales les importa llegar a viejos? ¿Deberíamos construir residencias para el ganado Angus anciano?

El silogismo presentado por el vegetariano podría haberse desmontado mediante un argumento serio, pero el carnívoro no sabía cómo hacerlo o no quiso molestarse. ¿Cómo habría respondido usted al vegetariano?

Trabajo de memoria

Recuerde estas falacias:

1. Pista falsa (red herring): desvía. ¿Cómo lo hace? Cambiando la cuestión y apartándolo así de su búsqueda de la verdad sobre el asunto.
2. Petición de principio: se evita por completo el corazón de la discusión, la cuestión que está sobre la mesa. En lugar de utilizar un argumento razonado para llegar a una conclusión, el autor incurre en petición de principio repitiendo la cuestión mediante razonamiento circular o evitándola por completo.
3. Ad hominem: atacar a una persona en lugar de una cuestión.
4. Hombre de paja: atacar o ridiculizar la seriedad de la cuestión y convertirla así en un hombre de paja. Una vez debilitado el argumento haciéndolo parecer ridículo, se convierte en un hombre de paja que ya no tiene fuerza y cae.



ÉTICA

¿Conducta ética? Hacer lo que sabes que es correcto... incluso cuando nadie está mirando.

SARGENTO DETECTIVE ROBB HURT

Departamento de Policía de San Diego

Introducción

Hace muchos años, cuando yo era joven, un televisor en color era una posesión muy deseada. Eran algo caros y la mayoría de la gente no podía permitírselos. Por entonces conocía a un tipo más o menos de mi edad que, desde adolescente, se había metido en problemas con la ley una y otra vez: delitos menores; era un maleante. No sentía ningún remordimiento por el estilo de vida que había elegido. Una vez me dijo: «Si pudieras robar un televisor en color y supieras, supieras con absoluta certeza, que no hay manera de que te atraparan, tú también te lo llevarías, ¿no?»

Entonces no tuve una respuesta, salvo decir algo así como que nunca se podía saber con certeza que no te atraparían. «Bueno, cada vez que robo algo sé que no me van a atrapar», dijo. «A veces sí me atrapan, pero ése no es el punto. Lo que digo es que, si supieras que no te van a atrapar, te llevarías el televisor, ¿verdad?» No tuve respuesta. Ahora sí la tengo. Muchos años después, cuando vivía y trabajaba en Japón como profesor de conversación en inglés, tuve una experiencia que aclaró y respondió aquella pregunta.

Trabajaba con un contrato de enseñanza en un pequeño pueblo aislado, lejos de cualquier ciudad, y era uno de sólo dos extranjeros, gaijin, en muchos kilómetros a la redonda. El jefe, un japonés que hablaba muy poco inglés, había conseguido matricular a bastantes alumnos en su escuela de una sola aula y a un número aún mayor que asistía a clases en oficinas y fábricas de toda la prefectura. Gran parte de su éxito se debía a que era la única escuela de inglés de la región y aprender inglés estaba muy de moda. Había tanta demanda de clases que quienes realmente las impartíamos, un inglés y yo, trabajábamos de ocho de la mañana a diez de la noche, seis días a la semana. Nos daba el domingo libre. A pesar de semejante horario, vivíamos como pobres.

Dormíamos en el suelo, en pequeñas habitaciones de la propiedad del dueño, sobre viejos tatamis desgastados, y ganábamos apenas lo suficiente para comer arroz, pepinos y caballa, un pescado que comían los habitantes más pobres de la zona. No teníamos tiempo ni dinero para ocio o entretenimiento, y mucho menos para otras necesidades, como ropa o muebles para nuestra habitación. En contraste, el dueño de la escuela vivía como un señor feudal.

Además, era un borracho. Día y noche bebía su cerveza favorita, Kirin, y arrojaba las botellas por la ventana de la cocina sobre un enorme montón de envases vacíos que se acumulaba en el patio trasero. También tenía a su amante viviendo allí, conducía una berlina de lujo y enviaba a su hijo a una de las universidades privadas más caras de Japón, todo ello con el dinero que producíamos los dos profesores de inglés que

trabajábamos para él. Su esposa lo había abandonado hacía mucho, y su estridente amante, de quien los vecinos murmuraban que era una amante de mafiosos ya entrada en años, se ocupaba de todos los horarios y del transporte. El dueño sólo hablaba un inglés rudimentario, de modo que su contribución al negocio consistía en cobrar el dinero, gastarlo y beber.

Una tarde calurosa y lluviosa, al caer la noche, mientras el jefe y su amante estaban de vacaciones en una isla cercana, miré por la ventana de mi habitación y vi un agujero en la pared de un edificio de hormigón de dos plantas que había cerca. Nunca había visto allí ningún agujero. El edificio formaba parte de la propiedad. No tenía ventanas, sólo una puerta, y daba la impresión de tener muros muy gruesos. Ni el inglés ni yo sabíamos para qué servía, y el propietario no quería hablar de ello cuando se lo preguntábamos, así que bromeábamos diciendo que quizá era una especie de cámara del tesoro donde guardaba todo su dinero. Mejor dicho, nuestro dinero. Fuera lo que fuese, era un edificio antiguo y, al parecer, la lluvia había erosionado un agujero bastante grande, aproximadamente a la altura de la cintura, en uno de los muros. Decidí investigar, busqué una linterna y, en cuanto oscureció de verdad, agrandé un poco el agujero y me metí dentro.

Era una cámara del tesoro. No la medí, pero en la oscuridad la estancia tendría unos 25 por 25 pies (8 por 8 metros), con unos escalones de madera que conducían al piso superior. Miraras donde miraras había obras de arte japonesas: sumi-e (pinturas a tinta conservadas en rollos), cofres lacados, cerámica, suzuri tallados (piedras de tinta) y espadas de samurái. Me quedé atónito. No sólo vivíamos y trabajábamos como perros para sostener el lujoso estilo de vida del dueño; al jefe todavía le sobraba lo suficiente para llenar una cámara del tesoro con obras de arte. A pesar de aquella abundancia, no había ningún indicio de que le interesara el arte más allá de coleccionarlo. No había una sola obra de arte en ninguna parte de la casa, en los edificios de la escuela ni en las habitaciones destartadas que ocupábamos los profesores. Al parecer, lo quería exclusivamente como inversión, no por amor a la belleza.

Miré hacia fuera por el agujero para asegurarme de que nadie me hubiera visto y después recorrí el lugar con la linterna. Había un interruptor, pero no lo encendí. Justo al lado de la puerta había un montón desordenado de akama suzuri, piedras de tinta talladas por un maestro, un Tesoro Nacional Viviente cuyo trabajo reconocí. Al parecer, después de comprarlas, simplemente las habían arrojado allí para que cayeran donde fuera. Subí al piso de arriba y examiné al azar rollos de sumi-e apilados perpendicularmente a la pared, como barras de pan en una panadería francesa. Desenrollé uno tras otro y no podía creerlo: cualquiera de ellos probablemente valía dos o tres meses de salario. Entonces me detuve. Ése era. Ése era el que me llevaría para compensar aquella situación laboral impropia de un profesional. Yo tenía un título de posgrado y experiencia como profesor asistente en una buena universidad. Con esas credenciales había firmado un contrato que describía una realidad completamente distinta de la que estaba viviendo. Volví a mirar la imagen. Era un águila posada en la rama de un árbol. El árbol no se veía; sólo el águila sobre una rama, mirando directamente al espectador. La oí hablarme. «Soy tuya», dijo.

No había manera de que me atraparan. Podía llevarme la pintura, envolverla y enviarla fuera del país antes de que el jefe regresara siquiera de sus vacaciones. Era poco

probable que recordara aquella pintura. Era sólo una entre muchísimas, y él no demostraba apreciación estética por ninguna. Limpié cuidadosamente mis huellas y volví a salir por el agujero. Decidí esperar hasta medianoche, regresar y llevármela. Me la merecía, ¿no? Ya había ganado muchas veces su valor en salarios que el jefe se había quedado para sí. Como mínimo, me haría sentir mucho mejor por el tiempo que había pasado allí. Cuando terminara mi contrato, podría marcharme del país con un pequeño tesoro como compensación por todo aquello.

Me acosté sobre mi tatami, pero no podía dormir. Daba vueltas y discutía conmigo mismo. El policía y el ladrón. El ladrón la quería y creía merecerla; el policía decía que robar estaba mal, sin importar las circunstancias. Así siguió la discusión, hora tras hora, racionalización tras racionalización. Llegó la medianoche y pasó, y la discusión continuó. Poco antes del amanecer, por fin quedó resuelta cuando me representé mentalmente la pintura sacada de la cámara del tesoro, enviada fuera del país y colgada en la pared de mi futura casa en Estados Unidos. Todas las racionalizaciones desaparecieron, porque supe que cada vez que mirara aquella pintura recordaría cómo la había conseguido: robándola. Yo sería un ladrón. El policía había ganado.



Aquella noche aprendí una de las lecciones más esenciales de la ética estoica. Lo atrapen o no cometiendo una mala acción, el único perjudicado en última instancia es usted mismo. Aunque el dueño del televisor en color o de la pintura sumi-e nunca se enterara de la pérdida, el ladrón sí lo sabe. Y el ladrón sabe que es un ladrón. Por mucho que racionalice su deshonestidad, aunque la persona a quien roba sea realmente mala, el ladrón sigue siendo ladrón. Aunque se diga a sí mismo y a los demás que en realidad es una buena persona que simplemente hizo algo malo, el propio acto que cometió ha comprometido su carácter. No es un hombre bueno, no es un hombre noble: es un ladrón, y hasta que repare el daño, eso es lo mejor a lo que podrá aspirar. Pero puede cambiar. Puede elegir convertirse en un hombre bueno y formar un carácter noble, cualesquiera que sean las circunstancias en las que se encuentre. Mientras los miembros de las religiones fundamentan su conducta ética en la esperanza del cielo y el temor al infierno, los estoicos creen que creamos nuestro propio cielo o infierno en esta vida, aquí y ahora, como consecuencia directa de nuestros actos. Pero comencemos por el principio: la oikeiosis y el Impulso Primario, el don de la Naturaleza a la vida y el punto de partida de la ética estoica.

Oikeiosis: del Impulso Primario a la virtud

Al nacer, el Impulso Primario de todo ser vivo es cuidar de sí mismo. Esto es cierto para todos los seres vivos, plantas y animales, pero son las criaturas sensibles las que lo manifiestan de la manera que mejor podemos comprender. Oikeiosis es una palabra difícil de recordar y todavía más difícil de definir, pero el concepto es tan importante que debemos aprenderlo. Es el principio y el fin de la ética estoica. Hace que la ética de nuestra filosofía sea única y superior a todas las demás filosofías antiguas; además, permite responder rápida y fácilmente a un gran rival, tanto en la Antigüedad como hoy: el epicureísmo. Sólo por esa razón es un concepto que debemos aprender con cuidado y comprender firmemente.

Oikeiosis

Oikeiosis es una palabra griega que significa estar bien dispuesto. También expresa afinidad y, como concepto, suele presentarse como la doctrina de la apropiación. Desde el nacimiento estamos bien dispuestos hacia el placer, o sentimos afinidad por él, y aversión hacia el dolor y la incomodidad. Así ocurre con todos los animales, y nosotros no somos una excepción. Incluso las plantas se orientan hacia el sol mientras sus raíces buscan humedad y alimento e intentan evitar aquello que les resulta dañino. El Impulso Primario es lo que los epicúreos señalan como el fundamento sólido de sus creencias: el impulso hacia el placer y la evitación del dolor. Sería una filosofía difícil de negar si los seres humanos dejaran siempre de evolucionar en ese estadio. Las plantas, los animales carentes de razón y los epicúreos pueden detenerse ahí; los estoicos no.

El Impulso Primario de la oikeiosis que nos da la Naturaleza también podría llamarse la directriz fundamental: cuídate. Cada uno de nosotros siente una afinidad consigo mismo que puede llamarse con propiedad amor propio, y este amor propio es más fuerte que cualquier otro aspecto de nuestro ser. Así sobrevivimos como individuos. El Impulso Primario es lo que nos mueve a actuar para cuidar de nosotros mismos y de todas nuestras necesidades. Cuando éramos bebés, este impulso se manifestaba en arrullos cuando estábamos satisfechos y en llanto cuando no lo estábamos. Queríamos comodidad y placer, una manta caliente y el estómago lleno. No queríamos tener hambre ni sentir la incomodidad de un pañal sucio. Esto es apropiado para los bebés humanos y es cierto para todas las formas de vida según lo que conviene a cada especie. El ñu de las llanuras africanas también posee el Impulso Primario: siente afinidad por la leche de su madre y por desplazarse junto a ella a un ritmo que pueda seguir. Buscar maximizar el placer y minimizar el desagrado es el principio y el fin de la filosofía epicúrea. Para nosotros es sólo el comienzo.

Los seres humanos tienen el potencial de evolucionar por etapas más allá del Impulso Primario. A medida que maduramos y se desarrolla la mente racional (hegemonikón), surge una nueva oikeiosis, una afinidad por el pensamiento racional tan propio de nuestra especie. En la Antigüedad se creía que la mente racional estaba plenamente desarrollada a los catorce años, lo cual probablemente sea cierto para muchos. Algunos pueden tardar un poco más. Sea cual sea la edad exacta, la facultad racional que la Naturaleza nos ha dado ofrece a cada individuo la oportunidad de transformarse. La mente racional puede reconocer este potencial de evolución ética, pero son nuestra capacidad de elección y nuestra voluntad las que lo realizan.

Etapas de la evolución ética

La evolución ética posible a lo largo de nuestra vida está al alcance de todos, pero sólo unos pocos la realizan. Debemos a Cicerón la conservación de esta enseñanza estoica sobre la oikeiosis (De finibus, III, 20-I), que parafrasearé del siguiente modo:

1. La primera función apropiada de toda criatura es cuidar de sí misma [el Impulso Primario].

2. La segunda es comprender que debemos seguir lo que está de acuerdo con la Naturaleza y evitar lo contrario.
3. Una vez comprendido esto, evolucionamos al elegir vivir de conformidad con la Naturaleza.
4. La etapa final se alcanza cuando, mediante la práctica, elegimos y actuamos de manera constante en completo acuerdo con la Naturaleza.

Cada etapa conserva debidamente la anterior. En otras palabras, cuando maduramos y evolucionamos más allá de la primera etapa, seguimos cuidando de nosotros mismos, porque el Impulso Primario del amor propio nunca desaparece. En la mayoría de nosotros, ese impulso pronto se amplía para incluir a la madre o a la persona que nos cuida en la infancia. A medida que aumenta su conciencia racional, el niño aprende acerca del amor hacia los demás, y el amor propio que se convirtió en amor a la madre pasa ahora a convertirse en amor por otros miembros de la familia. Con la madurez siente afecto por amigos y seres queridos fuera del hogar y dentro de la comunidad. Este sentimiento se expande hasta abarcar su ciudad, su país y, finalmente, el planeta Tierra y toda la familia humana.

Así vemos que aquello que comienza como amor propio contiene, paradójicamente, las semillas de su contrario: el amor a los demás. La afinidad con uno mismo y con todas sus necesidades puede finalmente evolucionar hasta convertirse en afinidad con el deber y la justicia, e incluso en altruismo: el sacrificio del propio bienestar, incluso de la propia vida, por otra persona, por una causa o por una convicción firmemente sostenida.

Aunque las cuatro etapas presentan una oikiosis natural para la evolución ética de nuestra vida, la mayoría de las personas no evolucionan de forma espontánea en su conducta ética simplemente por hacerse mayores. De lo contrario, todos llegaríamos a ser sabios y virtuosos. Algunas personas permanecen toda su vida estancadas en la etapa del Impulso Primario. Quiénes maduran en capacidad racional pero no en capacidad ética representan a las llamadas malas personas, los pecadores o malhechores del mundo. Incluso entre quienes llegan a la segunda etapa, muchos, quizá la mayoría, no continúan hasta la tercera. No ganan en sabiduría; sólo ganan peso. Por ejemplo, quien está atrapado en la segunda etapa de la evolución ética comprenderá que beber en exceso produce resaca y puede tener graves consecuencias para la salud, pero no modificará su conducta ni dejará de hacerlo.

Tuve un amigo cuya exesposa era alcohólica. Bebía rutinariamente en exceso a pesar del rápido deterioro de su salud. Después de un episodio especialmente grave de consumo compulsivo, fue hospitalizada y sometida a una batería de análisis. Los resultados mostraron, entre otras cosas, que su hígado estaba muy agrandado y apenas funcionaba. Intentando lograr que cambiara, el médico le dijo que, si no dejaba de beber, estaría muerta en seis meses. Al día siguiente recibió el alta. De camino a casa se detuvo en una licorería y volvió a meterse en la botella hasta que murió, seis meses después. Aquella mujer era lo bastante inteligente para comprender las consecuencias de su elección, pero aparentemente no tenía el deseo ni la fuerza de voluntad necesarios para cambiar. Prefirió la muerte a vivir de acuerdo con la Naturaleza.

Para evolucionar hacia la siguiente etapa hacen falta razón, práctica y un esfuerzo de voluntad. Los estoicos siempre han enseñado que la perfección de la virtud está en nuestro poder, pero es algo que debemos elegir. Con esfuerzo, la persona que evoluciona éticamente elige vivir cada día de acuerdo con la Naturaleza. Al hacerlo perfecciona su virtud. Una vez alcanzada la cuarta etapa de evolución, cuando vive de manera constante en completo acuerdo con la Naturaleza, comprende que la perfección de la virtud está por encima de todas las etapas anteriores de su existencia y constituye el bien supremo. Como bien supremo, la virtud se vuelve deseable por sí misma, y entonces comprende que su yo anterior, tan dependiente de las cosas externas, ha dejado de existir. Se ha convertido en un sabio.

Las cuatro virtudes cardinales

Sabiduría. Los estoicos definen tradicionalmente la sabiduría como el conocimiento de todas las cosas humanas y divinas. Es propio de la facultad racional del ser humano buscar y honrar la verdad. La sabiduría, adquirida mediante el pensamiento y el estudio y reforzada por la experiencia práctica, puede aplicarse deliberadamente a las decisiones y los rumbos que tomamos en la vida. Zenón y los primeros estoicos estaban seguros de que la verdad era absoluta y podía conocerse. Puede que así sea, pero desde entonces hemos visto muchas veces que aquello que considerábamos verdades no era más que aproximaciones temporales a la verdad. Durante siglos, la ciencia y los científicos han considerado sagradas ciertas ideas, sólo para verlas derribadas por nuevos descubrimientos. Tal vez algún día conozcamos la verdad absoluta sobre todas las cosas, lo que produciría un terrible tedio intelectual; por fortuna, todavía tenemos muchísimo que explorar y muchas precisiones que hacer.

Hemos descubierto, por ejemplo, que la física clásica, la física newtoniana, ofrece una manera precisa de comprender el mundo de los sentidos, pero deja de funcionar en los extremos de lo muy grande y lo muy pequeño. La teoría de la relatividad de Einstein, al explorar la cuarta dimensión del continuo espacio-tiempo, muestra que la medida del tiempo depende de dónde nos encontremos y que el espacio-tiempo no es plano, sino que se curva por la distribución de masa y energía. En la física cuántica, por otra parte, el mundo invisible de lo muy pequeño, el principio de incertidumbre de Heisenberg y los trabajos experimentales que lo confirman nos han mostrado que el mundo subatómico es una red de relaciones que unifica el Todo. Cuando intentamos explicar la posición o el momento de una entidad determinada, descubrimos que estos conceptos forman un par dentro de un continuo que no puede localizarse ni definirse con precisión.

Lo que todo esto tiene que ver con nuestro impulso de buscar la verdad es que, a medida que avanzamos en nuestra búsqueda, adquirimos una visión más clara de la realidad tal como es. Conocer nuestro mundo, sus estaciones, sus ciclos y sus leyes, es la mejor manera de determinar nuestras acciones y nuestras expectativas. No estamos exentos de la ley natural. Estamos en ella, y ella está en nosotros. Por eso el lema estoico es el que es: vivir de acuerdo con la Naturaleza. Siempre seremos más felices cuando lo hagamos.

Justicia. La justicia es una virtud práctica que nace del amor por el otro, por ese otro yo, y de la afinidad que sentimos por cultivar la convivencia y la sociedad humanas. Nos parecemos más a una manada de leones que al tigre solitario. Somos animales sociales. La justicia representa equidad en nuestra conducta hacia los demás, y el amor que sentimos por familia y amigos termina extendiéndose a toda la humanidad. Cuando actuamos justamente y promovemos esta virtud, fortalecemos los vínculos de la sociedad y, mediante la justicia, los actos de benevolencia y la cooperación mutua, creamos una sociedad en la que cada persona tiene una oportunidad mayor de vivir bien. La justicia también puede entenderse como equidad en la administración de las leyes y en la legislación. La igualdad ante la ley es un concepto estoico que con el tiempo se convirtió en una piedra angular de la jurisprudencia romana.

Coraje. Es decir, valentía: libertad frente al miedo o voluntad de actuar a pesar de él. El coraje es exigido por nuestro Impulso Primario de amor propio y se deriva de él; ese impulso es una poderosa fuerza interna que la Naturaleza nos ha dado tanto para protegernos como para desarrollarnos. Al alcanzar la madurez, el Impulso Primario evoluciona hasta convertirse en deseo de preeminencia, grandeza o excelencia en una materia, una habilidad o en el propio arte de vivir. Sin embargo, es importante señalar que quien carece de miedo por naturaleza no puede atribuirse el coraje como virtud. El coraje consiste en hacer lo que uno sabe que debe hacerse a pesar del miedo; cuando lo hace, lo ha vencido.

Decoro. El decoro es cortesía y corrección. Surgió con la evolución cuando la Naturaleza dio a los seres humanos la capacidad de percibir y apreciar la belleza, junto con el orden y la elegancia que la rodean, la impregnan y se derivan de ella. Esta virtud recibe muchos nombres: civilidad, proporción, nobleza de carácter e incluso temperance («templanza»), una buena palabra que en inglés ha adquirido connotaciones desagradables que van desde la mojigatería hasta el fanatismo por la salud. Es una lástima, porque temperance significa propiamente moderación del deseo, pero no es eso lo que muchas personas entienden hoy al oír la palabra.

Por eso utilizaremos la palabra «moderación», que describe a quien manifiesta corrección, proporción o decoro. Una persona así no se emborracha hasta perder el sentido ni se vuelve torpe o cruel, ni se abandona a un sentimentalismo falso y desmedido. Si esto describe su conducta cuando bebe, ha llegado el momento de pensar en la nobleza de su carácter. Esto no significa que los estoicos no puedan beber o disfrutar de fiestas y celebraciones. Parafraseando a Séneca, el sabio gobierna sus deseos, mientras que el necio es gobernado por ellos. No basta con ser sabio, justo y valiente si uno es además duro, áspero, grosero y borracho. El decoro es la belleza que sentimos en nuestro interior y que inevitablemente se manifiesta en nuestros modales y nuestro porte en toda ocasión.

Nota: la palabra griega antigua para la cuarta virtud cardinal era *sophrosyne*, que no tiene equivalente exacto en inglés. Tampoco lo tenía en latín, y los propios griegos tuvieron siempre dificultades para definirla. Panecio sugirió que la palabra latina *decorum*, origen del término inglés *decorum*, era semejante. Hoy, la traducción inglesa más habitual y engañosa de esta virtud es *temperance*. Pero *temperance* ya no significa lo que significaba antes. *Moderation*, «moderación», se acerca más al ideal estoico: no abstinencia ni negación. En cualquier caso, incluso «moderación», una

traducción más aceptable, no es más que una parte de lo que abarcaba la traducción romana: decorum, palabra que seguimos usando hoy como «decoro».

Destino y libre albedrío

Y, sin embargo, Dios no sólo nos ha concedido estas facultades mediante las cuales podemos soportar cada acontecimiento sin quedar quebrantados por él, sino que... ha puesto su ejercicio fuera de toda restricción... y enteramente bajo nuestro control.

EPICTETO

Estamos a punto de adentrarnos en una discusión de dos mil años de antigüedad, una discusión que hoy no estamos más cerca de resolver a satisfacción de todos que cuando comenzó. ¿Tenemos libre albedrío? No voy a ofrecer una conclusión intelectual definitiva a este debate. En cambio, examinaré la posición estoica y la dejaré ahí para que usted la adapte y adopte como considere oportuno. Además, presentaré una especie de solución, una manera de sentirse más cómodo con esta incertidumbre; después podrá detenerse ahí o continuar investigando por su cuenta.

Al intentar resolver esta cuestión he descubierto que, más allá de cierto punto, me pierdo. Ahora mismo tengo en mi biblioteca un libro contemporáneo de filosofía dedicado íntegramente a este problema. Intentar comprender esa colección de ensayos me recuerda el comentario de Sócrates cuando Eurípides le preguntó qué opinaba de los escritos de Heráclito. Dijo que le parecerían excelentes si pudiera entenderlos.

Ésta no es la Estoa que la mayoría de nosotros necesita. Necesitamos saber cómo afrontar y superar las dificultades que se nos presentan cada día. Necesitamos saber cómo enfrentarnos al dolor por una pérdida, a un hijo descarriado, a un vecino insoportable, a un jefe inseguro, a una catástrofe económica, a la enfermedad y a la muerte. Necesitamos saber cómo afrontar estas circunstancias tomando decisiones que nos permitan llevar una vida de dignidad y gracia. Necesitamos una filosofía que conozca nuestro mundo y nos enseñe a atravesarlo sin agotamiento ni desesperación. Ésta es la Estoa que necesitamos.

Ninguna filosofía, y tampoco ninguna religión, puede protegernos de las desgracias devastadoras que destruyen la salud, la libertad o la compañía de los demás. Lo mejor que pueden hacer es ofrecernos medios para afrontar tanto la prosperidad como la adversidad: la filosofía estoica lo hace mejor que cualquier otra.

K. CAMPBELL, *A STOIC PHILOSOPHY OF LIFE*, PP. 80-81

Antes de los estoicos, el destino era un concepto utilizado principalmente para describir el destino humano. A partir de las enseñanzas de los primeros estoicos griegos, otras filosofías fueron aceptando gradualmente que el destino representaba todo el nexo causal del cosmos. Es decir, la acción del destino podía entenderse como la relación de causa y efecto entre todas esas partes interrelacionadas y en

movimiento, actuando unas sobre otras como ley y orden naturales del universo. Incluso el estudio del caos, que se ha hecho popular en tiempos recientes, ha mostrado que bajo el aparente desorden de fenómenos como los patrones meteorológicos sigue actuando un orden. Como dice Errol Harris en *Cosmos and Anthropos*, el desorden es un parásito del orden.

Tenemos, por tanto, un orden en el universo en el que una cosa causa otra, y el efecto producido por esa causa se convierte a su vez en causa de otra cosa. A esto se le llama determinismo. Dicho de manera más concisa: el determinismo significa que el presente es efecto del pasado y causa del futuro. La pregunta es entonces ésta: si todas las partes están interrelacionadas, si todas las acciones del pasado han creado las condiciones del presente y si el presente es causa del futuro, ¿cómo puede ser siquiera posible el libre albedrío? ¿Es posible, o no somos más que partes infinitesimales de un organismo gigantesco que sigue su propio curso con una determinación que no permite que nuestro libre albedrío interfiera?

Para el determinista estricto, el libre albedrío no existe. Todo lo que ocurre hoy, incluida la decisión que tomé de beber té en vez de café, podría predecirse a partir de una enorme cantidad de factores ocurridos antes de que usted hiciera lo que creyó una elección libre. La cultura en la que vive puede favorecer una bebida sobre la otra; también pueden intervenir la preferencia de su familia, el precio y la disponibilidad, la recomendación de un médico o incluso las papilas gustativas con las que nació. Personalmente, me ha llevado años aprender a apreciar el sabor del té verde, que bebo casi todos los días. He descubierto que resulta más suave para mi sistema nervioso que el café, cuyo sabor y aroma siempre he preferido. Preferencia de las papilas gustativas: no es una elección libre. Preferencia del sistema nervioso: tampoco es una elección libre.

Hay incluso quienes podrían llamarse superdeterministas. Para las filosofías místicas de Oriente, el libre albedrío carece de sentido y es por completo una ilusión. Si todo está unificado como un Todo interrelacionado y nosotros somos inseparables de ese Todo, entonces hablar de libre albedrío resulta ilógico e imposible. Lo que hace el Todo, lo hacemos nosotros. Lo que es el Todo, lo somos nosotros. El destino de todo es nuestro destino, y la apariencia de individuos separados es una ilusión del ego, parte del juego que la Naturaleza juega consigo misma.

En realidad, la Estoa no está tan lejos de la posición superdeterminista. Somos el Logos, recuerde. Nuestro cosmólogo fue Heráclito, a quien a veces se llama el taoísta griego y que fue y sigue siendo considerado un sabio místico. Crisipo describió nuestra relación con el destino mediante la imagen de un perro atado a la parte trasera de un carro que avanza retumbando por el camino. El perro puede luchar y tirar con todas sus fuerzas hacia un lado u otro, o puede caminar tranquilamente detrás del carro. De cualquier manera, irá adonde vaya el carro. Quienes sean partidarios del libre albedrío no deben desesperar. Existe una solución, una manera de contemplar la situación que quizá resulte más cómoda. Esa solución puede resumirse en una sola palabra, una idea que el monje y erudito cristiano Juan Casiano reformuló a partir de la Estoa. Pero todavía no estamos preparados para esa palabra.

Determinismo

Como hemos dicho, el determinismo afirma que el presente es efecto del pasado y causa del futuro. ¿Todas las causas de esta cadena causal, de este nexo causal, se relacionan con todo lo demás de la misma manera? No. Para nuestros propósitos existen dos tipos principales de causas: antecedentes y operantes, también llamadas externas e internas. La causa antecedente o externa es la cadena de acontecimientos que conduce hasta el presente. La causa operante o interna es el carácter o la naturaleza de una persona, un lugar o una cosa. Un ejemplo utilizado con frecuencia en la Antigüedad se refiere al carácter o naturaleza de un trozo de madera, la causa operante, que posee, entre otras cosas, la disposición a arder. Que arda o no dependerá de causas antecedentes: por ejemplo, de si está mojado o seco, flotando en el océano o descansando en una chimenea junto a otro leño que ya está ardiendo.

Estas mismas causas, externas e internas, se aplican a todos los animales, incluidos los seres humanos. Aquellos cuya facultad racional es limitada están dirigidos por el instinto, por su Impulso Primario. Cuando reciben una representación sensible procedente del mundo exterior -la causa antecedente-, son impulsados a actuar por el impulso, no por una elección razonada. Los seres humanos, en cambio, pueden juzgar y reflexionar sobre la misma información sensible y modificar o anular el Impulso Primario mediante la razón. Como poseemos esta capacidad, tenemos libre albedrío y responsabilidad moral respecto de nuestra evolución ética en lo que concierne a la causa operante o interna. En el determinismo estoico, las causas internas están en nuestro poder; las externas, no. Y como esas causas externas no están en nuestro poder, se consideran indiferentes.

Esto nos devuelve a la primera sección de este capítulo, donde examinamos la *oikeiosis* desde el Impulso Primario hasta la virtud. Como ya dijimos, la mayoría de las personas no evolucionan naturalmente en su conducta ética al envejecer, a pesar de poseer una facultad racional. Si así fuera, todos llegaríamos a ser sabios y virtuosos. El Impulso Primario nos es dado al nacer, pero nuestra evolución ética a partir de ahí no se produce sin esfuerzo. Para alcanzar un estado de virtud hacen falta razón, después práctica y un esfuerzo de voluntad. Los estoicos siempre han enseñado que la perfección de la virtud está en poder de todos, pero debe ser elegida. Con esfuerzo, la persona que evoluciona éticamente elige vivir de acuerdo con la Naturaleza y, al hacerlo, trasciende el propio determinismo inherente a la Naturaleza.

El libre albedrío en una palabra

Como prometí, podemos ofrecer una solución conceptual más sencilla al dilema del destino y el libre albedrío. Juan Casiano, monje y erudito cristiano del siglo V, examinó el concepto estoico del libre albedrío y lo adaptó a sus escritos con la claridad y sencillez de una sola palabra. Enseñó que todas las virtudes y todos los vicios nacen de una única fuente: nuestra actitud interior, que dirige las elecciones que hacemos. Por tanto, todas las virtudes forman una unidad y todos los vicios otra, porque todos proceden de una sola fuente: la actitud.

Hasta ahora no hemos hecho más que utilizar palabras para hablar de palabras. ¿Cómo se traduce esto al mundo real? ¿Qué ocurre con quienes viven experiencias

difíciles y desafortunadas, experiencias que son reales? Difícilmente encontraremos una ilustración mejor de las enseñanzas de la Estoa en acción que un pasaje de El hombre en busca de sentido (pp. 104-106), escrito por el médico judío y estoico Viktor Frankl, ya fallecido. El doctor Frankl estuvo internado en Auschwitz y otros campos de exterminio de la Alemania nazi, donde experimentó de primera mano uno de los destinos más duros sufridos por cualquier pueblo en el siglo XX. Ésta es su reflexión sobre la actitud:

Quienes vivimos en campos de concentración podemos recordar a los hombres que recorrían los barracones consolando a otros y entregándoles su último pedazo de pan. Tal vez fueran pocos, pero ofrecen prueba suficiente de que al ser humano se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas, elegir la propia actitud ante cualquier conjunto de circunstancias, elegir el propio camino... En último término queda claro que la clase de persona en que se convirtió el prisionero fue resultado de una decisión interior y no únicamente de la influencia del campo... Es esta libertad espiritual, que no puede ser arrebatada, la que da sentido y propósito a la vida.

Bien, mal e indiferentes

*¿Dónde reside el bien? En la voluntad. ¿Dónde el mal? En la voluntad.
¿Dónde reside aquello que no es ni bueno ni malo? En las cosas inevitables.*
EPICTETO

Desde muy pequeños, siguiendo el Impulso Primario, todos aprendemos rápidamente a asociar las cosas buenas con el placer y las malas con el dolor. Aquello que consideramos inevitable -accidentes, enfermedad, decrepitud de la vejez, muerte, reveses repentinos de la fortuna, catástrofes naturales, etc.- también lo colocamos entre las cosas malas, porque con tanta frecuencia produce un gran dolor físico o psicológico. Muchas personas nunca pasan de esta creencia, pero otras aprenden poco a poco que se trata de una visión limitada. Los estoicos están entre ellas. Creemos que, aunque lo inevitable pueda causar dolor, tales acontecimientos no son ni buenos ni malos. ¿Cómo puede ser así? Hay muchos ejemplos de dificultades que nos hacen aprender y crecer, evolucionar como seres humanos, y no podemos negar que eso sea algo bueno. La historia siguiente ilustrará lo que quiero decir.

Hace años representaba al Departamento de Libertad Condicional del condado de San Diego ante el Tribunal Superior. Durante un año tuve el privilegio de trabajar en la sala de un juez que anteriormente había vivido lo que debía de ser una de las lecciones vitales más dolorosas que la mayoría de nosotros pueda llegar a conocer. De joven había sido policía municipal en motocicleta, feliz con su profesión y abrazando aquel trabajo como su función en la vida, su carrera. Un día como tantos otros atravesaba en moto un cruce del centro de la ciudad cuando un conductor ebrio, que se había saltado un semáforo en rojo, lo embistió lateralmente a gran velocidad. Estuvo a punto de morir. Estoy seguro de que hubo momentos en que deseó haber

muerto. Su cuerpo sufrió fracturas en muchos lugares y nunca volvería a caminar con normalidad, mucho menos a ser policía o conducir una motocicleta. Quedó incapacitado al cien por cien.

Mientras soportaba las numerosas operaciones quirúrgicas necesarias para recomponer su cuerpo, tuvo mucho tiempo para pensar qué hacer con su vida y con su pensión por incapacidad. Podría haberse quedado con la pensión y pasar el resto de su vida compadeciéndose frente al televisor o en la playa, pero no lo hizo. Su cuerpo podía estar destrozado, pero todavía conservaba su fuerza de voluntad. Volvió a estudiar, después ingresó en la facultad de Derecho, se presentó al examen de acceso a la abogacía, lo aprobó y empezó a ejercer como abogado. Con el tiempo llegó a ser juez del Tribunal Superior, todo porque una vez había recibido un golpe tan brutal que la vida le dejó sólo dos opciones. Podía hundirse en una espiral de depresión y autocompasión o podía agarrar la adversidad y hacer que trabajara a su favor. Eligió lo segundo.

Retrocedamos un momento y miremos hacia la Naturaleza para descubrir la verdad que se oculta bajo las apariencias. Debemos aprender a mirar más allá de nuestras propias narices. Lo que descubrimos es que, aunque el Todo en el espacio y el tiempo pueda ser perfecto, y los estoicos dicen que lo es, nosotros, las partes, no lo somos. Estamos en un estado de devenir. Y como partes, igual que todos los sistemas parciales, estamos abiertos a influencias procedentes de otras partes que a veces se nos presentan como obstáculos.

Existen muchos obstáculos e impedimentos para las entidades y movimientos parciales, pero ninguno para el Todo.

CRISIPO

¿Se interpuso algún obstáculo en tu esfuerzo por alcanzar un objeto? Si realizabas ese esfuerzo sin ninguna reserva, el obstáculo te perjudica de inmediato como ser racional. Pero si tienes en cuenta la condición común, no sufres daño ni impedimento.

MARCO AURELIO

¿Qué quiso decir? En pocas palabras: debemos adoptar una perspectiva más amplia. Cuando Marco Aurelio afirma que no sufrimos daño ni impedimento si tenemos en cuenta la condición común, nos pide que nos contemplemos desde la perspectiva de toda la humanidad y de la Naturaleza. Si hacemos esto, aquellas cosas que antes considerábamos buenas, malas o indiferentes adquieren un significado nuevo, diferente. ¿Recuerda el determinismo? ¿Qué dijo Juan Casiano? ¿Y el doctor Frankl? Lo decisivo es lo que hacemos de una situación, nuestra actitud interior, que sí puede cambiar. Como dice Shakespeare en Hamlet: «No hay nada bueno ni malo: es el pensamiento el que lo hace tal». Controlamos nuestra actitud. Nada más. Todo lo demás pertenece a la categoría de los indiferentes. Aun así, los indiferentes pueden poseer distintos valores.

Lo importante es apuntar bien, no acertar en el blanco

Todas las cosas externas, como diría Epicteto, son indiferentes y, sin embargo, las perseguimos todos los días. Trabajamos para procurarnos alimento a nosotros mismos y, cuando corresponde, a nuestras familias. Ahorramos para comprar un coche nuevo porque el viejo «está en las últimas». Evaluamos cuidadosamente nuestras inversiones bursátiles para disponer de recursos suficientes para la educación universitaria de nuestros hijos y para nuestra jubilación. Trabajamos duro y nos abstenemos de darle un golpe al jefe incluso cuando creemos que se lo merece, porque necesitamos un ascenso para pagar todas esas necesidades presentes y futuras de nuestra vida. Hacemos todas estas cosas incluso siendo estoicos y sabiendo perfectamente que son indiferentes. ¿Está mal intentar alcanzar el éxito en nuestra profesión, en la crianza de nuestra familia o al aspirar a un cargo más alto?

Si recuerda nuestro resumen de la historia de la Estoa griega, quizá recuerde que Zenón comenzó sus estudios filosóficos con los cínicos. La posición de éstos sobre la cuestión representaba un contraste tajante entre opuestos: todo era bueno o malo, blanco o negro. Lo que no fuera uno de esos extremos no era nada. No había tonos de gris. Para ellos, practicar la virtud era bueno, descuidarla era malo y todo lo demás carecía de importancia. Su concepción de la virtud tampoco era igual a la que luego definió la Estoa. Para ellos, todo lo natural era bueno. La salud y la prosperidad carecían de importancia.

El decoro no se consideraba natural, porque podía confundirse fácilmente con refinamiento o civilidad, que los cínicos consideraban antinaturales y propios de la condición degenerada en la que los seres humanos habían caído desde su estado natural. Políticamente podrían llamarse anarquistas. Socialmente eran gente de la calle que aprobaba la desnudez, la defecación pública y las relaciones sexuales con quien fuera y cuando surgiera el impulso. La palabra «cínico» significa perro desvergonzado, denominación que ellos consideraban honorífica.

Con el tiempo, Zenón abandonó a los cínicos por dos razones que conocemos. Socialmente se sentía incómodo con su falta de decoro. (Se decía que en una ocasión, cuando Zenón vio a su maestro Crates manteniendo relaciones sexuales en público con una mujer, cubrió a ambos con una capa). Filosóficamente, discrepaba de su definición del bien. Veía el bien y el mal como extremos de un continuo unificado. Llegó a aceptar una realidad entre el bien y el mal y consideró que sería poco honesto fingir que todos los indiferentes son iguales. Podían seguir siendo preferidos o no preferidos.

Los estoicos nunca recomendaron una indiferencia total. Estar sano y disponer de medios para proporcionar alimento, ropa y refugio a la propia familia y a uno mismo es preferible a estar enfermo y en la miseria, y por tanto posee valor. «Valor», dicho sea de paso, es un término que los estoicos acuñaron para describir aquellas cosas que son preferidas pero que no constituyen por sí mismas un bien. Los valores no son buenos ni malos, porque un estoico se eleva tanto por encima de la prosperidad como de la adversidad. Sabe que, desde una perspectiva más amplia, cuando prospera y las cosas marchan bien, puede sentir gratitud por la Providencia que se las ha proporcionado. También sabe que, cuando su vida se convierte en una prueba de

adversidad, puede volver a agradecer a la Providencia la oportunidad de mostrar de qué está hecho, su fortaleza y su capacidad para estar a la altura de grandes desafíos.

El éxito significa para un estoico algo distinto de lo que significa para la mayoría. Sabe que, rico o pobre, gane o pierda, lo decisivo es el esfuerzo realizado al perseguir esos objetivos mundanos, esos indiferentes preferidos. Para un estoico, todo depende de cómo se juega el juego. El éxito no consiste en alcanzar la meta, sino en la manera en que se intenta alcanzarla. Adam Smith, sincero admirador del estoicismo, lo expresa mejor que nadie en su gran obra *Teoría de los sentimientos morales* (p. 409):

La vida humana parece haber sido considerada por los estoicos como un juego de gran habilidad... En tales juegos, lo que está en juego suele ser una nimiedad, y todo el placer del juego surge de jugar bien, jugar limpiamente y jugar con destreza. Si, a pesar de toda su habilidad, el buen jugador llegara a perder por influencia del azar, la pérdida debería ser motivo más bien de diversión que de grave pesar. No ha realizado ninguna jugada falsa; no ha hecho nada de lo que deba avergonzarse; ha disfrutado por completo del placer del juego.

Las pasiones (pathos)

No existe mal en la Naturaleza y, sin embargo, lo vemos a nuestro alrededor todos los días. ¿Qué es y de dónde procede? El mal está limitado a las actividades de los seres humanos. Los estoicos no creen en el relato fantástico de las religiones semíticas acerca del ángel caído Lucifer, que se convierte en la encarnación del mal y se dedica, junto con su hueste de ayudantes demoníacos, a hacer que los seres humanos se comporten mal y a traer desgracias al mundo. Preferimos una respuesta más razonada. En concreto, puede resumirse así: no hay mal en la Naturaleza; el mal sólo procede del vicio humano; el vicio procede de una sola fuente, las pasiones; y las pasiones que identificamos son placer, aflicción, apetito y miedo.

Pero espere un momento: ¿no tenemos aquí un conflicto? Antes afirmé que los malhechores eran quienes habían madurado racionalmente sin evolucionar éticamente. Eran adultos que seguían atrapados en la etapa infantil del Impulso Primario. De acuerdo, quizá eran conscientes de la posibilidad de vivir de acuerdo con la Naturaleza (etapa 2), pero no tenían interés en hacerlo (etapa 3). Si abusaban de sí mismos mediante excesos, por ejemplo, siempre podían acudir al médico para que los arreglara. Si abusaban de los demás, siempre podían intentar ser lo bastante astutos para no ser atrapados y llevados ante la justicia. Entonces, ¿es ahí donde está el mal, o está en la única fuente mencionada arriba, las pasiones? ¿Qué ocurre con la cita de Epicteto que abrió esta sección? Él dijo que estaba en la voluntad. Y no sólo eso: más adelante, en el libro III, capítulo 26 de las *Disertaciones*, dice: «¿Acaso no sabes que el origen de todos los males humanos, de la bajeza y de la cobardía, no es la muerte, sino el miedo a la muerte?» Así pues, si el mal no está en la Naturaleza, ¿dónde está: en el fracaso de nuestra evolución ética, en la voluntad, en las pasiones o en el miedo a la muerte?

En todo lo anterior. No son más que distintas maneras de decir lo mismo. Evolucionar éticamente exige un esfuerzo de voluntad. O bien utilizamos el poder de la voluntad para elegir el bien, la evolución ética, o elegimos el mal que brota de las pasiones. Nuestro miedo a la muerte es otra manera de decir que seguimos atrapados en la etapa del Impulso Primario y contemplamos toda la realidad como buena o mala según nos proporcione placer o dolor. Temer la muerte es creer que la muerte es algo malo. Si identificamos el placer con el bien y el dolor con el mal, utilizamos nuestra facultad racional no para la sabiduría ni para la virtud, sino para maximizar el placer y minimizar el dolor. El mal crece siempre que nos volvemos adictos a las pasiones del placer, la aflicción, el apetito y el miedo.

Observe que son las pasiones, pathos, y no las emociones, la fuente de todos nuestros problemas. Pero antes de continuar debemos mencionar un problema de traducción. En realidad, dos. Ni «pasión» ni pathos, tal como se definían en la Antigüedad, tienen hoy exactamente el mismo significado y pueden ser fuente de confusión. Un diccionario actual suele definir pasión como: «1. cualquier emoción o sentimiento poderoso o irresistible, como el amor o el odio; 2. sentimiento o deseo amoroso intenso; amor; ardor; 3. fuerte deseo sexual; lujuria». Sólo al llegar a la tercera acepción comenzamos a acercarnos al significado antiguo. (Ya vimos un problema semejante al traducir sophrosyne como temperance, «templanza»). Pathos, definido en un diccionario actual, se aleja aún más y se aproxima a un sentimiento de compasión o lástima.

No es eso lo que queremos decir aquí. El placer como pasión se explica por sí mismo, pero los significados de aflicción, apetito y miedo pueden ser menos evidentes. Aflicción es cualquier dolor mental que se convierte en perturbación; apetito incluye la lujuria, e incluso la ira, considerada una especie de deseo o apetito de venganza; y miedo incluye tanto el miedo al presente como al futuro, aquello que llamamos ansiedad, otro dolor o aflicción mental. Siguiendo a Cicerón, definimos la pasión como una perturbación mental. No confundimos pasión con amor o afecto. El amor por la esposa, el padre o la hija es una emoción que se considera dada por la Naturaleza y, por tanto, enteramente apropiada. Lo mismo sucede con la amistad y con el afecto hacia la propia comunidad y hacia la humanidad en su conjunto. A partir de estos ejemplos puede verse que un estoico puede ser afectuoso aun estando libre de pasiones. Olvide la definición contemporánea del diccionario: el afecto no es una perturbación mental.

¿Qué quiere decir, entonces, un estoico cuando habla de placer, aflicción, apetito y miedo como pasiones? Significa, por ejemplo, que no se nos permite sentir placer? No. No significa eso. El placer, al igual que cualquiera de las otras pasiones entendidas como perturbaciones mentales, se convierte en pasión cuando el deseo de algo o el rechazo de algo se vuelven excesivos. Tal exceso es contrario a la razón. Cuando una criatura racional recibe información o un estímulo de su entorno, el Impulso Primario consiste en buscarlo o evitarlo según sea beneficioso o perjudicial para nuestra existencia como organismo. A diferencia de los animales que no siguen la razón, nosotros podemos utilizar nuestra facultad racional para elegir nuestra respuesta a ese estímulo. Sin embargo, si nuestro juicio está nublado por la pasión, la

facultad racional se debilita y resulta más difícil responder razonablemente. Hacemos y decimos cosas de las que con frecuencia terminamos arrepintiéndonos.

A este respecto, Crisipo comparaba a un hombre que camina con otro que corre cuesta abajo. El que camina puede contenerse en cualquier momento y detenerse. El que corre cuesta abajo es como un hombre presa de una pasión: sólo con gran dificultad puede frenarse y llegar a detenerse.

Pero ¿qué ocurre con estas pasiones –placer, aflicción, apetito y miedo– cuando no son excesivas? ¿Es eso posible? Sólo se convierten en pasiones cuando se apoderan de nuestra mente y producen la perturbación mental de la que hablaba Cicerón. Cuando eso sucede, cuando la pasión domina a una persona y la hace actuar sin la calma de la razón, esa persona está corriendo cuesta abajo. Al quedar esclavizada por la pasión se ve impulsada hacia el vicio y, una vez ocurrido esto, nace el mal que conocemos en el mundo. En sí mismas, las cosas que dan origen a las pasiones no son ni buenas ni malas. Son indiferentes. Es la exageración, la distorsión del placer, la aflicción, el apetito y el miedo, la que se convierte en el mal que verdaderamente nos perjudica. Sólo nosotros sufrimos ese daño; nadie más. Lo que ha sido comprometido y destruido es la propia nobleza de nuestro carácter.

Las emociones del estoico

Así pues, si a los estoicos se les permiten emociones, ¿qué emociones podemos sentir? Para responder tendremos que observar con algo más de cuidado el fenómeno de la emoción. Las emociones humanas tienen dos partes: la actividad fisiológica del cerebro y el sistema de creencias de la mente. Aristóteles fue el primero en advertir que parecía existir cierta diferencia entre ambas, pero fueron los estoicos quienes adoptaron y desarrollaron esta comprensión como parte de su filosofía ética. Incluso el sabio estoico experimenta reacciones fisiológicas naturales ante los estímulos que recibe. Si un sabio conduce por una carretera y de pronto un gato se lanza bajo las ruedas y pum-pum-pum, muere atropellado, ¿el sabio no siente nada y continúa alegremente su camino? No. Eso no es un sabio; es un robot. Cualquier estoico, incluso el sabio, probablemente se sobresaltará como cualquiera, quizá grite de sorpresa y después sienta un vuelco desagradable en el estómago. Pero no siente ira contra el gato, contra sí mismo ni contra el destino. Se recupera rápidamente de la sorpresa al comprender que ésta es la naturaleza de las cosas en el mundo que conocemos. Los accidentes ocurren.

Entonces, ¿cuál es la diferencia entre un estoico y cualquier otro viajero en ese camino? La encontramos en la segunda parte de las emociones humanas. La primera parte es la actividad inmediata de la fisiología de la emoción: llegan datos sensibles y después comprendemos que acabamos de atropellar a un gato. Entonces entra en juego la segunda parte, el sistema de creencias, y ahí reside toda la diferencia. Un estoico sabe que, dentro del gran orden de las cosas, nadie ni nada está siendo castigado por un dios vengativo y que no tiene por qué quedar atormentado por la culpa debido a este accidente ni a ningún otro sobre el que no tenía control. Los estoicos somos iguales que las demás personas. No carecemos de sentimientos, pero al mismo tiempo poseemos un sistema de creencias que sabe qué está en nuestro poder y

qué no lo está. Por eso podemos alegrarnos con Epicteto al comprender que la Naturaleza sólo nos ha hecho responsables de aquello sobre lo cual poseemos control completo: una facultad racional capaz de percibir el bien y una voluntad capaz de elegir el bien por encima de todo lo demás. Ésa, y sólo ésa, es nuestra responsabilidad.

¿Por qué no das más bien gracias a los dioses por haberte hecho superior a aquellos acontecimientos que no pusieron bajo tu control y por haberte hecho responsable únicamente de aquello que sí está bajo tu control? Te liberan de toda responsabilidad por tus padres, por tus hermanos, por tu cuerpo, tus posesiones, la muerte y la vida. ¿De qué te han hecho responsable, entonces? De aquello que únicamente está en tu poder: el uso correcto de las representaciones. ¿Por qué, pues, cargas sobre ti preocupaciones por cosas de las que no eres responsable? Eso no es más que causarte problemas innecesarios.

EPICTETO, Disertaciones, libro I, capítulo 12



METAFÍSICA

Todos los hombres desean por naturaleza saber.

ARISTÓTELES, *Metafísica*

Introducción

¿Tienen los estoicos una metafísica? Sí y no. En la Antigüedad, los estoicos no concebían otra realidad situada más allá o después de la física, como la metafísica de Aristóteles. Los estoicos clásicos seguían la división tripartita de la filosofía en lógica, ética y filosofía natural, común en la Grecia de aquella época. Cleantes añadió la teología, pero ese estudio se incluía como parte del mundo físico, no como algo separado. Para un estoico, todo, incluido Dios, era corpóreo. Incluso hoy, el Dios estoico impregna toda la realidad, desde el macrocosmos hasta el microcosmos, y todo lo que vemos y lo que no vemos es una manifestación de esta presencia racional, creadora y física. Nuestra física abarca por igual lo visible y lo invisible. El Logos y el alma humana, una chispa del Logos, son cuerpos capaces de actuar sobre otros cuerpos. Aun así, es importante señalar que, a diferencia de otros materialistas, la versión estoica del mundo físico no reduce toda la realidad al mero mobiliario del universo; amplía la realidad para abarcar tanto lo visible como lo invisible y normalmente imperceptible.

Lo que vamos a explorar, entonces, es esa realidad ampliada de lo invisible y lo imperceptible, aquello a lo que comúnmente se llama metafísica. No se trata de la misma metafísica que los académicos discuten hoy en las universidades. No ofreceremos un ensayo erudito que examine la versión vitalista y teleológica del materialismo estoico frente a la versión mecanicista y antiteleológica de los reduccionistas contemporáneos. Vamos a explorar una metafísica que formula preguntas y ensaya respuestas acerca de la evidencia y la validez de la experiencia mística (EM), la experiencia cercana a la muerte (ECM) y la supervivencia de la conciencia humana en un mundo espiritual. ¿Por qué? Porque creo que esto es lo que al menos el 90 % de nosotros realmente quiere saber. ¿Son éstos temas estoicos? Por supuesto. La búsqueda de la sabiduría abarca todas las cosas del cielo y de la Tierra. Y, como dijo Séneca, no seguimos a un tirano. En épocas futuras se nos revelarán más verdades. El aprendizaje nunca termina.

Teorías clásicas sobre la muerte

«A los hombres les aguardan después de la muerte cosas que ni esperan ni imaginan», dijo Heráclito. La supervivencia de la conciencia individual fue y sigue siendo objeto de debate en la Estoa. Las especulaciones de los primeros estoicos se explican mejor mediante el concepto de ekpýrosis y se simbolizan en el mito del fénix. Muchos estoicos posteriores rechazaron la cosmología cíclica de la Estoa antigua y acogieron el mito de Hércules, que promete la inmortalidad como recompensa al esfuerzo. Sólo quienes, como Hércules, superaban grandes obstáculos durante la vida eran dignos de convertirse después de la muerte en dioses inmortales. Por los escritos de los estoicos

romanos sabemos que consideraron varias posibilidades sin decidirse definitivamente por ninguna. Lo que sigue son teorías estoicas clásicas acerca de la muerte, comenzando por las de los primeros estoicos.

Ekpýrosis

Según los primeros estoicos –algunos atribuyen esta teoría a la interpretación que Cleantes hizo de Heráclito–, el cosmos es creado y destruido una y otra vez. Esto sucede mediante un fuego divino que es a la vez creador y destructor, y ese fuego es Dios, el Logos. Se consideraba un fuego tanto real como simbólico, aunque, en su realidad física como Logos, se pensaba que existía en la forma más sutil y enrarecida de toda la materia. En la cosmología cíclica, el Logos adopta la forma del universo en la creación y se destruye a sí mismo en un acto de purificación a intervalos regulares que algunos de los primeros estoicos calcularon en ciclos de 20.000 años. Tras la destrucción del cosmos presente y antes de la regeneración del siguiente, el Logos es Alma Pura, pura y sola. Con el renacimiento vuelve a convertirse, como Alma del Mundo, en sus múltiples atributos y rostros.

Según el mito del fénix, esta ave de extraordinaria belleza preservaba su inmortalidad mediante ciclos de vida, muerte y resurrección. En los desiertos de Oriente Próximo se decía que el fénix era una gran águila de color dorado y anaranjado que vivía hasta la avanzada edad de unos quinientos años. Entonces, vencida por el cansancio de vivir, construía una pira funeraria, encendía el fuego y se reducía a un montón de cenizas. De esas cenizas volvía a surgir, renovada en fuerza y belleza, para otros quinientos años. La primera teoría estoica de la muerte seguía este relato. El ciclo cósmico era una versión ampliada del ciclo regenerativo del fénix, que llegó a simbolizar la vida y la muerte del ser humano. Se creía que el alma individual sobrevivía al cuerpo humano hasta el final del ciclo cósmico, la *ekpýrosis*, momento en el cual era asimilada y perdía su individualidad en el Alma Pura.

En cuanto a la validez de la *ekpýrosis* en el pensamiento contemporáneo, puede establecerse un paralelo interesante. Una de las principales teorías acerca del universo sostiene que éste podría ser cíclico. Con el Big Bang, el universo nace y se expande durante miles de millones de años antes de contraerse nuevamente sobre sí mismo. El astrofísico Stephen Hawking, en *A Brief History of Time*, sugiere que antes de la creación el universo tenía tamaño cero y temperatura infinita. No deberíamos apresurarnos a comparar esto con lo que los estoicos llamaban Alma Pura, el fuego divino y enrarecido del Logos solo, pero existe una semejanza bastante notable.

En cualquier caso, Panecio y Posidonio rechazaron por completo la *ekpýrosis* y sostuvieron que la única inmortalidad a la que la mayoría de nosotros podía aspirar consistía en la redistribución de nuestros diversos componentes químicos hacia los elementos de los que procedían. En otras palabras, la conciencia individual se extinguiría. Había una excepción, según Posidonio y otros. Se pensaba que las almas de los sabios, los más virtuosos entre nosotros, podían alcanzar la inmortalidad y vivir como nuevos dioses entre los antiguos. Inmortalidad como recompensa. Esta idea seguía el mito de Hércules.

Hércules

La historia de Hércules era uno de los mitos heroicos griegos más populares. Hércules, célebre por su fuerza y su valor, nació de la unión del siempre mujeriego Zeus con una mujer mortal. Hera, la eternamente celosa esposa de Zeus, descargó su ira sobre el joven Hércules, a quien se impuso la realización de doce arduos trabajos antes de que pudiera recuperar el lugar que le correspondía entre los inmortales. Finalmente, su triunfo recibió la debida recompensa y se ganó el derecho a ser un dios. Sus arduos trabajos simbolizan, por supuesto, las luchas personales a las que todos nos enfrentamos en el transcurso de nuestra vida. Al final, nuestro triunfo en el dominio del arte de vivir nos asegura un lugar entre los inmortales de todos los tiempos. Esta idea de la inmortalidad como recompensa ganada apenas merecería ser mencionada en una sección de filosofía especulativa si no fuera porque fue ampliamente aceptada por los estoicos de la Antigüedad. Quizá les proporcionaba un incentivo adicional para adquirir virtud, no muy diferente del cielo y el infierno de las religiones, pero la idea en sí pertenece al terreno del mito y la leyenda.

Incertidumbre

Marco Aurelio contempló en algunas ocasiones un futuro hercúleo y, en otras, la extinción de la conciencia individual. Reconoce su incertidumbre. Séneca tampoco estaba seguro y, según la profesora Marcia Colish, llegó incluso a considerar la posibilidad de la metempsicosis, la transmigración de las almas, una versión occidental de la reencarnación probablemente propuesta por primera vez por Pitágoras. Marcada por semejante incertidumbre, no sorprende demasiado que la Estoa se viera amenazada y finalmente superada por el cristianismo, con su absoluta certeza acerca del cielo y el infierno y de un salvador, otro superhéroe, crucificado para satisfacer nuestro anhelo de inmortalidad.

Para quienes nos conformamos con vivir con la incertidumbre, la respuesta todavía nos espera.

Después de la muerte, ¿qué sobrevive?

Si somos únicamente la suma total de nuestros procesos físicos, la interacción dinámica de moléculas materiales, ¿qué es entonces ese yo que sobrevive habitualmente a los miles de millones de cambios corporales? Mire una fotografía de un hombre o una mujer a los veinte años y luego otra de la misma persona cincuenta años más tarde: casi no se la reconoce. La anatomía y la fisiología afirman que los cambios físicos de las moléculas producen un cuerpo enteramente nuevo aproximadamente cada siete años. Y, sin embargo, el yo consciente que continúa viviendo a través de todos esos cambios parece mantener una continuidad más o menos estable. Una persona de setenta años ha tenido diez cuerpos nuevos a lo largo de su vida, pero el yo sigue siendo el mismo a través de todos ellos. Si el «yo» que soy puede sobrevivir a todas esas muertes y renacimientos moleculares graduales durante una vida normal, ¿por qué resulta tan difícil imaginar la posibilidad de que ese mismo yo sobreviva a la muerte molecular más repentina y definitiva que llega al final?

Para un estoico es razonable creer que el yo sobrevive, porque creemos que cada uno de nosotros es una chispa o fragmento del Alma del Mundo, la conciencia universal. Sin embargo, no se exige una creencia literal de este tipo. Algunos prefieren creer en la extinción total, y ésa es su elección. En este punto de nuestra evolución como filosofía, la posición estoica se asemeja a la del escéptico pirrónico, el escéptico clásico, no a la caricatura contemporánea del escéptico. Cuando hoy alguien dice que es escéptico, normalmente quiere decir que no cree en aquello respecto de lo cual afirma ser escéptico, y ahí termina la cuestión. El escéptico pirrónico diría que ni cree ni des cree; que no sabe, o quizá sí; que no puede saber, o quizá pueda; pero que, aun así, continúa investigando.

Edelstein y otros han criticado al estoicismo por ser bidimensional, por no dar cabida a la dinámica del espíritu. Se ha sugerido que ésta fue la razón por la cual la Estoa fue derrotada con tanta facilidad por el culto cristiano. Quizá sea así, pero la Estoa no se extinguió, y el nuevo estoico no tiene por qué conformarse con creencias bidimensionales. Tenemos más que un derecho: tenemos la responsabilidad de investigar ideas nuevas acerca de todas las antiguas preguntas. Por desgracia, hoy, como siempre, hay tanta locura descarada y tanto charlatanismo vulgar que buscan respetabilidad alegando parentesco con la metafísica que muchas personas reflexivas pueden sentirse predispuestas en contra de tales estudios. Sin embargo, nuestro inevitable encuentro con la muerte, y la verdad o ilusión de nuestra mortalidad, obliga a muchos de nosotros a buscar más lejos y más profundamente de lo que los estoicos lo hicieron jamás. Para algunos estoicos, reconciliarse con una vida finita es la respuesta; para otros, la búsqueda continúa.

Toda filosofía es especulativa, por supuesto, y en cuanto deja de ser especulativa se convierte en ciencia. La metafísica lo es de manera especial. A pesar de esta dificultad, contamos con una ayuda considerable para la primera parte de nuestro estudio. El difunto Walter Stace, filósofo de Princeton, nos ayuda a comprender un notable fenómeno humano que ha existido a lo largo de toda la historia registrada: la experiencia mística de nuestra unidad con el cosmos. Tanto en Oriente como en Occidente, esta forma de iluminación ha ejercido una profunda influencia sobre las muchas personas que, de manera constante y persistente, afirman haber aprendido otra forma de conocer. Si el fenómeno de la experiencia mística es un proceso real de la Naturaleza, entonces es de la máxima importancia que la Estoa esté presente en su investigación.

La experiencia mística

Hay, ciertamente, cosas que no pueden expresarse con palabras. Se manifiestan. Son lo místico.

WITTGENSTEIN, Tractatus Logico-Philosophicus, 6.522

¿Quiénes son los místicos y qué es esa experiencia que tienen? ¿Se trata siempre de la misma experiencia o cambia según la religión o la cultura a la que pertenece la persona? ¿Es una experiencia real y objetiva, o una alucinación subjetiva del subconsciente? Para responder a muchas de estas preguntas quiero reconocer la deuda

que tengo con el trabajo de Walter Stace en su obra pionera *Mysticism and Philosophy*. El profesor Stace examinó enormes cantidades de ideas y datos para proporcionar buena parte de la organización intelectual de lo que sabemos acerca de la experiencia mística (EM). Mis referencias a Stace proceden de este libro, que ocupa un lugar destacado entre mis lecturas recomendadas.

¿Quiénes son?

¿Quiénes son los místicos y de dónde proceden? Aunque es cierto que gran parte de los numerosos místicos, vivos y muertos, procede de culturas asiáticas que tradicionalmente han fomentado este tipo de búsqueda, puede afirmarse con justicia y precisión que están y han estado en todas partes. Musulmanes, cristianos y judíos, así como paganos, agnósticos y ateos, han tenido experiencias místicas. A menudo se interpreta como una experiencia religiosa debido al contexto en el que ocurre, pero es independiente de cualquier religión organizada. La experiencia puede tener lugar dentro de una casa o al aire libre, durante la meditación, en un paseo por el bosque o en el supermercado de su barrio, y puede ocurrirle a hombres y mujeres, jóvenes y ancianos.

¿Qué es?

Si recuerda lo que aprendimos de la física de los estoicos y de lo que Capra denomina los dos Grandes Temas de la física del siglo XX, podremos pensar con mayor claridad acerca de la EM. El Todo, el Uno, está compuesto de partes interrelacionadas, continuos dinámicos de opuestos polares que revelan un cosmos unificado en movimiento constante. Stace nunca relacionó la EM con la física cuántica, pero, si nosotros estableciéramos esa relación, podríamos describir la experiencia como un fenómeno físico: la experiencia mística ocurre cuando el continuo colapsa. Cuando el continuo colapsa, ya no existe un continuo entre sujeto y objeto. Yo me convierto en eso. Me convierto en el Uno.

Convertirse en uno con el Uno –o lo que Plotino, el místico neoplatónico, llamó «la huida del solo al Solo»– es una idea habitual de la EM. Existen otras intuiciones, como las muchas formas de experiencia que pueden surgir mediante el estudio de los kōan zen. En cualquier caso, hay dos tipos principales de experiencia al fundirse con el Uno. Puede experimentarse el Uno compuesto por partes interrelacionadas, o puede experimentarse el Uno sin partes, sin divisiones ni fronteras: el Uno infinito, sin contenido numérico.

Externa e interna

Aunque Stace llama a estos dos tipos de experiencia mística «extrovertida» e «introvertida», me he tomado la libertad de modificar su terminología y emplear «externa» e «interna», porque considero que sus términos están demasiado cargados con décadas de jerga psicológica y prejuicios a favor o en contra de las personalidades extrovertidas e introvertidas, algo que nada tiene que ver con el tema que nos ocupa. En resumen, la experiencia externa percibe el Uno hacia fuera, directamente por medio de los sentidos, como un todo compuesto por partes interrelacionadas; la

experiencia interna percibe el Uno hacia dentro y sin partes, porque toda información sensorial, pensamiento, imagen y cualquier otro contenido empírico de la existencia queda excluido de la conciencia. Por lo general, la experiencia externa es espontánea. La experiencia interna suele ser el resultado de años de disciplina en distintas formas de meditación. Examinaremos ambas por separado.

En la experiencia externa, el místico percibe el mismo mundo o entorno que vemos en el estado normal de vigilia, pero con una nueva clase de visión que «ve» a través de cada persona, lugar y cosa que tiene delante. Esta visión se ha descrito como una especie de luz trémula o resplandeciente que revela la relación subyacente de todo con todo. Hay una sensación de alegría, asombro y paz, y normalmente una profunda certeza de que la persona y todas las demás cosas presentes están unidas con Dios, el Uno. Como ya se ha dicho, la experiencia suele ser espontánea y puede ocurrir sólo durante unos minutos una única vez en la vida. Sin embargo, incluso una sola experiencia puede ser tan significativa que jamás se olvida y a menudo reorienta el curso de la vida de una persona.

En la experiencia interna, el místico no ve «nada», ninguna cosa. Los sentidos se apagan, no hay pensamientos ni imágenes y todo es puro silencio, vacío. Es precisamente en este estado de nada donde el adepto comprende que su verdadero yo, despojado de todas las ilusiones del mundo cotidiano, es el Yo Universal: alma pura sin contenido empírico, unidad indiferenciada, el Uno, lo infinito sin distinciones, fronteras ni alteridad. Esta experiencia, al igual que la externa, es también profundamente conmovedora y, presumiblemente, incomparable. Y, a diferencia de la experiencia externa, una vez que el místico ha tenido una experiencia de este tipo, puede llegar a repetirla en varias ocasiones.

Lo que no es

Para comprender mejor qué es la experiencia mística, también necesitamos examinar qué no es. Las visiones y las voces no son experiencias místicas, sino que pertenecen con mayor precisión a la categoría de los sueños, las ensoñaciones o las alucinaciones. Como se ha señalado, la experiencia externa consiste en la percepción directa de objetos reales presentes en el entorno del observador, mientras que la experiencia interna está enteramente desprovista de imágenes o de cualquier otro contenido sensorial. No aparecen dioses, ángeles, fantasmas, demonios ni voces incorpóreas que ordenen o exijan actuar o dejar de actuar. Los místicos, tanto de Oriente como de Occidente, advierten contra estos fenómenos, considerándolos engaños e ilusiones.

Lo mismo puede decirse de los arrobamientos, los trances y los frenesíes emocionales. Los estoicos siempre han mirado estos estados con sospecha, remontándose hasta las advertencias de Heráclito contra ellos. El hiperemocionalismo de las celebraciones religiosas de la Antigüedad desembocaba a menudo en orgías sangrientas y brutales de diversa índole, y las personas más racionales las han considerado, entonces y ahora, sospechosas, cuando no directamente despreciables. Estas alucinaciones, arrobamientos y frenesíes siguen siendo frecuentes hoy, pero los místicos «auténticos» no los consideran relacionados ni comparables con su EM.

Características comunes

A partir de numerosos casos registrados de experiencia mística auténtica, externa e interna, tanto en Oriente como en Occidente, Stace identificó siete características esenciales que estas experiencias tienen en común (pp. 131-132).

EXTERNA	INTERNA
1. Una visión unificadora: todas las cosas son Uno	1. Una conciencia unitaria: el Uno, el Vacío
2. Aparición del Uno en todas las cosas	2. No espacial, no temporal
3. Sensación de realidad objetiva	3. Igual
4. Bienaventuranza, paz, euforia, etc.	4. Igual
5. Sentimiento de lo sagrado/divino	5. Igual
6. Paradoja	6. Igual
7. Se afirma que es inefable	7. Igual

Si observa el número 6 de la tabla, verá que la paradoja es una característica importante. Stace cita el intento de un místico por describirla de esta manera: «Lo negro no deja de ser negro, ni lo blanco blanco. Pero lo negro es blanco y lo blanco es negro. Los opuestos coinciden sin dejar de ser lo que son en sí mismos» (p. 65). Esto recuerda la paradoja de la que hablamos en la sección de física, donde vimos que las partículas subatómicas son destructibles e indestructibles, y que las partículas atómicas existen y no existen: lo que Niels Bohr llamó complementariedad.

También podemos ver cómo la propia experiencia interna puede considerarse paradójica. El yo disminuido se convierte en el Yo mayor. Curiosamente, aunque se supone que la experiencia es una unidad indiferenciada, el Uno sin contenido, el todo sin partes ni fronteras, el místico experimenta el yo como el Yo, existiendo y no existiendo a la vez como entidad distinta. Es precisamente esta paradoja la que lleva a quienes han tenido una experiencia así a afirmar que es inefable (n.º 7), que la mente lógica no puede comprenderla y que toda explicación resulta inútil. Y, sin embargo, la experiencia posee tal magnitud que el místico no puede evitar intentar describir lo indescriptible.

Misticismo y muerte

Ella [el alma] no tiene conciencia del ayer ni del anteayer, ni del mañana ni del día siguiente; pues en la eternidad no hay ayer ni mañana, sino solamente Ahora, tal como fue hace mil años, como será dentro de mil años, como es en este instante y como será después de la muerte.

MEISTER ECKHART, místico cristiano del siglo XIV, Blakney, p. 153

Los místicos experimentan comúnmente alguna sensación de inmortalidad durante la experiencia mística, pero las interpretaciones de esa experiencia separan claramente Oriente de Occidente. En Occidente, el individuo conserva su individualidad a lo largo de la eternidad; en Oriente, se considera que el individuo es asimilado al Uno, generalmente después de su última encarnación como ser humano en evolución. El occidental probablemente protestará diciendo que ser absorbido por el Uno equivale a la aniquilación; entonces, ¿dónde está la sensación mística de inmortalidad que

algunos han prometido? Una vez más, respondemos con una paradoja. Stace cita al poeta laureado inglés y místico Alfred Lord Tennyson (1809-1892), quien tuvo desde joven varias EM externas y espontáneas, como ejemplo de que el individuo puede ser a la vez uno y el Uno. Tennyson afirmaba que esto no era «extinción, sino la única vida verdadera» (p. 314).

Al parecer, después de la muerte podríamos conocer simultáneamente ambos extremos del continuo dinámico; pero ¿es verdadera y real esta promesa? ¿Podemos aceptar la experiencia mística como un hecho y como promesa de una existencia futura más allá de la tumba? No, en realidad no. Incluso Buda, el llamado permanentemente iluminado, ofreció poco consuelo. Cuando le preguntaron si después de la muerte continuamos existiendo o nos extinguimos, se dice que respondió: «ni una cosa ni la otra».

Si examinamos la evidencia fisiológica acerca de la posible supervivencia de la conciencia individual, nos enfrentamos a dos problemas aparentemente insuperables. En primer lugar, lo único que sabemos sobre la conciencia -sorprendentemente poco, en realidad- es que parece estar directamente relacionada con el funcionamiento vivo de nuestro sistema nervioso. Cuando el sistema nervioso deja de funcionar, la fisiología contemporánea supone que toda conciencia, tal como la conocemos, también deja de funcionar. Nadie puede responder cómo ni en qué forma podría sobrevivir a la extinción de ese sistema.

El segundo problema quizá tenga más que ver con la justicia cósmica que con cualquier otra cosa, y se refiere a la inmortalidad de los demás animales. ¿En qué punto de la escala evolutiva sería la conciencia individual de un animal inteligente digna de sobrevivir? Podemos formular la misma pregunta acerca del ser humano. ¿En qué momento de nuestra evolución como especie adquirió nuestra conciencia la capacidad de ser inmortal? Para repetirlo: si la conciencia puede ser inmortal, ¿cómo y bajo qué forma es posible semejante hazaña? Apenas hemos comenzado aquí nuestro trabajo. Y en cuanto a la justicia cósmica, si tal cosa existiera, los buenos nunca morirían jóvenes. ¿O sí?

¿Cuánto vale?

Según los místicos, la EM tiene lugar universalmente en un instante fuera del tiempo. Ésta es una de sus características fundamentales. Ese instante en el que el tiempo se detiene es, entonces, un momento de eternidad, el Ahora del que habla Meister Eckhart. Experimentar la eternidad es conocer la inmortalidad. Da igual que la experiencia dure tres minutos, seis minutos o cuatro horas. Durante ese tiempo se vive la experiencia de la ausencia de tiempo. Así pues, si puede conocer una experiencia semejante, la inmortalidad está garantizada. Pero ¿es realmente la eternidad lo que el místico experimenta en ese momento?

Eso no podemos saberlo, porque parece ser la única eternidad que las personas vivas han experimentado. No tenemos nada más con qué compararla. Sólo podemos atenernos a lo que la propia experiencia afirma ser. Quienes la han tenido no albergan ninguna duda; los demás, sí. ¿Podemos demostrar empíricamente que esas personas saben cómo se siente realmente la inmortalidad? No. Tampoco es necesario. No

sabemos si experimentar la inmortalidad se siente realmente como los místicos dicen, o si se trata de otra cosa. La experiencia es su propia prueba y no tenemos manera de afirmar ni negar que ese instante fuera del tiempo haya ocurrido realmente.

La cuestión es ésta. Si tiene una experiencia mística, conocerá ese instante fuera del tiempo. Al conocerlo, tendrá una experiencia tan extraordinaria que le costará hablar de ella. Será inefable. En esa experiencia tendrá asegurado el conocimiento de la única representación viviente de la inmortalidad que poseemos. Durante un instante, mientras estaba vivo, conoció la eternidad. Fue inmortal.

¿Cuánto vale eso para usted? ¿Está dispuesto a realizar un esfuerzo considerable de tiempo, dinero y energía para experimentar ese único instante garantizado de eternidad? ¿Está dispuesto a renunciar a cosas: hogar, familia, un buen automóvil, ropa nueva? ¿Está dispuesto a convertir su vida en un sacrificio, a aceptar el dolor, el frío, el calor, la pobreza y otras incomodidades? ¿Y qué hay del celibato, la abstinencia de todo placer, una dieta vegetariana, incontables horas de meditación que dejan las piernas doloridas? Muchos caminos hacia la EM esperan que se sumerja en todo lo anterior. ¿Está dispuesto a cambiar prácticamente toda esta vida por un instante de experiencia de inmortalidad? ¿Es realmente necesario, o se trata simplemente de una acumulación de formas añadidas a lo largo de los siglos por discípulos devotos?

Objetividad

¿Posee la verdad de la EM una realidad objetiva? Es decir, ¿podemos afirmar que el Uno que conoce el místico posee la misma existencia efectiva que, por ejemplo, atribuimos al corazón humano? Sé que tengo un corazón aunque no pueda verlo, porque puedo sentir mi pulso. Sé que ese pulso procede del corazón que late porque ese conocimiento se adquirió hace mucho tiempo mediante repetidas disecciones, experimentos y análisis. ¿Podemos tener la misma certeza y confianza respecto de una experiencia que, según los místicos, no puede «analizarse ni diseccionarse»? Stace concluye que no puede ser ni objetiva ni subjetiva. La propia experiencia es paradójica y debe ser lo que él denomina «transubjetiva». No puede decirse que la conciencia cósmica «exista» del mismo modo que existe nuestro corazón, porque posee y no posee cualidades. Es personal e impersonal. Es dinámica e inactiva, creadora y estática, activa e inmóvil.

Afortunadamente, los investigadores continúan explorando la cuestión del misticismo y la objetividad. Dos pensadores contemporáneos afirman haber localizado la fuente física de la experiencia mística. Los autores Eugene d'Aquili y Andrew Newberg fueron investigadores asociados durante más de cinco años en el Hospital de la Universidad de Pensilvania. d'Aquili era profesor de Psiquiatría, y Newberg, investigador del programa de Medicina Nuclear. d'Aquili era también antropólogo de la religión y terapeuta clínico, mientras que Newberg se especializó en estudios de neuroimagen que identifican las regiones cerebrales estimuladas por distintos pensamientos, emociones y tareas. Juntos estudiaron durante dos años a ocho budistas tibetanos en meditación.

Las pruebas que reunieron en una colección de conferencias y artículos de prensa y revistas publicados bajo el título Neurotheology indican que la serenidad, la calma y

la trascendencia experimentadas en la meditación se manifiestan en un aumento de la actividad en los lóbulos frontales y una disminución de la actividad en los lóbulos parietales del cerebro. En una conferencia titulada «Why God Won't Go Away», Newberg afirmó: «La idea es que el cerebro está configurado de maneras que nos ayudan a sobrevivir; [la religión] ofrece la seguridad de que existe un propósito y una relación de causa y efecto... Por tanto, las experiencias religiosas y espirituales están plenamente en consonancia con lo que el cerebro intenta hacer por nosotros».

Tras estudiar a los budistas durante la meditación, los investigadores proponen que, en el estado meditativo «unitario», la amígdala, una pequeña masa del tamaño aproximado de una nuez situada en el ventrículo lateral del cerebro, «genera una sensación de asombro religioso». Prácticas como la meditación y determinados rituales religiosos parecen estimular los subsistemas ergotrópico y trofotrópico del sistema nervioso autónomo. Cuando uno de esos sistemas alcanza cierto nivel de actividad, el circuito cerebral del sistema relacionado comienza simultáneamente a «reverberar». En casos extremos, uno de los subsistemas se desborda hasta producir una «descarga máxima» de ambos y provocar un estado que la mente percibe como una «Unidad Absoluta del Ser» (UAS): la abolición de cualquier frontera discreta entre los seres, la ausencia del flujo temporal y la eliminación de la dicotomía entre el yo y el otro.

Queda un dilema. ¿Muestran los datos de neuroimagen que la EM es el resultado de la actividad de centros cerebrales estimulados por la meditación, o son los cambios en la actividad cerebral el resultado de cambios en la conciencia del místico? Según d'Aquili: «La ciencia occidental dice que la materia es primaria, pero si se invierte la perspectiva y se observa lo que relatan los místicos, podría decirse que, en última instancia, son la conciencia y la percepción las que son primarias». Por ahora no puede haber certeza acerca de la objetividad de la experiencia mística. Sólo contamos con evidencia, teoría y conjetura.

Todavía se desconoce si esta actividad descubierta en el cerebro es la causa o el resultado de la experiencia mística, pero también debemos recordar la experiencia externa. Hasta ahora, el método científico no sabe cómo capturar la verdad de una EM espontánea. ¿Es objetivamente real o es una anomalía en la estructura del cerebro? Quizá el cerebro de artistas y poetas como Tennyson sea como es a causa de ciertos defectos internos de su «cableado». Nos queda mucho por explorar en el futuro.

La experiencia cercana a la muerte

Quienes antes que nosotros dieron impulso a estas cuestiones no son nuestros maestros, sino nuestros guías. La verdad ofrece un campo abierto a todos; no es un territorio ya ocupado. Incluso para quienes vendrán después de nosotros queda todavía mucho por descubrir.

SÉNECA, Carta XXXIII, 11, 2-7

A pesar de años de burlas por parte de la comunidad científica, la experiencia cercana a la muerte (ECM), considerada como asunto serio, se niega a desaparecer. En 2008 se

puso en marcha un gran estudio en veinticinco hospitales del Reino Unido y Estados Unidos para investigar a 1.500 supervivientes y las experiencias extracorporales que suelen acompañar a las ECM. Este estudio de tres años incluía colocar imágenes en estantes que sólo pudieran verse desde el techo en las áreas de reanimación de urgencias hospitalarias. Según el Dr. Sam Parnia, director del estudio: «Si se puede demostrar que la conciencia continúa después de que el cerebro se apaga, se abre la posibilidad de que la conciencia sea una entidad independiente».

Nuestra mayor conciencia de las ECM se debe en gran medida a la creciente destreza de los profesionales sanitarios y a su capacidad para reanimar a pacientes inconscientes que se encuentran físicamente cerca de la muerte. Las experiencias de una minoría de estos pacientes han despertado gran interés en la comunidad médica. Los relatos de lo que les sucedió mientras estaban próximos a la muerte se han ido acumulando con los años hasta formar un volumen de datos bastante impresionante que los investigadores pueden analizar y, de hecho, han analizado. Uno de los primeros libros sobre el tema y de los más cuidadosamente investigados fue escrito por Michael Sabom, M.D., F.A.C.C.; su obra *Recollections of Death* constituye una fuente valiosa para este capítulo.

Sabom distingue tres tipos de ECM: autoscópica, trascendental y una combinación de ambas. La autoscópica, que significa sencillamente autovisualización, es la experiencia en la cual alguna parte de la conciencia del individuo, al aproximarse a la muerte, se separa de su cuerpo físico y observa ese cuerpo desde cierta distancia, normalmente desde arriba. Puede intervenir el oído además de la visión, y en ocasiones se producen desplazamientos a otros lugares. La experiencia trascendental es aquella en la que la persona próxima a la muerte se encuentra rodeada de oscuridad, a menudo percibida como un túnel, con una luz que se vuelve progresivamente más intensa conforme se acerca al final. La persona se siente atraída por la luz, se aproxima y es llevada hacia algún tipo de realidad, otro plano de existencia situado en ella.

Esta experiencia trascendental puede incluir o no el fenómeno de ver «pasar la vida ante los ojos», antes o después de encontrarse con la luz del túnel. La propia luz puede resultar ser un lugar donde el individuo es recibido por familiares fallecidos, figuras religiosas o simplemente una luz viva dotada de una conciencia que se comunica. La experiencia combinada ocurre cuando la persona se ve separada de su cuerpo y después encuentra el túnel y la luz.

¿Y qué? ¿Qué tiene que ver todo esto con la Estoa? ¿Es un fenómeno natural? ¿Es objetivamente real, un proceso natural que todos experimentaremos algún día? No lo sabemos. Sigue existiendo un gran escepticismo tanto en la comunidad científica como en la médica acerca de si la ECM es real en el sentido de que revele algo significativo sobre la conciencia humana. Quienes no se sienten cómodos con las implicaciones de lo que podría significar han propuesto numerosas explicaciones acerca de qué podría ser y qué podría producir una experiencia así.

Algunas explicaciones

Las dos explicaciones más comunes de la ECM son la fabricación consciente y la fabricación inconsciente. En cuanto a la fabricación consciente, la evidencia es

demasiado amplia y demasiado consistente para atribuirle a una fantasía deliberada. Están representadas todas las edades, profesiones, creencias religiosas y ausencia de creencias. La fabricación subconsciente supondría un intento del subconsciente por enfrentarse al horror de una muerte inminente, pero tales intentos, si existen, se manifiestan de manera inconsistente. Las personas que han estado cerca de la muerte en más de una ocasión suelen tener una sola ECM, independientemente del número de veces que hayan vivido esa situación, y la ocasión en que se produce no es necesariamente la más traumática ni aquella en la que la amenaza de muerte era más segura.

El Dr. Sabom examinó cuidadosamente once posibles explicaciones de la ECM y descartó todas salvo una. Además de la fabricación consciente e inconsciente, Sabom estudió la semiconsciencia, la despersonalización, la alucinación autoscópica, los sueños, las expectativas previas, las alucinaciones inducidas por drogas, la liberación de endorfinas, las crisis del lóbulo temporal y la privación de oxígeno. Todas son examinadas y rechazadas.

La única explicación médica conocida que podría dar cuenta de la ECM procede de un estudio realizado con voluntarios a quienes se elevó el nivel de dióxido de carbono hasta aproximarlos al que se da cerca de la muerte. Un aumento semejante es una condición asociada habitualmente a traumas físicos en los que la sangre no puede transportar el dióxido de carbono fuera del cerebro para que los pulmones lo expulsen. Algunos voluntarios experimentaron lo que podría llamarse una ECM auténtica. Tuvieron autovisualización, la luz al final del túnel, una calma apacible: todo. Entonces, ¿es ésta la explicación? Quizá. Probablemente no. En un caso documentado se midió el nivel de dióxido de carbono de un sujeto mientras se encontraba en plena ECM, y el nivel era en realidad inferior a lo normal. Para aquellos voluntarios cuyo dióxido de carbono fue elevado artificialmente hay que formular una pregunta importante: ¿produjo el aumento de dióxido de carbono la ECM, o fue la ECM efecto del trauma físico cercano a la muerte provocado por el estudio?

¿Le resulta familiar? Sí, parece que hemos regresado exactamente al punto en que estábamos al hablar de objetividad y experiencia mística. Por ahora, las EM y las ECM pueden considerarse experiencias objetivas o subjetivas según el punto de vista que se decida sostener. Todavía no existe una prueba concluyente en ninguna de las dos direcciones. ¿Qué nos dice la ECM acerca de la vida después de la muerte? Nada. No sabemos si esta experiencia, sea de tipo autoscópico o trascendental, constituye el preludio de alguna forma de conciencia que sobreviva a la muerte o si sencillamente forma parte natural del proceso de morir y nada más. Podría no ser nada más, pero el hecho de que se haya vuelto cada vez más conocida no la hace menos extraordinaria.

Una revisión superficial de las ECM relatadas a lo largo de la historia, tanto en Asia como en Occidente, muestra que la ECM ha cambiado con las épocas. En la etapa cazadora-recolectora de la sociedad humana, los estudios sobre chamanismo indican que quien experimenta una ECM queda inmerso en la Naturaleza junto con muchas de las creencias y espíritus animales propios de su cultura. La ECM es una experiencia muy valorada que puede introducir al individuo en la vocación de convertirse en chamán. En la Edad Media, tanto en Asia como en Occidente, cuando la «civilización» era para la mayoría de sus habitantes una realidad brutal, dura y

desagradable, las ECM relataban escenas de infierno y condenación; en ocasiones se ordenaba al individuo regresar con su pueblo y decirle que corrigiera su conducta o sufriría torturas y tormentos espantosos. En la actualidad, la ECM suele mostrar un encuentro benigno, celestial y gozoso con seres de luz y una abundante benevolencia.

¿Qué ocurrió? ¿Cómo puede una experiencia esencialmente igual producir tres versiones enteramente distintas de una futura vida espiritual? Aquí llegamos a una nueva objeción que no se explora en la literatura sobre las ECM, al menos no pude encontrarla. Si la experiencia tiende a adoptar la forma que la tradición cultural y la visión del mundo describen respecto a la vida después de la muerte, ¿qué nos dice esto sobre la ECM como una realidad objetiva de origen externo? En este momento, a la luz de la evidencia histórica, la ECM parece ser una visión subjetiva de la realidad, generada internamente y basada en aumentos de los niveles de dióxido de carbono al aproximarse la muerte. ¿De qué otra manera podrían explicarse discrepancias tan grandes en las experiencias de quienes se encuentran en el umbral de la otra vida? O quizá nuevos datos procedentes de futuros estudios, como la investigación de tres años que entonces se realizaba en hospitales del Reino Unido y Estados Unidos, desafíen este punto de vista escéptico.

El mundo espiritual

Sin duda, el alma sobrevive a la muerte del cuerpo, pues los opuestos se generan a partir de los opuestos, y la vida es lo opuesto de la muerte.

SÓCRATES, *Fedón*

Si las credenciales académicas y profesionales ofrecen alguna garantía de comprensión, quizá el relato más creíble del llamado mundo espiritual nos llegue del Dr. Brian Weiss, M.D.: psiquiatra, miembro de Phi Beta Kappa, graduado magna cum laude por la Universidad de Columbia, titulado por la Facultad de Medicina de Yale, donde más tarde realizó su residencia en Psiquiatría, y director del Departamento de Psiquiatría del Mount Sinai Medical Center de Miami, Florida. ¿Está suficientemente impresionado como para sentir curiosidad? Yo lo estaba.

Con semejante formación, cabría esperar que se sorprendiera cuando, en el curso de su práctica profesional, tropezó con el mundo espiritual. Y se sorprendió. Escribió un libro al respecto, *Many Lives, Many Masters* (Simon & Schuster, 1988). La contraportada dice: «Como psicoterapeuta tradicional, el Dr. Brian Weiss quedó asombrado y escéptico cuando una de sus pacientes comenzó a recordar traumas de vidas pasadas que parecían contener la clave de sus pesadillas recurrentes y sus ataques de ansiedad. Su escepticismo fue disminuyendo, sin embargo, cuando ella comenzó a canalizar mensajes procedentes del “espacio entre vidas”, que contenían revelaciones sorprendentes acerca de la familia del Dr. Weiss y de su hijo fallecido. Mediante la terapia de vidas pasadas logró curar a la paciente e iniciar una nueva etapa, más significativa, de su propia carrera».

Estamos hablando de un médico que, a lo largo de su carrera, trató a miles de pacientes psiquiátricos y dirigió unidades de hospitalización en cuatro importantes facultades de medicina. ¿Se volvió de repente delirante este médico, que toda su vida se

había considerado un hombre de ciencia, perdiendo todo control de sus facultades escépticas? La paciente mencionada, Catherine, una joven de veintitantos años, era «una persona relativamente sencilla y honrada... no una erudita, y no podía haber inventado los hechos y detalles... [que estaban] más allá de su capacidad».

Intrigado por todo aquello, aunque todavía escéptico, decidí investigar un poco más. Fue entonces cuando descubrí a Michael Newton, Ph.D., un psicoterapeuta recientemente retirado de su consulta en California que había hecho de este tema el trabajo de su vida. A lo largo de su carrera, el Dr. Newton utilizó la hipnosis para hacer regresar a más de 4.000 clientes a una vida pasada y después los condujo hasta la muerte en aquella vida... y más allá. Según estos numerosos sujetos hipnotizados, poco después de la muerte el espíritu regresa a un mundo espiritual antes de reencarnarse de nuevo. Este intervalo entre vidas encarnadas se convirtió en la especialidad de Newton, que lo denomina hipnosis Life Between Lives (LBL), «vida entre vidas». Relató sus experiencias con la hipnosis LBL en varios libros. Resumió los principios de esos descubrimientos en el apéndice de Life Between Lives (Llewellyn Publications, 2006), varios de los cuales se reproducen aquí:

- Los relatos más consistentes acerca de la esencia manifiesta del alma sostienen que ésta representa una energía inteligente, inmortal, que se manifiesta mediante ondas vibratorias específicas de luz y color.
- Las almas se reencarnan como seres humanos a lo largo de incontables vidas para avanzar por distintos niveles de desarrollo, afrontando tareas kármicas procedentes de vidas anteriores.
- Nuestro planeta es uno entre un número incalculable de mundos que sirven como escuelas de formación para el progreso de las almas.
- La malevolencia espiritual no existe dentro del orden divino de amor y compasión que constituye nuestro origen espiritual.
- En lugar de definirse como un lugar de inacción definitiva, o nirvana, el mundo espiritual parece ser un espacio de transición para almas que evolucionan hacia formas superiores de energía...
- El objetivo último de todas las almas parece ser el deseo de buscar y encontrar la perfección y, finalmente, unirse con la Fuente que las creó.

Sucede que, en aquel momento, no existían requisitos de licencia para practicar la hipnosis en Estados Unidos, de modo que me recliné en la bien surtida sección de hipnosis e hipnoterapia de la biblioteca universitaria cercana y aprendí cómo se realizaba este trabajo. Después de varias semanas de estudio ofrecí mis servicios a familiares y amigos y coloqué un anuncio en el tablón de otra universidad algo más alejada. Ofrecía mis servicios gratuitamente y me especializaba exclusivamente en regresión a vidas pasadas e hipnosis LBL. Unos veinte clientes más tarde, tenía todo el material que necesitaba para confirmar el trabajo de Weiss y Newton.

Hablé con los guías espirituales de varios clientes capaces de entrar en hipnosis profunda. Para quienes no hayan leído ni a Weiss ni a Newton, explicaré de la manera más breve posible la metodología de mis propias sesiones LBL. Comenzaban con hipnosis regresiva a vidas pasadas y, por lo general, requerían dos y a veces tres sesiones para alcanzar el ámbito de la vida entre vidas. El método de Newton era algo distinto

y normalmente consistía en una sesión maratónica de hipnosis de cuatro a seis horas. Yo no quería hacer eso y solía limitar mis sesiones a entre una hora y una hora y media, separadas por una semana o más.

En la primera sesión averiguaba si la persona era capaz de entrar en hipnosis profunda y si se sentía cómoda con la regresión a vidas pasadas. Primero hipnotizaba al cliente y lo llevaba de vuelta a la infancia, y después a un momento anterior a su nacimiento. Todo esto se realizaba mediante un guion cuidadosamente formulado que fomentaba las imágenes mentales y alguna respuesta verbal ocasional una vez que el sujeto mostraba señales de trance hipnótico. Se creaba un lugar seguro en un jardín imaginario al que el sujeto podía regresar si aparecía demasiado estrés o sentía miedo de continuar. (Algunas vidas pasadas son muy estresantes, pero normalmente el hipnotizador puede llevar al sujeto más allá de los momentos más difíciles o rodearlos sin necesidad de despertarlo.) Cuando el sujeto revivía una vida pasada determinada y era conducido hasta el final de aquella vida, se lo devolvía al estado normal de vigilia. Y con eso concluía la primera sesión.

En la siguiente sesión volvía a llevar al sujeto a una vida pasada, preferiblemente a la inmediatamente anterior (para ayudarlo a abordar cuestiones problemáticas que quizá estuvieran influyendo en su vida actual), hasta llegar a la escena de la muerte inclusive. Una vez revivida plenamente la muerte, trabajábamos para alcanzar cierta comprensión acerca de la principal lección de aquella vida. Cada vida posee una lección fundamental que el individuo encarnado debía aprender. Después avanzábamos más allá de aquella muerte. En ese punto el sujeto solía estar algo desorientado, pero invariablemente sentía paz, incluso alegría, por haber muerto. En ocasiones quedaba cierta angustia residual acerca de la naturaleza de la muerte en aquella vida pasada, pero era fácil aliviarla con algunas palabras amables, y el tiempo y la distancia recorridos alejándose del cuerpo de aquella vida y del plano terrenal convertían la vida pasada en un recuerdo tenue.

A pesar de la paz y la alegría por haber dejado atrás el cuerpo, o quizá precisamente por ellas, el sujeto no siempre estaba lo bastante centrado u orientado como para saber dónde se encontraba. En tal caso le pedía que me dijera cómo se sentía y qué estaba pensando. (Los sujetos hipnotizados, incluso en trance profundo, son capaces de hablar mientras permanecen bajo hipnosis. Esto puede sorprender a quienes no están familiarizados con la hipnosis, pero es algo habitual y puede lograrse mediante las palabras adecuadas de sugestión hipnótica.) En ese momento el objetivo era encontrar el daimon del sujeto, o guía espiritual. Prefero el término clásico popularizado por Sócrates y utilizaré «daimon» para describir al compañero espiritual del sujeto. Los cristianos lo llamarían ángel de la guarda.

Encontrar al daimon rara vez resultaba difícil, aunque normalmente requería sugerir al sujeto que buscara una persona o una luz que nunca estaría demasiado lejos. Yo le explicaba que ése era su daimon y que sería su guía, y que simplemente esperaría hasta que el sujeto lo localizara, cosa que rara vez tardaba más de uno o dos minutos. Cuando se producía el contacto, se hacían las presentaciones y yo intentaba averiguar el nombre y el género del daimon del sujeto, si el género no resultaba evidente de inmediato. Normalmente, el daimon adoptaba forma humana o aparecía como un espíritu intensamente luminoso; sólo se manifestó como animal en dos ocasiones,

ambas con niños demasiado jóvenes para resultar útiles para mi estudio. Después de la presentación, explicaba lo que estábamos haciendo y daba al sujeto todo el tiempo que quisiera para conversar en silencio con el daimon.

Cuando terminaba la conversación, entre dos y cinco minutos más tarde, preguntaba al sujeto si quería contarme algo de lo que se había dicho. Invariablemente, la conversación se resumía como un feliz reencuentro, y en ese momento comenzaba realmente la sesión LBL. Pedía permiso para hablar directamente con el daimon y registrar sus respuestas. Siempre se concedía el permiso. Las respuestas eran pronunciadas por el sujeto, que no hablaba con voces de otro mundo. Casi siempre era la misma voz que la persona hipnotizada utilizaba en estado de vigilia, aunque he tenido sujetos que, de manera poco característica en ellos, hablaban tan deprisa que resultaba difícil seguirlos hasta que les pedía que disminuyeran el ritmo. Por lo demás, no había cambios ni en el tono ni en la modulación de la voz. Sencillamente pronunciaban las palabras que el daimon ponía en su mente. Muy a menudo, al sacar a los sujetos de la hipnosis, éstos se sorprendían bastante de las respuestas que habían dado a mis preguntas. La hipnosis había sido tan profunda y el sujeto, como participante, tan pasivo que sólo era vagamente consciente de la información proporcionada. Después de cada sesión hacíamos siempre una revisión.

Pude confirmar la conclusión de Newton de que este trabajo no debería realizarse con personas muy jóvenes. Él se negaba a practicar hipnosis LBL con menores de treinta años. Newton creía que esto tenía que ver con que todavía no habían aprendido lo suficiente acerca de las lecciones que el espíritu encarnado, el sujeto, había venido a aprender. El daimon de cada persona tiene mucho cuidado de no responder preguntas acerca de lecciones que el individuo todavía no ha experimentado. En otras palabras, estamos aquí en la Tierra para aprender determinadas lecciones que no pueden comprenderse leyendo un libro o escuchando a alguien decirnos la respuesta. Para aprenderlas hay que vivirlas. A menudo esa experiencia es dolorosa y difícil, pero el individuo sólo aprende atravesándola, y el daimon no hablará de estos asuntos. Simplemente me dicen que no tratarán esa cuestión, aunque a veces consigo respuestas parciales preguntando si podrían ofrecer al sujeto alguna pista sobre la mejor manera de prepararse para la lección que tiene delante. En ese punto la respuesta suele ser críptica, por ejemplo: preste más atención a su salud o tenga cuidado con la mala compañía de fulano. Cosas así.

A quienes encuentren interesante la hipnosis LBL voy a decepcionarlos al no relatar ninguno de mis casos. En su lugar, los remito a Weiss y Newton. Mencionaré sólo algunas cuestiones generales. Puedo asegurarles que las respuestas a las grandes preguntas de la vida son con frecuencia sorprendentes. ¡Profundas! Después, el sujeto confiesa estar tan asombrado como yo por las palabras que aparecieron en su mente. Quizá lo más impresionante sea que esas respuestas suelen surgir de inmediato y se pronuncian con enorme rapidez, sin esfuerzo aparente ni reflexión cuidadosa. El hipnotizador escéptico no puede evitar pensar que, si el sujeto sencillamente está inventando todo aquello, entonces debe de ser un genio y, como mínimo, un pensador muy profundo. Ninguno de los sujetos hipnotizados daba esa impresión fuera de la hipnosis profunda. Ninguno afirmaba tener formación o interés por la filosofía.

Entonces, ¿qué está sucediendo? Una posibilidad es que realmente existan daimones asignados a cada persona en la Tierra, como afirmaban los antiguos griegos. Si quiere, puede creer además que existe alguna clase de mundo espiritual más allá de la tumba con el que podemos comunicarnos mediante la hipnosis. Por otra parte, puede negarse a dejarse impresionar por el caso de Weiss o por los 4.000 casos de Newton y descartar todo ello como evidencia anecdótica procedente de una imaginación desatada, o como quiera llamarlo. Puede continuar endureciéndose contra la esperanza y creer únicamente en la extinción personal con la muerte; y, por asombrosa que parezca la evidencia, ya sea considerada por separado o acumulativamente, limitar todos sus pensamientos exclusivamente a aquello que la ciencia haya demostrado como hecho. Como quizá ya habrá adivinado, personalmente considero este último punto de vista sombrío, rígido y empobrecido. Por otra parte, tampoco estoy preparado para unirme a un culto de espiritistas. Puede existir otra posibilidad.

Tenemos muy poca investigación sobre el poder de la mente subconsciente, aunque poco a poco comienza a recibir la atención que merece. En el número de diciembre de 2008 de *Current Biology* se publicó un estudio realizado por un equipo internacional de investigadores del cerebro, entre ellos la neurocientífica de Harvard Beatrice de Gelder, sobre la llamada «visión ciega» (blindsight). La visión ciega es la capacidad de «ver» cosas detectándolas mediante el sistema visual subcortical y, por tanto, subconsciente del cerebro. Uno de los pacientes, un médico de unos cincuenta años, había sufrido recientemente dos accidentes cerebrovasculares que destruyeron por completo sus lóbulos visuales. Por lo demás, su cerebro y sus ojos eran completamente normales, de modo que conservaba el equipamiento necesario para procesar información visual subconsciente. El médico era escéptico y al principio se negó a participar en los experimentos. Finalmente lo convencieron para que recorriera en zigzag un pasillo lleno de obstáculos -un cubo de basura, una pila de papeles y varias cajas- y los evitó sin dificultad.

Hay quienes, especialmente hipnotizadores e hipnoterapeutas, creen que nuestra mente consciente normal y despierta es, perdón por el tópico, la punta de un iceberg. El subconsciente, esa conciencia subterránea, es enorme y en gran medida desconocido e ignorado. ¿Qué lo hace tan enorme? Existe evidencia muy sólida de que todo lo que vemos, oímos, sabemos y experimentamos queda almacenado en el subconsciente. A menudo se lo reconoce como la fuente de grandes descubrimientos y del genio creativo. Y, aun así, sabemos muy poco sobre él. Todo en nuestra cultura está orientado hacia la mente consciente: todos los castigos y recompensas de la vida se concentran en la punta del iceberg, mientras la estructura que la sostiene queda desatendida.

La verdadera naturaleza del subconsciente quizá explique por qué una persona menor de treinta años no suele haber alcanzado el desarrollo suficiente para ser un sujeto adecuado para la hipnosis LBL. Es decir, puede que la mente subconsciente sencillamente no se haya desarrollado lo suficiente como para crear un yo independiente y alternativo, que es exactamente lo que estoy sugiriendo. Un hipnotizador que realiza este tipo de trabajo podría estar entrando en conversación con la mente subconsciente. Esa mente podría ser una forma separada de inteligencia

constituida por todo lo que el individuo ha experimentado en su vida y ha quedado almacenado fuera de la vista y de la conciencia. Admitámoslo: el 90 % de ello tiene poca o ninguna utilidad conocida para la supervivencia cotidiana normal. Esto explicaría por qué el daimon cree ser una entidad separada: porque, en cierto sentido, lo es. También explicaría por qué está tan dispuesto a comunicarse -y casi siempre lo está- acerca de todo salvo de las lecciones de vida que todavía no han sido aprendidas. La razón por la que se resiste a hablar de estas lecciones podría ser que desconoce la respuesta: la lección todavía no ha sido experimentada ni sintetizada. Sin embargo, sugerir que el subconsciente posee la capacidad de comunicarse de este modo implica que también es una inteligencia cognitiva. ¿Cómo empezaríamos siquiera a medir algo así?

Todo esto es especulación. Eso es metafísica. Ya dije que ésta era la sección dedicada a la filosofía especulativa, y está claro que así es. Son cuestiones difíciles de estudiar y conocer, y por eso especulamos. ¿Ofrecen las experiencias místicas, las experiencias cercanas a la muerte y las comunicaciones con el mundo espiritual visiones auténticas de mundos invisibles más allá de la tumba? Debe sacar sus propias conclusiones, pero permítame cerrar este capítulo con un consejo que aprendí del llamado mundo espiritual. El mensaje que recibí fue pronunciado, a través del sujeto hipnotizado, directamente para mí y en mi beneficio. Uno de siete ancianos de un Consejo de Ancianos, espíritus más avanzados que los daimones o guías, me dijo: «Comprendemos que la gente siente curiosidad y quiere saber acerca de la vida después de la muerte, y eso es completamente natural; pero ¿no es este trabajo que estás haciendo algo parecido a hacer trampa? [Pausa] Se supone que debes abrazar plenamente tu existencia terrenal y aprender por medio de ese vehículo».

Entonces el Consejo de Ancianos simplemente desapareció.



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Esta no es una lista completa de las obras que leí durante la preparación de este trabajo, pero volví una y otra vez a la mayoría de ellas. He colocado un asterisco junto a las que más me influyeron y que recomiendo especialmente.

- Adler, M., *Ten Philosophical Mistakes* (Macmillan, 1985).
- Arrian, * *Discourses of Epictetus*, trad. T. Higginson (Walter J. Black, 1944).
- Aurelius, M., * *Meditations*, trad. M. Staniforth (Penguin Books, 1964).
- Becker, L., * *A New Stoicism* (Princeton University Press, 1998).
- Blakemore, C., *Mechanics of the Mind* (Cambridge, 1977).
- Blakney, R., traducción de Meister Eckhart (Harper & Row, 1941).
- Bonhoffer, A., *The Ethics of the Stoic Epictetus*, trad. William Stephens (Peter Lang, 1996).
- The Cambridge Dictionary of Philosophy*, 2.^a ed., Robert Audi, editor general (Cambridge, 1999).
- Campbell, K., * *A Stoic Philosophy of Life* (University Press of America, 1986).
- Capra, F., * *The Tao of Physics* (Shambhala, 1991).
- Colish, M., * “The Stoic Tradition from Antiquity to the Early Middle Ages”, I y II, en *Studies in the History of Christian Thought*, vols. XXXIV y XXXV, H. Oberman, ed. (E.J. Brill, 1985).
- Cornford, F. M., *From Religion to Philosophy* (Dover Publications, 2004).
- Davies, P., * *God & the New Physics* (Simon & Schuster, 1983).
- Diogenes Laertius, * *Lives of Eminent Philosophers*, trad. R. Hicks (Loeb Classical Library, Harvard, 1991).
- Dudley, D., *A History of Cynicism* (Georg Olms Verlagsbuchhandlung, 1967).
- Epictetus, véase Arrian.
- Edelstein, L., * *The Meaning of Stoicism* (Harvard, 1966).
- Frankl, V., *Man’s Search for Meaning* (Pocket Books, 1963).
- Gaca, K., “Early Stoic Eros”, *Apeiron Journal for Ancient Philosophy*, vol. 33, n.º 3, 2000, pp. 207-238.
- Gould, J., * *The Philosophy of Chrysippus* (State University of New York, 1970).
- Graver, M., *Stoicism and Emotion* (Chicago, 2007).
- Haisch, B., * *The God Theory* (Weiser Books, 2006).
- Hawking, S., *A Brief History of Time* (Bantam Books, 1988).
- Harris, E., *Cosmos and Anthropos* (Humanities Press International, 1991).
- Inwood, B., & Gerson, L.P., *Hellenistic Philosophy*, 2.^a ed. (Hackett Publishing, 1997).
- Inwood, B., ed., * *The Cambridge Companion to the Stoics* (Cambridge, 2003).
- Lao Tzu, *Tao Te Ching*, trad. M. Kwok, P. Palmer y J. Ramsey (Element Books, 1993).
- Long, A. A., * *Epictetus: A Stoic and Socratic Guide to Life* (Oxford University Press, 2002).
- Long, A. A., * *Hellenistic Philosophy*, 2.^a ed. (California, 1986).
- Long, A. A., Registry Report, diciembre de 2008, boletín electrónico de www.newstoa.com.
- Mates, B., *Stoic Logic* (California, 1961).
- Margenau, H., *The Miracle of Existence* (Shambhala, 1984).
- Meister Eckhart, trad. Raymond Blakney (Harper & Row, 1941).
- Newton, M., *Life Between Lives* (Llewellyn, 2006).
- Rist, John M., *Stoic Philosophy* (Cambridge, 1969).
- Robinson, T. M., * *Heraclitus Fragments* (Toronto, 1987).
- Sabom, M., *Recollections of Death* (Harper & Row, 1982).
- Sambursky, S., * *Physics of the Stoics* (Princeton, 1987).
- Sandbach, F., * *The Stoics* (W. W. Norton, 1975).
- Sellers, John, * *Stoicism* (California, 2006).
- Seneca, L., * *Letters from a Stoic*, trad. R. Campbell (Penguin, 1977).

- Smith, A., *The Theory of Moral Sentiments* (Prometheus, 2000).
- Spinoza, B., *The Road to Inner Freedom*, “The Ethics of Spinoza”, ed. D. Runes (Citadel, 1957).
- Stace, W., * *Mysticism and Philosophy* (J. B. Lippincott, 1960).
- Stace, W., * *Religion and the Modern Mind* (J. B. Lippincott, 1952).
- Stephens, Wm. O., “Epictetus on Stoic Love”, *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, vol. XIV, 1996, pp. 195-210.
- Stone, I., *The Trial of Socrates* (Anchor Books, Doubleday, 1989).
- Stough, C., “Stoic Determinism and Moral Responsibility”, en *The Stoics*, ed. J. Rist (California, 1978).
- Traylor, Jeff, *The Epictetus Club* (Papillon Press, 2004).
- Verbeke, G., *The Presence of Stoicism in Medieval Thought* (The Catholic University of America, 1983).
- Weiss, B., *Many Lives Many Masters* (Simon & Schuster, 1988).

BIBLIOGRAFÍA

PARTE UNO

Esta no es una lista completa de los libros que leí durante la preparación de este trabajo, pero volví una y otra vez a la mayoría de ellos. He colocado un asterisco junto a los que más me influyeron y que recomiendo especialmente.

- Adler, M., *Ten Philosophical Mistakes* (Macmillan, 1985).
- Arrian,* *Discourses of Epictetus*, trad. T. Higginson (Walter J. Black, 1944).
- Aurelius, M.,* *Meditations*, trad. M. Staniforth (Penguin Books, 1964).
- Becker, L.,* *A New Stoicism* (Princeton University Press, 1998).
- Blakemore, C., *Mechanics of the Mind* (Cambridge University Press, 1977).
- Bonhoffer, A., *The Ethics of the Stoic Epictetus*, trad. W. Stephens (Peter Lang, 1996).
- Campbell, K.,* *A Stoic Philosophy of Life* (University Press of America, 1986).
- Capra, F.,* *The Tao of Physics* (Shambhala, 1991).
- Colish, M.,* “The Stoic Tradition from Antiquity to the Early Middle Ages”, I y II, en *Studies in the History of Christian Thought*, vols. XXXIV y XXXV, H. Oberman, ed. (E.J. Brill, 1985).
- Cornford, F. M., *From Religion to Philosophy* (Dover Publications, 2004).
- Davies, P.,* *God & the New Physics* (Simon & Schuster, 1983).
- Diogenes Laertius,* *Lives of Eminent Philosophers*, trad. R. Hicks (Loeb Classical Library, Harvard University Press, 1991).
- Dudley, D., *A History of Cynicism* (Georg Olms Verlagsbuchhandlung, 1967).
- Epictetus, véase Arrian.
- Edelstein, L.,* *The Meaning of Stoicism* (Harvard University Press, 1966).
- Frankl, V., *Man’s Search for Meaning* (Pocket Books, 1963).
- Gould, J.,* *The Philosophy of Chrysippus* (State University of New York, 1970).
- Haisch, B.,* *The God Theory* (Weiser Books, 2006).
- Hawking, S., *A Brief History of Time* (Bantam Books, 1988).
- Harris, E., *Cosmos and Anthropos* (Humanities Press International, 1991).
- Inwood, B., & Gerson, L.P., *Hellenistic Philosophy*, 2.^a ed. (Hackett Publishing, 1997).
- Lao Tzu, *Tao Te Ching*, trad. M. Kwok, P. Palmer y J. Ramsey (Element Books, 1993).
- Long, A. A.,* *Epictetus: A Stoic and Socratic Guide to Life* (Oxford University Press, 2002).
- Long, A. A.,* *Hellenistic Philosophy*, 2.^a ed. (University of California Press, 1986).
- Mates, B., *Stoic Logic* (University of California Press, 1961).
- Margenau, H., *The Miracle of Existence* (Shambhala Publications, 1984).
- Rist, John M., *Stoic Philosophy* (Cambridge, 1969).
- Robinson, T. M.,* *Heraclitus Fragments* (University of Toronto Press, 1987).
- Sabom, M., *Recollections of Death* (Harper & Row, 1982).
- Sambursky, S.,* *Physics of the Stoics* (Princeton University Press, 1987).
- Sandbach, F.,* *The Stoics* (W. W. Norton & Company, 1975).
- Sellars, John,* *Stoicism* (University of California Press, 2006).
- Seneca, L.,* *Letters from a Stoic*, trad. R. Campbell (Penguin Books, 1977).
- Smith, A., *The Theory of Moral Sentiments* (Prometheus Books, 2000).
- Spinoza, B., *The Road to Inner Freedom*, “The Ethics of Spinoza”, ed. D. Runes (The Citadel Press, 1957).
- Stace, W.,* *Mysticism and Philosophy* (J. B. Lippincott Company, 1960).
- Stace, W.,* *Religion and the Modern Mind* (J. B. Lippincott Company, 1952).
- Stone, I., *The Trial of Socrates* (Anchor Books, Doubleday, 1989).

- Stough, C., “Stoic Determinism and Moral Responsibility”, en *The Stoics*, ed. J. Rist (University of California Press, 1978).
- Traylor, Jeff,* *The Epictetus Club* (Papillon Press, 2004).
- Verbeke, G., *The Presence of Stoicism in Medieval Thought* (The Catholic University of America Press, 1983).



PARTE DOS

Referencias específicas para las Doctrinas Principales

Véase la Bibliografía general que aparece más abajo para los títulos de los libros y los datos de publicación.

- I. Baltzly, pp. 3-4; Coplestone, pp. 388-389; Gould, pp. 99-102; Long, pp. 108, 145-147, 152-160; Rubarth, pp. 3-5; Sambursky, pp. 36-37; Sandbach, pp. 72-73, 78.
- II. *Ibíd.*
- III. Long, pp. 157-158; Rubarth, p. 4; Sambursky, pp. 95-106.
- IV. Long, pp. 152, 156; Rubarth, p. 3; Sandbach, pp. 71-72.
- V. Gould, pp. 103-107; Long, pp. 160-170; Mates, p. 18; Sambursky, pp. 17-20, 110-115.
- VI. Inwood & Gerson, pp. 165-170 [II-28-44]; Long, pp. 132, 138, 161 n. 1.
- VII. Una nueva doctrina escrita por Erik Wiegardt en 2008 que sigue más de cerca la tradición de la Estoa antigua (véase Kathy L. Gaca, “Early Stoic Eros”, *Apeiron Journal for Ancient Philosophy*, vol. 33, n.º 3, 2000, pp. 207-238), en contraste con la represión deliberada de Eros en la Estoa romana (véase William O. Stephens, “Epictetus on Stoic Love”, *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, vol. XIV, 1996, pp. 195-210).
- VIII. Gould, pp. 33, 123-127; Long, pp. 168, 213 n. 2; Rubarth, p. 5; Sambursky, pp. 11-16, 106 y ss.; Sandbach, pp. 78-79.
- IX. Baltzly, pp. 5-6; Gould, pp. 137-152; Long, pp. 163-170, 198-199; Sandbach, pp. 85-91.
- X. Gould, pp. 129-131; Long, pp. 171-178; Rubarth, pp. 5-7.
- XI. Coplestone, p. 386; Gould, pp. 31, 53-59; Long, pp. 126-127; Rubarth, pp. 7-8; Sandbach, pp. 95-100.
- XII. Gould, pp. 59-60; Long, p. 124; Sandbach, pp. 89-91.
- XIII. Baltzly, pp. 7-8; Gould, pp. 61-65; Long, pp. 127-129; Mates, pp. 33-36; Rubarth, p. 8; Sandbach, pp. 85-87.
- XIV. Gould, pp. 53-59; Long, pp. 126-127; Rubarth, pp. 7-8; Sandbach, pp. 86-89.
- XV. Baltzly, pp. 6-7; Long, pp. 135-138; Mates, pp. 11-19; Rubarth, p. 8; Sandbach, pp. 96-97.
- XVI. Gould, p. 69; Long, p. 138; Mates, p. 17; Sandbach, pp. 96-99.
- XVII. Baltzly, p. 5; Long, pp. 139-145; Mates, cap. V, “Arguments”; Sandbach, p. 97.
- XVIII. Long, p. 124; Rubarth, pp. 10-11.
- XIX. Baltzly, p. 10; Gould, pp. 166-167; Long, pp. 172-173, 184-187; Rubarth, pp. 9-10; Sandbach, p. 60; Stephens, pp. 2-3.
- XX. *Ibíd.*; Gould, pp. 164-166; Long, pp. 172, 185-188, 191; Rubarth, p. 10; Sandbach, pp. 32-35; Stephens, pp. 2-3.
- XXI. *Ibíd.*; Gould, pp. 33-34; Long, pp. 187, 192-194, 197-206; Rubarth, pp. 10-11; Sandbach, pp. 28-31; Stephens, pp. 3-4.
- XXII. *Ibíd.*; Long, pp. 111, 169, 181-183.
- XXIII. *Ibíd.*; Long, pp. 111, 193.

- XXIV. Baltzly, Ataktos, p. 9; Gould, pp. 177-179; Long, pp. 192-194; Sandbach, pp. 45-48; Stephens, pp. 4-5.
- XXV. Baltzly, pp. 13-14; Gould, pp. 181-182; Long, pp. 206-207, 219; Sandbach, pp. 59-68.
- XXVI. Baltzly, p. 14; Gould, pp. 184-186; Long, pp. 176-178; Rubarth, pp. 10-12; Sandbach, pp. 59-68; Stephens, pp. 5-6.
- XXVII. Gould, pp. 168, 174, 180-181; Long, pp. 197-206; Sandbach, pp. 41-45; Stephens, pp. 4, 6.
- XXVIII. Campbell, pp. 36-39; Gould, pp. 34, 108, 168, 170; Kimpel, pp. 215, 279; Long, *ibid.*; Sandbach, pp. 42, 46.
- XXIX. Campbell, pp. 40-47; Gould, p. 170; Long, *ibid.*; Sandbach, pp. 42, 124.
- XXX. Campbell, pp. 23-28; Gould, p. 170; Long, *ibid.*; Sandbach, pp. 42, 125.
- XXXI. Campbell, pp. 29-35; Gould, p. 170; Sandbach, pp. 42, 125-126.
- XXXII. Baltzly, p. 10, Ataktos, p. 9; Gould, pp. 166-167; Long, pp. 197-199; Sandbach, pp. 52-59; Stephens, pp. 1-2.

Bibliografía general

- Arrian, Discourses of Epictetus, trad. T. Higginson, Roslyn, Walter J. Black, Inc., N.Y., 1944.
- Aurelius, Marcus, Meditations, trad. M. Staniforth, Penguin Books, Londres, 1964.
- Baltzly, Dirk, Stoicism, Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2005.
- Becker, Lawrence C., A New Stoicism, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1998.
- Bonhoffer, Adolf F., The Ethics of the Stoic Epictetus, trad. W. Stephens, Peter Lang Publishing, Inc., New York, 1996.
- Campbell, Keith, A Stoic Philosophy of Life, Lanham, University Press of America, MD, 1986.
- Colish, M., "The Stoic Tradition from Antiquity to the Early Middle Ages", I y II, en Studies in the History of Christian Thought, vols. XXXIV y XXXV, H. Oberman (ed.), E.J. Brill, Leiden, 1985.
- Coplestone, Frederick, A History of Philosophy, vol. 1, Image Books, Doubleday Dell Publishing Group, Inc., New York, 1962-63.
- Diogenes Laertius, Lives of Eminent Philosophers, trad. R. Hicks, Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1991.
- Edelstein, L., The Meaning of Stoicism, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1966.
- Frankl, V., Man's Search for Meaning, Pocket Books, New York, 1963.
- Gould, Josiah B., The Philosophy of Chrysippus, State University of New York Press, Albany, New York, 1970.
- Inwood, B., y Gerson, L., Hellenistic Philosophy, 2.^a ed., Indianapolis, 1997.
- Kimpel, Ben, Stoic Moral Philosophies, Philosophical Library, New York, 1985.
- Long, A. A., Hellenistic Philosophy, 2.^a ed., University of California Press, Berkeley, 1986.
- Mates, B., Stoic Logic, University of California Press, Berkeley, 1961.
- Papy, Jan, Justus Lipsius, Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2004.
- Rubarth, Scott, Stoic Philosophy of Mind, The Internet Encyclopedia of Philosophy, 2005.
- Sambursky, S., Physics of the Stoics, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1987.
- Sandbach, F., The Stoics, W. W. Norton & Company, New York, 1975.
- Seneca, L., Letters from a Stoic, trad. R. Campbell, Penguin Books, Middlesex, 1977.
- Stephens, William O., Stoic Ethics, The Internet Encyclopedia of Philosophy, 2005.
- Stough, C., "Stoic Determinism and Moral Responsibility", en The Stoics, ed. J. Rist, University of California Press, Berkeley, 1978.
- Verbeke, G., The Presence of Stoicism in Medieval Thought, The Catholic University of America Press, Washington, D.C., 1983.



PARTE TRES

Referencias específicas

1. Los orígenes de la duda: Berryman, pp. 1-6; Cornford, pp. 114, 216-217; Diogenes Laertius; Durant, pp. 26-27; Leshner, pp. 1, 6-7; Long, p. 34, 78; McEvelley, pp. 37, 158-162; Robinson, p. 96; Wilcox, p. v.
2. Pirrón: Bett (1), pp. 1-12, (2), pp. 1-8; Burnet, pp. 228-231; Flintoff, pp. 88-108; Groarke, pp. 4-8; Hallie, pp. 15-17; Inwood, pp. 285-297; Diogenes Laertius, pp. 475-519; Long, pp. 76-88.
3. Escepticismo en la Academia: Long, p. 13. Arcesilao: Brittain, pp. 3-5; Coplestone, p. 414; Gould, pp. 9, 26; Long, pp. 89-93. Carneades: Allen, pp. 1-6; Coplestone, pp. 414-417; Gould, p. 9; Hallie, pp. 164-164; Long, pp. 94-106; McEvelley, pp. 499-505.
4. Pirronismo codificado: Coplestone, pp.; D.L., pp. 493-501; Groarke, pp. 13-20; Hallie, pp. 42-75, 79-127; Thorsrud, pp. 13-18.
5. Pirrónicos modernos: Montaigne: The Essays of Montaigne, vol. 1, "Apology for Raimond Sebond", trad. E. J. Trechmann, pp. 455-561; Routledge Encyclopedia of Philosophy, pp. 485-489. Hume: An Inquiry Concerning Human Understanding, ed. Charles W. Hendel, The Library of Liberal Arts, Bobbs-Merrill Company, Inc., Indianapolis, 1955, pp. 40-41, 185-198; y Dialogues Concerning Natural Religion, Hackett Publishing, Indianapolis, 1988, pp. vi-xviii. Wittgenstein: Tractatus logico-philosophicus; Biletzki, Anat, Ludwig Wittgenstein, Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2002.
6. Encontrar la certeza: Arrian, Discourses of Epictetus, trad. T. Higginson, Walter J. Black, Inc., New York, 1944. Capra, Fritjof, The Tao of Physics, Shambhala, Boston, 1991. Chennakesavan, Sarasvati, A Critical Study of Hinduism, Motilal Banarsidass, 1980. Cole, K. C., The Universe and the Teacup: The Mathematics of Truth and Beauty, Harcourt, Brace, & Co., New York, 1998. Davies, Paul, God and the New Physics, Simon & Schuster, New York, 1983. God, The New English Bible, Oxford University Press, 1970. Hallie, P., Sextus Empiricus, Scepticism, Man, and God, ed., notas e introd. P. Hallie, trad. S. Etheridge, Wesleyan University Press, Conn., 1964. Harris, Sam, The End of Faith. Heisenberg, Werner, Physics and Beyond: Encounters and Conversations, Harper & Row, New York, 1971, p. 102. Hume, David, Dialogues Concerning Natural Religion, Hackett Publishing, Indianapolis, 1988. Juergensmeyer, Mark, Terror in the Mind of God, University of California Press, Berkeley, 2000. Kohn, Livia, The Taoist Mystical Philosophy, SUNY Press, NY, 1991. Long, A. A., Hellenistic Philosophy, 2.^a ed., University of California Press, Berkeley, 1986. McTaggart, Lynne, The Field, HarperCollins Publishers, New York, NY, 2002. Russell, Bertrand, Sceptical Essays. Santayana, George, Scepticism and Animal Faith, Dover Publications, Inc., New York, 1955. Searle, John R., Mind, Language, and Society, Basic Books, New York, 1999. Seneca, Letters from a Stoic, Penguin Classics, Middlesex, England, 1977. Spinoza, Benedictus, Tractatus Theologico-Politicus. Stace, Walter T., Religion and the Modern Mind, J. B. Lippincott, Philadelphia and NY, 1952. Talbot, Michael, The Holographic Universe, HarperCollins Publishers, New York, NY, 1991. Wittgenstein, Ludwig, Tractatus logico-philosophicus, trad. Pears y McGuinness, Routledge, London and NY, 1995. Zalor and Hopkins, Meditative Studies in Tibetan Buddhism, Wisdom Publications, London, 1983. Zukav, Gary, The Dancing Wu Li Masters, Bantam Books, New York, 1980.

Bibliografía general

- Arrian, Discourses of Epictetus, trad. T. Higginson, Walter J. Black, Inc., New York, 1944.
 Berryman, Sylvia, Democritus, Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2004.
 Bett, Richard, 1. Pyrrho, Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2002.
 Bett, Richard, 2. Timon of Phlius, Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2002.
 Biletzki, Anat, Ludwig Wittgenstein, Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2002.
 Burnet, John, Sceptics, Encyclopedia of Religion and Ethics, vol. 11.
 Capra, Fritjof, The Tao of Physics, Shambhala, Boston, 1991.

- Cicero, Marcus Tullius, *Academia*, Book I, trad. H. Rackham, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1967.
- Cole, K. C., *The Universe and the Teacup: The Mathematics of Truth and Beauty*, Harcourt, Brace, & Co., New York, 1998.
- Coplestone, Frederick, *A History of Philosophy*, vol. 1, Image Books, Doubleday Dell Publishing Group, Inc., New York, 1962-63.
- Davies, Paul, *God and the New Physics*, Simon & Schuster, New York, 1983.
- Diogenes Laertius, *Lives of Eminent Philosophers*, trad. R. Hicks, Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1991.
- Durant, Will, *The Story of Philosophy*, Simon and Schuster, New York, 1953.
- Flintoff, Everard, *Pyrrho and India*, *Phronesis* #25, pp. 88-108.
- Friedrich, Hugo, Montaigne, trad. Dawn Eng, ed. Philippe Desan, University of California Press, Berkeley, 1991.
- Groarke, Leo, *Ancient Skepticism*, *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2003.
- Hallie, P., Sextus Empiricus, Scepticism, Man, and God, ed., notas e introd. P. Hallie, trad. S. Etheridge, Wesleyan University Press, Conn., 1964.
- Heisenberg, Werner, *Physics and Beyond: Encounters and Conversations*, Harper & Row, New York, 1971, p. 102.
- Hume, David, *An Inquiry Concerning Human Understanding*, ed. Charles W. Hendel, The Library of Liberal Arts, Bobbs-Merrill Company, Inc., Indianapolis, 1955.
- Hume, David, *An Inquiry Concerning the Principles of Morals*, ed. Charles W. Hendel, The Library of Liberal Arts, Bobbs-Merrill Company, Inc., Indianapolis, 1957.
- Hume, David, *Dialogues Concerning Natural Religion*, Hackett Publishing, Indianapolis, 1988.
- Inwood, B., y Gerson, L., *Hellenistic Philosophy*, 2.^a ed., Indianapolis, 1997.
- Leshner, James, *Xenophanes*, *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2002.
- Long, A. A., *Hellenistic Philosophy*, 2.^a ed., University of California Press, Berkeley, 1986.
- McEvilly, Thomas, *The Shape of Ancient Thought*, Allworth Press, New York, NY, 2002.
- Montaigne, Michel, *The Essays of Montaigne*, vol. 1, "Apology for Raimond Sebond", trad. E. J. Trechmann, pp. 455-561.
- Klein, Peter, *Skepticism*, *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2001.
- Pierce, Charles S., *Values in a Universe of Chance*, ed. Phillip Wiener, Doubleday Anchor Books, New York, 1958.
- Rist, John M., "The Heracliteanism of Aenesidemus", *Phoenix* XXIV (1970), pp. 309-319.
- Routledge Encyclopedia of Philosophy*, Montaigne, Skepticism, Hume, Pyrrhonism.
- Santayana, George, *Scepticism and Animal Faith*, Dover Publications, Inc., New York, 1955.
- Searle, John R., *Mind, Language, and Society*, Basic Books, New York, 1999.
- Seneca, *Letters from a Stoic*, Penguin Classics, Middlesex, England, 1977.
- Shlain, Leonard, *Art & Physics: Parallel Visions in Space, Time, & Light*, William Morrow and Company, Inc., New York, 1991.
- Thornton, Stephan, *Solipsism and the Problem of Other Minds*, *Internet Encyclopedia of Philosophy*, 2001.
- Thorsrud, Harold, *Ancient Greek Skepticism*, *Internet Encyclopedia of Philosophy*, 2004.
- Wilcox, J., *The Origins of Epistemology in Early Greek Thought: a Study of Psyche and Logos in Heraclitus*, Edwin Mellon Press, Lewiston, NY, 1994.
- Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus logico-philosophicus*, trad. Pears y McGuinness, Routledge, London and NY, 1995.
- Zukav, Gary, *The Dancing Wu Li Masters*, Bantam Books, New York, 1980.

